

Historietas
Y
CUENTOS
TERESIANOS

J. B. Altés Pbro

7



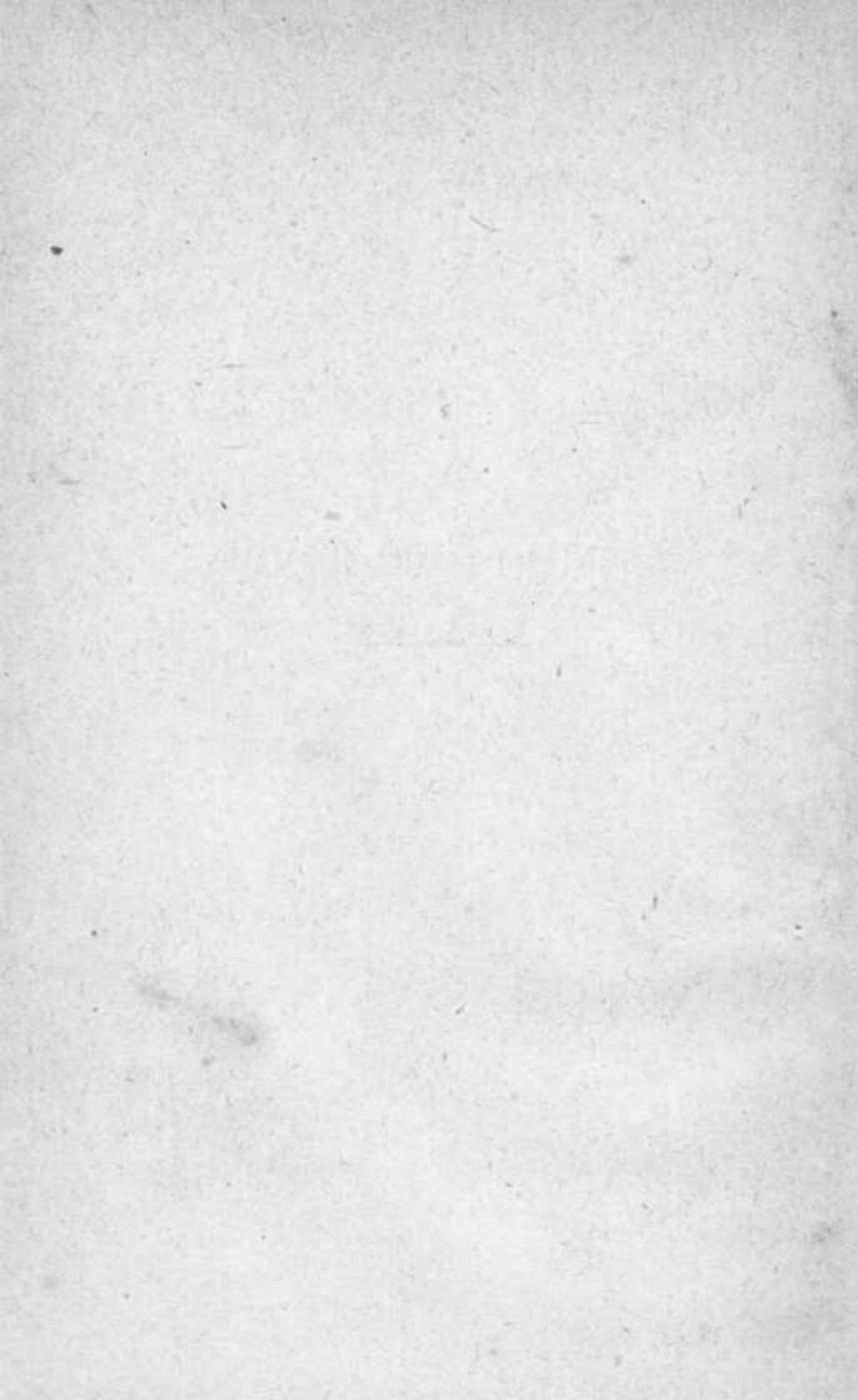








HISTORIETAS Y CUENTOS TERESIANOS



HISTORIETAS

Y

CUENTOS TERESIANOS

POR

D. Juan B. Altés, Pbro.



Tercera edición. — Con Censura



BARCELONA

TIPOGRAFÍA TERESIANA DE FRANCISCO ALTÉS

Calle de los Ángeles, 22 y 24

1904

ES PROPIEDAD



CARTA-PRÓLOGO

Ldo. Sr. D. Juan Bta. Altés:

Razón sobrada tiene V., mi bondadoso amigo, para decir de mí cuanto malo se le antoje, porque desde que tuvo á bien encargarme el prólogo de su obra, ha transcurrido tiempo bastante para dejar cumplido su honroso encargo; pero... no sé cómo decirlo: cuando gustoso acepté, y ¿cómo no? el que mi nombre fuese unido al de V. en las páginas de sus *Historietas y Cuentos*, no atendí más que á eso, y aunque tuve en cuenta

las ocupaciones imprescindibles que sobre mí pesaban, confié que me dejarían algún tiempo de descanso, y le prometí lo que aun por desgracia mía no ha pasado de promesa, me determino á dirigirle la presente, porque me encuentro, como dice un célebre poeta:

...como el hombre que antes
de haber cazado un pájaro, lo vende
y sin poder cumplir lo prometido,
se queda, al fin, como el lector comprende
el cazador corrido,
el comprador burlado
y el pájaro vendido y no cazado.

Corrido y confuso por no haber cumplido mi oferta, y apesadumbrado por no poder darle cumplimiento, entono el *mea culpa*, esperando sumiso su perdón.

Si el objeto, como creo, que se propuso V. al escribir su libro, fué el cernirnos cosas de Santa Teresa de Jesús, para que, entrando en deseos de conocer

mejor á tan gran Santa, aumentase nuestro amor y veneración hacia ella, puede darse V. por satisfecho de su obra; porque la complacencia que experimenté al leer su libro, (que será general en cuantos saboreen los cuentos por usted escritos), fué grande, llenándose de gozo mi alma al percibir las naturales dulzuras con que V. nos pinta la santidad española de nuestra monja carmelita. La donosura con que V. nos relata las chistosas ocurrencias y gracejo especial de la esclarecida Virgen de Avila, le aseguran á V. la victoria en su empresa. Si cuando el gusto no está estragado, se complace en lo sencillo y huye del refinamiento artificioso con que han por fuerza de vertirse los productos enfermizos de inteligencias pobres, no he de decirle á V. con qué fruición y deleite reposa el alma en las flores hermosas de sus Cuentos, empapadas de rocío y llenas de frescuras. Mi felicitación

más sincera, porque, mi distinguido amigo, la gracia que rebosan los envidiables cuentos "La Novicia fervorosa", "El Estudiante de Salamanca", "La Cruz de caña", "El Molde de Santa Teresa de Jesús", y, por no citarlos uno á uno, todos los que encierra su estimable libro, no se adquiere con facilidad, ni la alcanza todo el que pretende obtenerla, y no digo nada de "Un Abrazo de Santa Teresa", que es un cuento de perlas.

Hace ya algunos años que el autor escribía en la *Revista Teresiana* estas líneas.

"Al tratar de dar á conocer á Santa Teresa de Jesús en todas sus fases y bajo todos conceptos, y queriendo poner á la vista de todos las delicadas y graciosas líneas de su fisonomía moral, ¿podríamos olvidarnos de consultar alguna que otra vez el preciosísimo tesoro donde nuestro pueblo, tan impresionable y religioso á la vez, tiene archivado

el sagrado depósito de sus cuentos y cantares, de sus romances y leyendas? Por ventura tendrá alguno como poco serio y baladí un estudio de esta naturaleza; pero perdonémos si no participamos nosotros de esta misma opinión, y si, por el contrario, nos atrevemos á creer que nuestro pueblo, nuestro verdadero pueblo, de quien se ha dicho con justicia que es *un gran poeta*, atesora en ese como archivo de la tradición oral, riquezas y preciosidades literarias que acaso no han sido bastante explotadas. Mucho se ha hecho, es verdad, y se está haciendo aun en este sentido, y literatos hay de primer orden que no se desdeñan de mezclarse y confundirse entre las gentes lugareñas, deseosos de coger el hilo de oro de esas preciosas tradiciones populares, con las cuales suelen después formar hermosos y galanos libros, tan ricos de enseñanza como llenos de encanto y embeleso. Dos

grandes escritores contemporáneos han sabido buscar y encontrar las puras y escondidas aguas de esa fuente, que está sin embargo muy lejos de agotarse, y á eso se debe por ventura que sus nombres hayan alcanzado universal simpatía entre nosotros, y gloria merecida, que no ha de envejecer, entre propios y extraños.

¡Y cómo nos agradaría también á nosotros, aunque no seamos Trueba, ni Fernán Caballero, poder aplicar nuestros labios á los bordes de esa fuente! ¡Cómo nos holgaríamos de entrometernos en los ahumados hogares de la aldea, donde la tradición popular cuenta con sus más venerables intérpretes!

Tal vez no esté lejos el día en que los caminos no estén tan malos como ahora y podamos entonces realizar los hermosos sueños que acaricia nuestro corazón, verificando algunas proyectadas excursiones por aquellos ilimitados

campos de Castilla y por aquellas risueñas tierras de Andalucía, que á nosotros nos parece han de ser mucho más bellas que todas las de la hermosa España, porque las pisaron los piés de Teresa de Jesús. ¡Con qué avidez recogeremos entonces las teresianas tradiciones que, como frescas y olorosas flores, han debido brotar de las huellas que dejó estampadas el gracioso pié de la finísima Castellana! Su carácter franco y abierto, su corazón grande y varonil, su bizarro espíritu, la agudeza de sus palabras, el donaire de sus pensamientos, añadido á sus frecuentes viajes y maravillosas fundaciones, han debido ofrecer anchuroso campo á la creadora fantasía de nuestro pueblo para que, sobre el tema fecundo de sus recuerdos, dichos y hechos, haya podido tejer la preciosa estofa de lindísimos cuentos y deliciosos cantares. „

No pretendo exponer el argumento

de estos Cuentos, porque necedad sería me entretuviese en ello, cuando con sus bellezas propias los ha de ver el que leyere, ni quiero meterme en lo que no me importa y oficiar de crítico, porque el buen concepto que su libro me merece, no quiero decírselo á V., no fuese que, al par de la absolución, que en esta pido, me impusiese V. una grave y dura penitencia, y luego porque, mejor que todas las palabras que en elogio de un libro como el de V. pueden escribirse, habla elocuentemente el haber tenido que reimprimirlo. En estos tiempos en que, por desgracia, sólo priva la novela inmoral y el papelucho indecente; en que todo lo invade y lo corroe esa prensa maldita que, inficionando el ambiente que nos rodea, nos fuerza á respirar sus miasmas, no es poco el tener que hacer una tercera edición de un libro bueno. Diariamente nos dolemos, y no sin razón, de los perniciosos efectos que

causa, en la juventud principalmente, la fealdad y la mentira que, bajo una engañosa forma literaria, se disfrazan con los atavíos que son patrimonio exclusivo de la verdad y la belleza; y sin embargo, á lo sumo, nos contentamos con lamentarnos y cerrar las puertas de nuestras casas al libro francamente malo, cruzándonos de brazos ante el mal llamado indiferente que, por creerlo tal, gana la voluntad de personas buenas y cae en las manos de inocentes seres, los cuales, fiados en la experiencia de los que deben velar por ellos, no tienen por qué temer sea nocivo un libro que se les permite lean; y muchas veces, por no decir siempre, «ese libro es un veneno que mata los delicados impulsos de un corazón generoso, es un castillo de fuegos artificiales,» nos callamos en hora mala. Preciso es que nos decidamos de una vez á cumplir con el deber de conciencia que tenemos, y combatir la maléfica in-

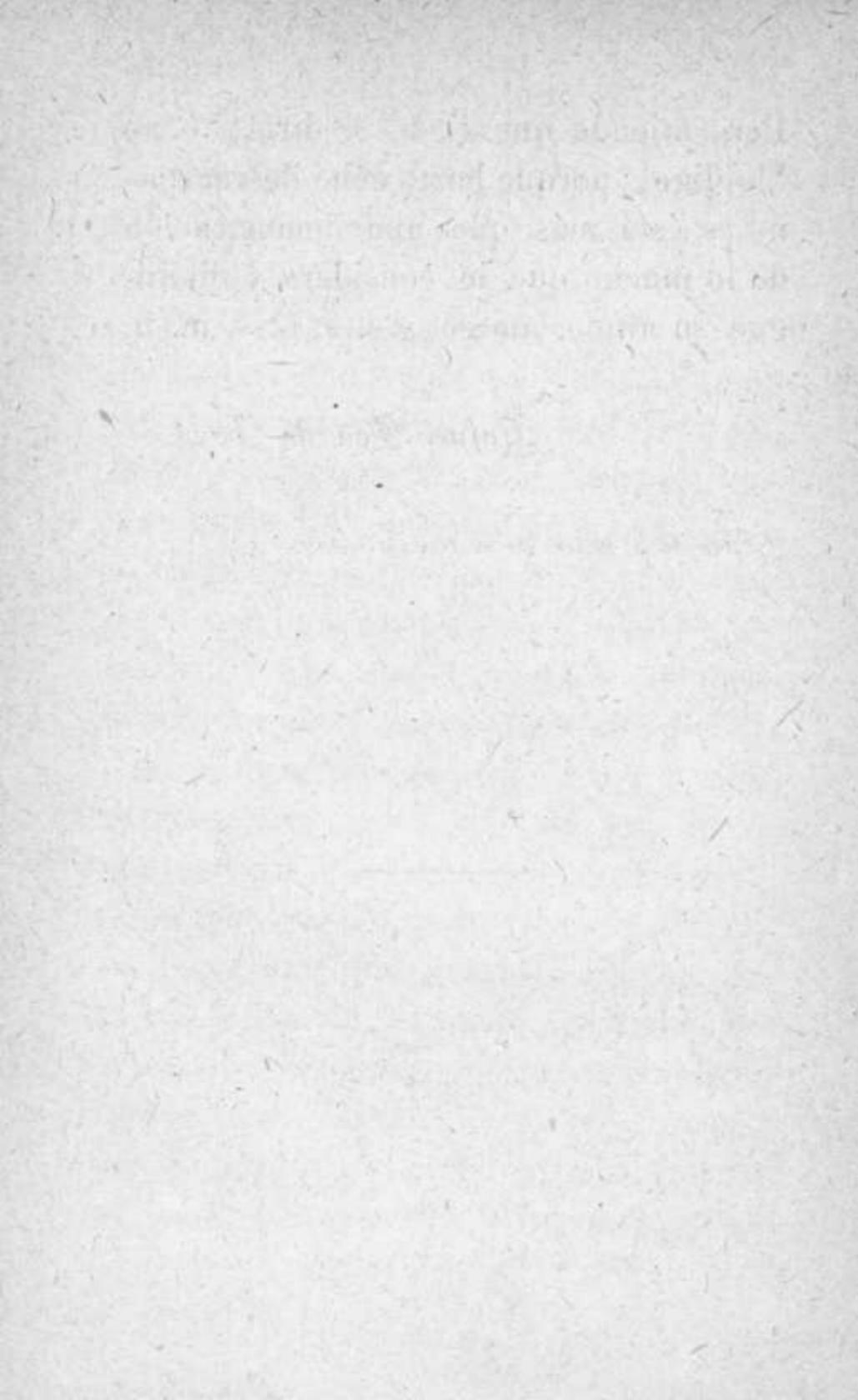
fluencia, con libros buenos de saludables enseñanzas y de hondo sentimiento, usted escribiéndolos, nosotros procurando se difundan.

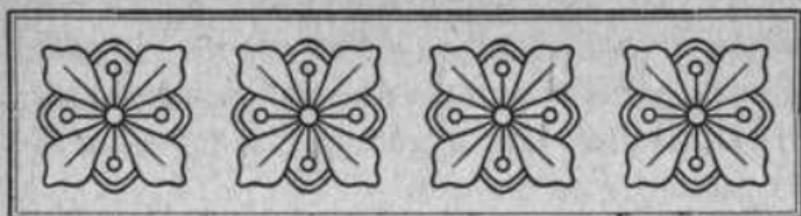
Y ahora, mi distinguido amigo, me asalta una duda: ¿por qué quería V. que escribiese un prólogo para sus *Historietas y Cuentos*? ¿Esperaba de mi algo bueno? Pues ante la imposibilidad de escribirlo, es preciso que se convenza de que mantenía esperanzas, por desgracia mía, engañosas. ¿Quería V. que dijese poco más ó menos lo que he dicho? ¡Oh! si fuese V. tan poco exigente que se contentase con lo que en ésta llevo apuntado; si fuese tan bondadoso que se diese por pagado al adivinar la buena voluntad con que quería satisfacer la deuda contraída, entonces... si yo supiese escribir bien, aun podría tenerme por cumplido y le diría: «Un prólogo me pidió V. para su obra; si es prólogo mi carta, ya tiene en ella V. lo que pedía.

Pero atienda que digo "le diría," y no "le digo,"; porque harto echo de ver que, no es ésta más que una demostración de lo mucho que le considera y distingue su affmo. amigo y s. s. q. s. m. b.

Rafael Pou de Foxá.

Barcelona, Pascua de Pentecostés de 1904.





LUCILA Y AMELIA

ORAZONES jóvenes y apasionados, almas soñadoras y tiernas, que en peregrinos relatos soleis ir á buscar el pasto que os es más dulce y sabroso, porque en aquellas páginas ligeras no acertáis á descubrir sino vuestros propios aéreos ensueños y vuestros deseos sin nombre; escuchad.

Ni me neguéis tampoco vuestra atención, yo os lo suplico, tímidas y pudorosas almas, corazones sencillos y virginales, que, guarecidos en apacible y deleitosa sombra, exhaláis en silencio suavísimos y misteriosos perfumes que recogen y atesoran los Angeles del cielo.

Escuchad, si os place, la peregrina historieta de dos hermanas, de dos corazones tan intere-

santes y bellos, que, estoy seguro de ello, sabrán merecer vuestra amistad y confianza, al franquearos por conducto mío los escondidos senos de su corazón.

Que me perdonen Lucila y Amelia si, al fin, después de vencer mil escrúpulos, me decido á revelar, á las que merecen ser amigas suyas, los secretos, no sabidos hasta ahora, de sus almas.

I

ENSUEÑOS

Era una hermosa noche de Febrero, una de esas noches de luna, tan llenas de encanto y de misterio.

Era una de esas noches tan amadas de los corazones adolescentes, porque en ellas se nutren de sueños tan vagos y caprichosos, como serlo parecen los objetos envueltos en los mágicos rayos de la luna.

Era, en fin, una de esas noches que ama también el alma religiosa, porque en ellas descubre escondidas bellezas de un orden superior que la arroban en extático recogimiento.

Los lejanos montes, la dilatada vega, los viejos y pardos muros que dominan y defienden una antigua ciudad, el apiñado caserío,

las aguas de un ancho y caudaloso río, todo parecía nadar en una especie de vaporoso y plateado flúido, al ser encantado todo por los prestigios de esa hada benéfica que parece presidir los destinos de la noche.

Los rayos más puros y aquilatados parecían ir á besar amorosamente las sosegadas ondas del Ebro, sobre cuya tersa superficie se reflejaban en fantásticos rieles, como si titilasen de inocente placer.

Dibujado á una luz pálida y con medias tintas, ¡qué hermoso era este cuadro para quien sabe contemplar y sentir estas bellezas!

Sentirlas y contemplarlas sabían Lucila y Amelia, las cuales, apoyadas en el hierro de su balcón, que daba al río, é impresionadas por este espectáculo, platicaban de esta suerte:

—¿No es verdad que es muy hermoso todo esto? decía Amelia á Lucila. Mira, hermana, las dudosas claridades de la luna, las sombras transparentes como velos de encaje, los armoniosos sonos que nos trae desde la vega la callada brisa y que semejan ruidos de vestidos de seda; el blando murmullo de esas olas, que acarician los sentidos como los compases de un wals; este armonioso silencio, este misterio dulce y embriagador, ¿no es verdad que todo esto habla al alma, hermana mía?

—¡Oh, sí! contestó Lucila. Todo esto habla al alma: tienes razón, Amelia. Pero habla so-

lamente al alma que, venturosa y feliz, sabe comprender este sublime y escondido lenguaje. Pero mucho me temo que todo esto no hable sino á tu imaginación y á tus sentidos. Misterios de una dulzura inefable descubre en el fondo de todas estas cosas el alma interior y recogida; pero misterios de un amor purísimo, eterno é infinito, que se complace en ser adivinado y comprendido tras estos velos; misterios de una ternura inagotable, que jamás cansa y, por delicada manera, recrea siempre, como sólo puede recrear la ternura que se desprende del corazón de todo un Dios.

— ¡Siempre lo mismo! repuso cariñosamente Amelia. Te elevas tanto, hermana mía, con esas tus místicas aspiraciones y devotas fantasías, que no dudo confesarte que llego á perderte de vista, ni comprenderte puedo cuando me hablas con ese extraño idioma.

— Y yo no quisiera engañarme, hermana querida, dijo Lucila, al creer que te abates demasiado con tus ensueños quiméricos y vanos, asegurándote que lastima no poco mi alma el pensamiento de que tu corazón, tan bueno por otra parte, se deja llevar demasiado por el viento de la vanidad, que á tantas jóvenes lleva al retortero en estos tiempos, sobre todo en esta temporada.

— ¡Por Dios, Lucila! agregó Amelia. ¿Hago por ventura mucho mal al permitirme estos

divertimientos, tan propios de nuestra edad y tan naturales en estos días? Mira, no te enojés conmigo, Lucila, que yo te prometo darte gusto en todo, el próximo día de Ceniza.

—¿Y por qué, Amelia, no quieres darme ahora ese gusto, y sí solo el día de Ceniza? ¡Ah! cuando vaciemos nuestro corazón del divino perfume de la gracia de Dios, y lo llenemos solamente de vanidad y miseria; cuando tengamos la imaginación cargada de imágenes que turban la paz de la conciencia; cuando la memoria tenga que luchar con recuerdos que entristecen á nuestro Angel bueno, entonces, Amelia, ¿crees tú que es tiempo á propósito para volver á los brazos de Dios? ¿Sabemos si entonces nos querrá recibir?

—Pero ya ves, Lucila, que el Carnaval sólo viene una vez al año. Y cuando pasa, ¿no podremos tomar parte en sus alegres diversiones?

—¡Ah! cuando pasa, has dicho; pero cuando pasan sus locuras y sus máscaras y sus bailes, sólo una cosa no pasa, hermana mía, y son los remordimientos que torturan la conciencia, y el dejo amargo que suelen tener las locuras de Carnaval.

—¡Pero, Lucila! ¿Te has propuesto entristecerme en esta noche? Ya sabes que se lo he prometido á mis primos. Vendrán á buscarme. Yo no puedo volver atrás. Mira, Lucila: ya me volveré cuanto antes... ¿Oyes? Es la orquesta

que invita al baile. ¡Qué ecos tan dulces! ¡Qué suaves armonías! Parece que sus resonancias sean prolongadas por las ondas del Ebro y por las brisas de la vega. A una le palpita el corazón sin quererlo. ¡Y aún no han venido mis primos!

— ¡Pobre hermana mía! exclamó Lucila para sí; y luego, alzando la voz, le dijo: Marcha, sí, marcha, pues tanto lo deseas, á donde no puede acompañarte tu hermana, por grande y tierno que sea el cariño que te profesá. Pero, mira, Amelia: no te olvides de nuestra mamá (que esté en gloria).

En esto llamaron á la puerta. Eran dos jóvenes de elegante porte, primos hermanos de las dos jóvenes. Con ellos fuese sin tardanza Amelia, no sin besar antes en la mejilla á su hermana Lucila.

II

HERMOSURAS DE UN ALMA

Si conociéseis á Lucila, diríais con muchísima más elocuencia que lo digo yo, que su alma es de las más delicadas y bellas, encerrada en la cárcel de un cuerpo no menos bello, digno de tan hermosa prisionera.

Aunque á ella no le importe gran cosa el

parecerlo, ni menos ostentarlo, el mundo dice que es hermosa, por los rubios rizos que coronan su límpida frente, por su tez blanquísima, por la angelical expresión de su rostro, por sus azules y serenos ojos.

Pero yo creo que lo que avalora sus gracias, lo que, aún para el mismo mundo, aumenta sus hechizos é idealiza su hermosura, es el encanto de su modestia, es el velo de su pureza, es, finalmente, la atmósfera de virginidad que la circunda y envuelve por todas partes.

Como no podía menos de suceder, las miradas de muchos jóvenes se han fijado, aunque inútilmente, en ella, y no pocos pensamientos atrevidos, que osaron subir hasta la sublime región que ella ocupa, no han tardado en reconocer su yerro, confesando, los que á tanta gloria aspiraban, que Lucila no había nacido para los hombres.

Sola, aunque bien acompañada de Dios y de sus Angeles, Lucila ha quedado en casa mientras su hermana, dejándose llevar del hervor de su juventud, y no sabiendo resistir á las seducciones del mundo, dirigía sus pasos á un baile de máscaras.

Un sentimiento de compasión por su aturdida hermana, ha brotado en el corazón de Lucila.

«¡Pobrecilla! pensaba. Corre desalada en

pos de la felicidad y ventura, buscándola lejos de sí misma, cuando tan cerca de sí la tiene. ¡Dios mío! Haced que siempre yo la busque y la encuentre, como ahora, en el seno de mi corazón.

«¿Podrá el de mi hermana sentirse tan alegre y dichoso allá entre las máscaras de Carnaval, como se sentirá el mío aquí en mi habitación y en la presencia de Dios?»

Y entrando en su cuarto, amueblado no con lujo, pero sí con gusto exquisito y con un aseo y pulcritud incomparables, se sentó delante de un piano.

Pendía sobre él, estando colgado en la pared, un bellissimo lienzo encuadrado en rico marco dorado, de cuyo fondo, hermosa y gentil sobre toda ponderación, se destacaba la imagen de Santa Teresa de Jesús, encendido su rostro en seráficos ardores.

Ya era de creer que Lucila amaría no poco á la grande Heroína española, viendo á su retrato ocupar el lugar preferente de la sala; pero se hubiera uno convencido perfectamente de esto, al observar cuán tiernas y cariñosas eran las miradas que de vez en cuando dirigía la bella y virtuosa jóven á la que debía de ser su celestial Patrona.

Empezó á recorrer con sus sonrosados dedos las teclas del piano, del cual sabía arrancar armonías tan puras y celestes, que no parecían

sino ecos escapados de lo íntimo de su alma.

Entre aquellos sonidos, luego comenzó á vibrar, trémula y vibrante, una voz: era la voz de Lucila que, dando cuerpo y color á los ardientes anhelos de su corazón, cantaba con Santa Teresa de Jesús aquel *Vivo sin vivir en mí*, rapto sublime de la celestial Poetisa.

Aquella era la revelación de más altas y maravillosas armonías.

¡Qué suavísimo y arrebatador concierto de sonidos, de voces, de sentimientos, de gracias y de virtudes!

Los Angeles no podían mirar sino con embeleso aquel cuadro, en donde mirábase al alma imperando en excelso trono, y recibiendo los homenajes de la gracia, de la naturaleza y del arte, maravillosamente enlazados.

Allí no tenía la virtud que ruborizarse ante el realismo y desnudeces de ese arte corruptor que no sabe ni quiere deleitar sin ofender la modestia.

Allí era la poesía santa, santa era la música, como santos eran los sentimientos que, semejantes al vapor del incienso, se elevaban de aquel corazón juvenil, que no podía ser también sino santo.

Si engrandecer el alma y elevar los sentimientos es el destino de las bellas artes, en ninguna parte como en el cuarto de Lucila se realizaba tan bello destino.

Apenas hubo cantado aquella estrofa bellísima que dice:

Aquella vida de arriba
Es la vida verdadera;
Hasta que esta vida muera
No se goza estando viva,

como si fuese movida de un resorte interior y poderoso, se levantó de su asiento, diciendo al mismo tiempo:— «¡Dios mío! ¿Qué es lo que hago? ¡Durante esta noche se ofende mucho al Señor! Hagamos lo que hacía en ella mi amadísima Santa Teresa.»

Y cogiendo en sus manos un libro de la mesa, se arrodilló en un reclinatorio que había en uno de los ángulos del aposento.

Pero ¿qué es lo que se proponía hacer allí Lucila?

Sí, digámoslo muy fuerte, aunque haya de reirse por ello ese mundo que tanto se enloquece durante estos días.

Lucila, como todas las almas del mismo temple, estaba orando por el mismo mundo. Elevándose con aéreo vuelo su espíritu de la tierra, creíase ya habitar entre los Coros de los Angeles, en presencia de Dios, y, como ellos, vivir ya la vida de los cielos.

Acariciada por el misterioso arrullo de las alas de los Angeles, que en derredor estaban, el

alma de Lucila amaba, gemía, cantaba, gozaba.

Contemplaba con la fe, acataba con la humildad, buscaba con el deseo, gozaba con la caridad.

Gozaba el secreto dulzor de esas noches esperadas por los amadores de Dios, y las delicias interiores del sueño que ellos duermen.

El alma de Lucila arrollábase como dentro de sí misma, y empezaba á dormir aquel sueño velador, al cual se refería la Esposa de los Cánticos cuando decía: «Yo duermo, y vela mi corazón.»

Sin duda que al verla en sus divinos brazos adormecida, el divino Esposo le guardaría el sueño, y mandaría que nadie se atreviese á despertarla, diciendo:

«Conjúroos, hijas de Jerusalén, por los gamos y por los ciervos de los campos, que no despertéis á mi Amada hasta que ella quiera despertar.»

¡Ah, sí! Dejemos al alma de Lucila abrevarse en el torrente de delicias que se desprende impetuoso desde la montaña de la oración.

Allí se enardece su corazón con celestiales llamas, allí cobra superiores é invencibles fuerzas su alma, renuévase allí todo su sér, y allí, finalmente, está ofreciendo al Señor un sacrificio de justicia y alabanza.

Dejémosla, pues, por ahora: no la despertemos de su sueño de vida.

III

UN BAILE Y UN RECLINATORIO

También estaba Amelia soñando en el salón del baile de máscaras.

¡Pero qué sueño tan distinto del que gozaba su hermana Lucila en la soledad de su habitación!

¡Ah! De carácter alegre y bullicioso, de rostro gracioso, franco y encantador, de talle esbelto y distinguido, con imaginación lozana, con deseos de agradar y ser querida, ¿no era muy fácil cosa que Amelia se dejara seducir por los halagos del mundo?

Como ligero tamo á merced del viento, así la pobrecilla era arrebatada por aquel vértigo de seducciones peligrosas, siquiera le pareciesen inocentes, que enloquecen á la juventud.

El salón de baile, amueblado como estaba con asiático lujo, radiante de viva luz, que se reproducía en numerosos espejos, cubierto de ricos tapices y de mullidas alfombras, henchido de armonías voluptuosas, animado por una juventud ávida de aturdirse y de gozar, logró al principio ahogar en el alma de Amelia hasta el recuerdo de Lucila.

Y el recuerdo de Lucila significaba para

Amelia nada menos que el recuerdo de todo lo santo, y noble, y tierno que para ella había en la tierra, y aún más allá de los umbrales de la muerte.

Y debo yo decirlo: Amelia, aunque buena y juiciosa en el fondo, pues había recibido una educación tan cristiana como distinguida, consiguió aturdirse como una loquilla al halago de aquellas palabras tentadoras que sonaban á su oído con más dulzura y atractivo que los sonidos de la orquesta.

Su corazón se estremecía de placer, sentíase presa de una agitación tan dulce como funesta, los ensueños de su fantasía adquirían cuerpo y figura al percibir el acento de una voz acariciadora y el roce de unos brazos que, al ceñir suavemente su talle, ponían también grillos á su corazón.

Mas no por eso se crea que llegó á apagarse en su conciencia aquella luz latente que derrama viva claridad sobre las obscuras profundidades del alma.

«¿Si se habrá ya acostado Lucila? pensaba. ¡Me ha dicho que piense en nuestra madre, que esté en gloria! ¿Por qué me habrá dicho esto?»

Y sin ella quererlo ni advertirlo, hubo de dedicar tiernos recuerdos á la santa memoria de su difunta madre.

Y se quedó pensativa en su asiento, mien-

tras por delante de ella pasaban como arrebatadas por furioso torbellino las parejas de máscaras, poseídas de loca embriaguez.

Luego, sin darse tampoco razón de ello, Lucila no se sintió tan feliz. Una cierta inquietud, un extraño desasosiego, una desazón involuntaria depositaban algo como una gota de acíbar en su corazón.

¡Ah! ¡Cuántas veces, tras esas seductoras sonrisas que parecen hijas del contento, tras esas frases que al parecer anuncian la ventura, tras esas guirnaldas de olorosas flores que parecen ornar el templo de la felicidad, no se oculta sino un corazón devorado por las venenosas sierpes de la envidia, los celos, la rabia, el despecho, el odio, la desesperación!...

Una y otra vez dejóse Amelia llevar y envolver por el oleaje rápido de aquel baile, deseosa casi de acallar aquellas voces que, en son de censura, oía levantarse severas desde el más profundo seno de su alma; y una y otra vez la hicieron sonreír y la halagaron por todo extremo aquellas mismas palabras que tan dulces y atractivas habían sonado antes á sus oídos.

Algo, sin embargo, encontraba allá en un rincón de su corazón que no la contentaba del todo, y cuyo pensamiento pugnaba ella para apartar de su mente.

«Sí, sí, se repetía á sí misma; me lo ha dicho

muchas veces; ¡me ama! ¿Por qué he de estar inquieta?»

Al acabarse el baile, fué acompañada por sus dos primos hasta su casa, en la cual entró procurando no hacer ningún ruido para no despertar á Lucila.

Mas al entrar en su cuarto, Amelia observa que todavía hay luz en el de su hermana; se adelanta unos pasos, y la contempla en su reclinatorio descansando, al parecer, en brazos del sueño.

Pero es lo cierto que Lucila no dormía sino ese sueño misterioso que, durante la oración, suelen dormir las almas justas, descansando en los brazos de Dios.

—Pero ¿qué estás haciendo aquí tan tarde, Lucila mía? le preguntó.

—¿Y qué quieres que haga sino orar por tí y por los que como tú se olvidan en esta noche de su alma? contestó Lucila.

Amelia se calló al oír estas palabras de su hermana.

—¿Te has divertido mucho? le preguntó ésta.

—¡Bah! fué la única contestación de Amelia. Y luego añadió: ¿Y tú, Lucila?

—Yo, contestó ésta, nunca me he sentido tan profundamente consolada y verdaderamente feliz, si cabe acá serlo, que en esta noche.

—¡Dichosa tú, Lucila!

—Y á tí, Amella, ¿deberé llamarte infeliz?

IV

PERFUMES DE CUARESMA

Lució el día santo de Ceniza.

Triste y sombrío por demás para los ojos de Amelia, ¡cuán rico de consuelos y de esperanzas amaneció para Lucila!

El aura apacible de aquella mañana al venir á acariciar su rubia cabellera, despertaba ya en su alma los más hermosos y cristianos sentimientos.

«¡Ah! ¡Qué dulce y agradable es este vientecillo! se decía. ¡Es el vientecillo de Cuaresma!»

Es que consideraba ya venida la temporada más santa del año, pues aunque aparezca revestida de las austeridades de la penitencia, encierra sin embargo un tesoro de consolaciones inefables y de tiernas emociones para los espíritus cristianos.

¡Con cuánta elocuencia hablaba al alma piadosa de Lucila, aquella ceniza que ya por la mañanita fuése á recibir sobre su frente, poniéndose de hinojos en la grada del altar!

Si por una parte se llenaba de un santo

desprecio por las frívolas vanidades de la tierra, por otra se sentía como rejuvenecerse y llenarse de indecible júbilo al considerar los inmortales destinos del alma.

A vista del templo que respiraba penitencia, y al oír el eco de los cantos de los sacerdotes, impregnados de santa melancolía, germinaban en su corazón sublimes aspiraciones y deseos infinitos.

Al órgano sonoro, que antes solía derramar por las anchas naves ríos de suavidad y de armonía, sustituyeron aquellos instrumentos plañideros, cuyos sonidos, semejantes á los suspiros de Jeremías, armonizaban perfectamente con las graves y acompasadas voces de los cantores.

El alma de Lucila se sentía impresionada vivamente por estas bellas revelaciones del culto católico, pues con el instinto de su piedad comprendía su profundo sentido espiritual.

El espectáculo de los fieles, que en ese tiempo se acercan con más frecuencia á los altares de Dios, que llenan los templos, que van á escuchar la palabra divina, que frecuentan los santos Sacramentos; ese espectáculo infundía en su alma un bálsamo interior que se traducía muchas veces en leve sonrisa que, sin ella advertirlo, dibujábase en sus labios.

—Una de las festividades que más alegraban á Lucila era la del benditísimo Patriarca San José.

Era ésta la fiesta de su casa, pues así se llamaba su padre, y además era también ésta la fiesta de su corazón.

¡Que todos los corazones verdaderamente delicados y piadosos hayan de amar tanto al glorioso Patriarca!

Demás de esto, ¡amaba Lucila con tanto extremo á Santa Teresa de Jesús! ¿Cómo no amar también al Señor San José?

Estas dos bellísimas devociones, como los delicados perfumes de dos flores fragantísimas, se confundían en el alma de Lucila.

Todas las violetas de los valles, los ramos más floridos de almendro que acertaba á ver en el campo, todo lo quería ella para adornar á San José.

¡Qué efusiones las de su corazón en ese día á favor del santo Patriarca! ¡Qué sencilla, y tierna, y amorosa confianza en el justísimo varón!

Sus fervientes súplicas, su dichosa Comunión, sus nobles propósitos, sus alegrías íntimas, la absorbían por completo en este día.

Por este tiempo vino á sorprender á Lucila una gratísima nueva. Las Hijas de Santa Teresa de Jesús iban á tener ejercicios espirituales.

—¡Hermosos días de deliciosa soledad en Dios, días de profunda paz del alma, bien venidos seais! exclamó al saberlo.

Y bien venidos fueron ciertamente para su alma, que hacía tiempo no aspiraba sino á la dicha de poder conseguir unos días de abstracción completa de las cosas del mundo, deseosa de llevar á cabo resoluciones y propósitos, para cuyo feliz éxito eran necesarias nuevas luces y singulares gracias del cielo.

En su espíritu se desarrollaron, durante esos días, nuevas y desconocidas energías, que la hicieron fuerte y poderosa para hollar con pié firme todo linaje de obstáculos y sugestiones malignas.

Su alma columbraba luces más puras que las del mundo, y quería anegarse en sus vívidos resplandores: imaginábase una vida más interior, más apartada de los hombres, y sus suspiros volaban á esos mundos de la soledad en donde se vive esa recóndita vida: suspiraba por una unión más perfecta, más completa con su Dios, y colocó la plenitud de su dicha en ser una de las vírgenes Esposas del Cordero.

¡Ah! Estos votos de su alma los puso como un ramo de flores olorosas á los pies de la Virgen de los Dolores el día de su fiesta.

•¡Madre mía! le decía Lucila; ¡que una lágrima desprendida de tus ojos venga á purifi-

car, á santificar y á hacer fecundos mis buenos deseos!

Nunca había saludado con más fervor la venida de la Semana Santa. Sería cosa poco menos que imposible decir aquí lo que pasó por el corazón de Lucila, durante estos días santificados por la muerte del divino Redentor.

Las augustas ceremonias con que la santa Iglesia conmemora tan tremendos á la vez que consoladores misterios, tenían absorta su alma en un recogimiento profundo.

Complaciase, sí, en visitar los sagrados Monumentos, pero gustaba más aún de quedarse oculta en algún obscuro rincón del más solitario de todos ellos, guardando allí amorosamente el sepulcro de su amadísimo Jesús.

Allí resolvía ella morir también al mundo y á todas sus vanidades, para resucitar con El y gozar de la plenitud de la vida.

— Sí, decíase á sí misma, ya no vacilo más, ni lo retardo por más tiempo. Voy á comunicar á mi padre la resolución que he tomado. Acaso voy á disgustarle. Pero ¿no me llama el Señor? Casi estoy segura de que va á oponerse á ello. Pero ¡quién sabe! Y aunque á ello se opusiera por de pronto, ¿no están en las manos de Dios los corazones de los hombres? Sí, sí, voy á decírselo.

V

FLORES Y ESPERANZAS

Era uno de los más hermosos días de Primavera.

La creación se ofrecía á los ojos de Dios y á las miradas de los hombres, ataviada con su más lujosa veste, y aderezada con sus joyeles más ricos.

Es á orillas del caudaloso Ebro, y no lejos de una ciudad antigua, que se mira ufana en el espejo de ese río, en donde mis ojos contemplan con infinito embeleso el más delicioso paisaje, que á mí me agradaría dar á conocer á mis queridos lectores.

Parece que el cielo se ha complacido en verter allí el tesoro de sus encantos, y que la tierra ríe gozosa al verse objeto de las amantes miradas de Dios.

Al abrigo de una graciosa ladera coronada de verdes olivos, se extiende la dilatada vega hasta las aguas del majestuoso río, que parece arrullar con sus perpétuos murmullos aquel encantador edén.

Sobre las verdes y entrelazadas copas de infinita variedad de árboles frutales, cuyas hileras se cruzan en todas direcciones forman-

do el más delicioso laberinto, yerguen su altiva cabeza las palmeras, cuya ondulante cabellera se mece acompasadamente al aliento de brisas perfumadas.

Abundan en aquel sitio los naranjos, tan bellos y olorosos cuando están en flor, como ricos y cautivadores cuando entre sus verdes ramas ofrecen sus suavísimas pomas de oro.

Muchas son las blancas casitas que aquí y allá se dibujan á través del pomposo follaje; pero ninguna llama la atención, por su elevación y majestuosas proporciones, como una, cuyos dueños merecen todas mis simpatías y creo las de mis lectores.

Su fachada está curiosamente pintada, si bien sus colores se van ya borrando por efecto de las lluvias y por la acción del tiempo: corre sobre su puerta principal un largo balcón de hierro, siendo coronado el cuerpo del edificio por una graciosa y pintoresca galería.

Un jardín, cerrado por alta verja de hierro, está rodeando la espalda y los lados de la casa.

A lo largo de los bien cultivados tablares, propios de esta quinta, hay ángulos bañados en perpetua sombra, con bancos de piedra tapizados de hiedra; verdes cenadores sombreados de flotantes doseles de ramaje, que convidan á pláticas entretenidas; ruidos de corrientes aguas, que acarician y al parecer refrescan

los sentidos; arrullos de palomas, que desde la galería salen á bandadas á hacer sus excursiones por los vecinos campos; gorjeos de pájaros, que anidan en las ramas de aquellos árboles...

Confieso con franqueza que al pasar muchas veces por el lado de esta quinta he tenido tentaciones de penetrar en ella y descansar una buena pieza en sitios tan frondosos.

Pero lo que me atraía más aún, era el agradable misterio de aquel jardín, que yo me lo imaginaba un paraíso de deleites.

Hoy no es así afortunadamente, pues puedo penetrar en él cuando se me antoja, pudiendo ir también acompañado de mis queridos lectores.

Si ahora me aprovecho de esta libertad, seguro estoy de que mis amigos no van á encontrarse allí mal, al verse rodeados por todas partes de una muchedumbre de suaves y hermosas criaturas, que no parecen sino sonrisas de los divinos labios, y que al caerse sobre la tierra, recibieron de los Ángeles el nombre de «flores».

Pero no solamente son flores del campo las que embellecen el jardín, sino que también... ¡miradlas! hermosas flores de la vida exhalan allí el olor de sus sentimientos, divinos perfumes del alma.

Vestidas con un sencillo, pero airoso y ele-

gante traje de muselina blanca, Lucila y Amelia están sentadas alrededor de una mesita de labor, y bajo un verde cenador, del cual penden multitud de campanillas azules, blancas y encarnadas.

Lucila, que sigue muy atareada en su labor, levanta al fin los ojos y los fija en su hermana, la cual continúa absorta en la lectura de un libro, diciéndole al mismo tiempo estas palabras:

—¿Sabes, Amelia, que te encuentro ya muy buena? Vamos, no hay como el campo para ponerse una bien. En el poco tiempo que estamos aquí te has puesto robusta y tan colorada como el clavel que llevas prendido.

—¿De veras, graciosa mía? contéstale Amelia con cariñoso mimo: sí, sí, me siento mucho mejor, y creo que luego podremos volvernos á la ciudad.

—¡Pero si estamos aquí tan bien! replica Lucila. Este apacible apartamiento, esta soledad deleitosa, esta dulce libertad de los campos, esta vida tan saludable al cuerpo como al alma, ¿no te agrada á tí, Amelia?

—Sí; pero sólo para unos días. Después me cansa ver siempre lo mismo. ¿No lo ves? Aquí no hay ni movimiento, ni sociedad, ni distracciones. Vamos, no me negarás que aquí llega una á aburrirse pronto.

—¡Jesús! ¿qué dices? ¿Y quieres más her-

inóso y ordenado movimiento que el que aquí se observa, sociedad más inocente y agradable, distracciones más variadas y deliciosas que estas? observó Lucila.

—Ya sé yo que en todas partes sabes encontrarte tú bien, añadió Amelia; pero ¿qué vas á hacerle, si no todos piensan como tú? Afortunadamente me distraigo con estas novelas de Fernán Caballero. ¿Pero has visto tú? ¡Qué desenlace el de la pobre *Elia*! Figúrate que se encierra en un convento.

—¿Es que querías que acabase en casamiento, como suelen acabar todas las novelas?

—Pero, chica, no digas, que eso es bastante triste.

—¡Ay, Amelia! Quiera Dios que el desenlace de tu novela no sea más triste.

—¡Cavilosa estás, hermana! Vamos, te lo habré de decir, pues creo que aún no lo sabes. La novela esa á que te refieres, y que yo voy escribiendo, la tengo ya en el último capítulo. Sus páginas son del color de la rosa.

—¿Y no podrían volverse negras?

—Es que no estás enterada. Yo creía que te lo había ya comunicado. El amor es egoísta, Lucila.

—No todos los amores son egoístas, hermana mía. Mas dime qué pasa de nuevo.

—Que Rafael me ha escrito desde Andalucía, en donde ahora se halla, diciéndome que muy

pronto se va á venir; y que en seguida que llegue, se verificará nuestro proyectado enlace.

—Mucho me alegra esa noticia, hermana mía.

—Y que creo que no va á tardar...

—¿Sabes el día?

—No; pero el corazón me está diciendo...

No sé.

Amelia, dejando sobre la mesita el libro que leía, se levantó y se fué por un sendero festoneado de grandes matas de azucenas, hasta penetrar en la casa por la puerta que daba al jardín: no sabía ocultar que su corazón esperaba algo.

En esto mismo estaba Lucila pensando, cuando de repente se ofrece delante de ella su padre.

—¿Sola te encuentro, Lucila? le dice. Pues ¿y tu hermana?

—Acaba de salirse del jardín.

—Ya sabrás, hija mía, que nos quiere dejar pronto. ¿Qué le hemos de hacer? Lo quiere ella así... Aunque mientras yo te tenga á tí, Lucila mía... Tú no me has dicho nunca nada de tus proyectos. Eso me complace á mí mucho, pues significa que nada deseas, y eres feliz á mi lado.

—¡Oh, sí, padre mío! contestó enternecida Lucila. Si bien hace algún tiempo que deseaba comunicarle...

—Habla, hija mía, habla; pues ya sabes que no ambiciono otra cosa que vuestra felicidad.

—Quería, siendo del agrado de V., entrar de Religiosa en el convento de las Carmelitas.

Al oír esto, el cariñoso padre no pudo contener su asombro, y, volviéndose á ella, exclamó:

—¿Monja quieres ser? ¿Será posible? ¿Sabes lo que has dicho?

—Creo que sí, padre mío. Hace mucho tiempo que lo tengo bien pensado.

—Pues mira, yo no puedo, no debo consentir en esa determinación irreflexiva. ¡Encerrarse en un convento una hija mía! ¡Y la única que va á quedarme! Vamos, sólo ese pensamiento me aflige demasiado. ¿Y quisieras que yo me privase de tu compañía, hija mía, cuando creía y creo poder acabar contigo lo poco que me resta de vida? Deseo que no me hables más de este asunto.

Nada replicó Lucila al oír estas palabras.

Tras esto se oyó por la parte de fuera el rápido galopar de un caballo. A poco, el semblante de Amelia, radiante de hermosura y felicidad, se asomaba por una de las ventanas que daban al jardín, y con voz trémula y apagada y el corazón palpitante, pronunció estas palabras: «¡Padre!, venga V., que ahora llega.»

Al mirar á Amelia, su padre y su hermana conocieron que el recién venido no podría ser otro que Rafael.

VI

LÁGRIMAS DICHOSAS

Hacia algunas semanas que la familia, con quien hemos hecho conocimiento, había dejado el campo para vivir en la ciudad, puesto caso que Amelia había recobrado su salud.

— ¡Cuán desgraciada soy, hermana mía! decíale á Lucila su hermana, una tarde, al estarse vistiendo para ir á practicar la poética devoción del «Mes de las flores.»

— ¿Desgraciada tú, hermana mía?

— Sí, Lucila. Rafael no me escribe: nada he sabido de él desde el día que pasó algunos minutos con nosotras en la quinta. Mi padre ya no quedó contento de aquella corta visita. Mi corazón deseaba también algo más; pero se esforzaba en buscar razones, y las encontraba, para quedar tranquilo y satisfecho. Dijo también él que no podía dedicarnos más que aquellos momentos, de mí tan esperados, pues asuntos urgentes le reclamaban muy lejos. Yo he procurado excusarle hasta ahora. Pero por más que me dijo que escribiría

todas las semanas, han pasado muchas, y ni una carta suya he recibido. ¿Te parece si soy desgraciada?

—Vamos, te impacientas por nada. Acaso no puede aún escribirte, ó se habrán perdido las cartas, ó... ¡quién sabe!

—Sí, tienes razón: ¡quién sabe si sucede algo peor que todo eso! agregó tristemente Amelia.

—Pero eso es tener ganas de afligirte sin motivo. Un hombre como Rafael no falta á su palabra tan fácilmente como tú supones.

—¿Y si faltase? ¡Dios mío! ¡qué desgracia la mía!

—Mira, Amelia: lo que te aconsejo es que lo dejes en las manos de Dios, que sabe mejor que nosotros lo que nos conviene. Acude á la Virgen María, nuestra tierna Madre, suplicándole que guíe ese asunto por donde más convenga á tu alma.

—¡Oh! ¡Cuán tranquilo vive tu corazón, hermana querida! ¡Cómo envidio esa tu calma inalterable! ¡Qué bien haces en no convertir á tu corazón en esclavo de ningún hombre!

—¿De veras lo dices?... Sin embargo, ninguna persona de la familia se ha opuesto á tus deseos, cuando sabes que á los míos todo el mundo se opone.

—Y á pesar de ser esto así, ¿quién de las

dos es más dichosa? ¿Tú ó yo? ¿Qué corazón disfruta de mayor paz? ¿Mi corazón, que va tras el amor de un hombre, ó el tuyo, que va tras el amor de Dios?

—Es que yo sé resignarme á todo, contestó Lucila. Procura hacerlo así tú también.

—¡Ay, hermana mía, que no conoces otro linaje de amores que el purísimo y sosegado tuyo! ¡Si tú acertases á ver las tempestuosas ondas que se levantan ahora en el fondo de mi alma! ¡Si llegases á comprender las zozobras y congojas inexplicables que estoy sufriendo! ¡Si te pudiera yo contar los extraños y horribles pensamientos que acosan mi mente! ¡Ah! Entonces bendecirías, mejor aún que lo haces, la dicha incomparable que te proporciona esa única y santa pasión de tu alma, que te deja siempre llena de paz y de dulcedumbre.

—Siento que lo que acabas de decir es mucha verdad, Amelia mía; y no sabes, no puedes saber cuánto me complace oír de tus labios verdades como éstas. Pero no vayas á creer por eso que yo no experimente deseos muy vivos, y que mi pecho no sienta ansias no menos ardientes, y que la pasión santa, que dices que tengo, no sea una verdadera pasión.

— ¡Venturosa pasión la tuya! exclamó Amelia con melancólica sonrisa. Pasión ce-

lestial, que sólo aspira á lo bueno, á lo mejor, y aun así vive siempre sujeta á la voluntad de Dios. Pero ¡horrible infierno la pasión que á mí me atormenta!

Lágrimas abundantes arrasaron el hermoso semblante de Amelia al terminar estas palabras.

Puesta la mantilla tenían las dos hermanas, y Lucila, cogiendo cariñosamente del brazo á su llorosa hermana, le dijo:

—Vamos, tranquilízate. La santísima Virgen nos está esperando. Ya verás qué dulce bálsamo va á derramar en tu corazón.

¡Hermosa devoción la apellidada con el poético nombre de «Mes de las flores»!

¡Lo más bello de la naturaleza enlazado por gallardísima manera con lo más bello en el orden de la gracia!

¡Las flores de la tierra formando fragantísimas guirnaldas con las flores del cielo!

¡Los perfumes de los valles y las colinas mezclándose con el vapor de la mirra y del incienso que humea sobre el ara santa!

Por eso los niños y las vírgenes corren presurosos á celebrar el «Mes de las flores», y con frescas y argentinas voces glorifican á la Niña bendita de Judá.

Allá van también los ancianos á refrescar su corazón con las fragancias que se desprenden del trono de la Virgen.

Ni faltan allí tampoco los corazones heridos por el desencanto de esta vida, pues á las plantas de María no hay dolor que no se dulcifique, ni lágrima que no se seque.

¡Ah! Postrada de rodillas al pié del altar de María, Amelia ha hecho una súplica tan humilde y fervorosa, que el corazón de la Madre más bondadosa es imposible no se haya interesado á su favor.

Lo cierto es que al salir del templo, el semblante de Amelia anunciaba la paz interior de su alma.

Lucila, que al rezar á la Virgen se había olvidado de sí misma, para acordarse solamente de su hermana, observaba todo esto en silencio, y bendecía al Señor, con toda la efusión de su pecho.

VII

¡UNA CARTA SUYA!

Hay almas débiles que, como si quisieran sustraerse á los amorosos designios que el Señor tiene formados acerca de ellos, sólo se muestran valerosas para luchar, uno y otro día, contra las secretas voces que el Señor hace sonar en sus espirituales oídos.

La amorosa gracia del Señor, sin embargo,

las sigue solicitando con sosiego y dulzura: bien lo conocen ellas; pero las solicitaciones del mundo, que se revisten de mágicos hechizos, casi logran apagar en ellas el eco dulcísimo é inefable de la voz de Dios, que no se cansa ni desconfía nunca.

Dejad, dejad correr á esas almas por los senderos peligrosos que la pasión matiza de olorosas flores; dejad que lleguen hasta embriagarse con aquellos aromas; que se aduerman al lisonjero arrullo de aquellos cantos; dejadlas: que tal vez no tardarán en hallar el manantial de la verdadera vida allí donde sólo buscaban la fuente de turbios y humanos placeres.

Tal hubo de acontecer á Amelia, la aturdida joven que no parecía vivir sino para alimentar en su alma aquella pasión amorosa, la única que hasta entonces había concebido.

Excusado será decir que todos sus pensamientos, afectos, ensueños, deseos, su vida toda, la cifraba ella en amar y ser amada de Rafael. ¿Qué le importaba á ella lo demás?

Pero el Señor, como advertido cazador de las almas, estaba aguardándola en ese camino, deseando herirla para curarla, pero herirla en la parte más delicada y sensible de su corazón de mujer, para que la cura fuese más radical y segura.

¡Quién sabe si la fervorosa oración que la

apenada niña dirigió á la Virgen en el «Mes de las flores», apresuró estos momentos solemnes y decisivos para su alma!

«¡Una carta suya!» Esta era la palabra que, sin advertirlo ella, pronunciaban mil veces sus labios, y que de noche repetía en sus agitados sueños, porque escrita la tenia con el fuego de la pasión en su alma.

Una carta de Rafael constituía toda la ambición de Amelia, dispuesta á perdonarlo todo, á olvidarlo todo, á engañarse á si misma, con tal de poderse quedar en el encantado edén de sus ilusiones.

Pero la carta no vino; digo mal: aquella carta en la cual Amelia había soñado tantas veces; aquella carta que ya había leído en sueños deliciosos; aquella carta con tanto delirio esperada, es verdad que no vino; pero vino en cambio la carta de que el Señor se valía para desasir de la tierra el hermoso corazón de la joven; vino la carta que como aguda flecha asestaba á su corazón amante el divino Cazador de las almas.

¿Cuál era el contenido de la carta de Rafael?

Yo que la he tenido en mis manos, yo que he leído y estudiado sus frases extrañas, inverosímiles, tratándose de un corazón que ama, llegué á convencerme de que no podía ser sino Dios el que guiaba la pluma de Ra-

fael, á fin de que la herida que causase fuera más honda, y más vivo y más crudo el dolor.

La indiferencia, el olvido, el desamor de Rafael se ocultaban malamente tras las frases hipócritas de que «no merecía á Amelia», de que «no se consideraba digno de sus virtudes», y otras por el estilo.

Al leer, ¿qué digo al leer? ya antes de leer las palabras, al comprender el pensamiento capital de la carta, la sensible joven rompió en amarguísimo llanto, echándose con los brazos abiertos al cuello de su padre, que es el que, sin abrirla, había puesto la carta en sus manos.

—¡Padre mío! ¡padre mío! sólo pudo exclamar sollozando.

—¡Valor, hija mía, valor! le dijo su padre consolándola: ¿qué importa que los demás te olviden, si me tienes á mí, que nunca dejaré de amarte?

—Ya lo sé, padre mío, ya lo sé. Y permítidme añadir, que tengo también á Dios, que no olvida, que no engaña, que ama siempre, con un amor dulcísimo y eterno.

En estos solemnes instantes entraba Lucila en el cuarto de su hermana, y todo lo comprendió en seguida.

Ni una sola palabra quiso Lucila pronunciar: su corazón lleno de gratitud se deshacía en acciones de gracias al Señor, que tan mi-

sericordioso se mostraba, y por tales medios atraía á sí el corazón de su hermana.

— ¡Cuán ocultos y misteriosos son los caminos del Señor! pensaba Lucila. Sólo Él sabe dirigir á sus fines altísimos las circunstancias que á ellos parecen más opuestas y extrañas. Es que en sus divinas manos todas las cosas, todos los sucesos son medios conducentes á sus inescrutables designios. ¿Quién había de decir que mi pobre hermana se acercase con apresurado paso á los caminos de su santificación, á favor de aquellas mismas alas que parecían apartarla de ellos? ¿Quién había de imaginar que el amor á un hombre se convirtiera luego en estímulo poderoso para amar á Dios? ¿Quién jamás creyera que de la carta de Rafael se serviría el Señor para apartar el corazón de Amelia de los mezquinos é interesados amores de la tierra, y convertirlo al purísimo é inefable amor de Dios?... ¡Bendito sea el Señor, que así derrama sobre sus siervos el tesoro de sus divinas misericordias y el bálsamo de sus inenarrables consolaciones! ¡Gracias sin cuento á nuestras tiernas y queridísimas madre María y Teresa de Jesús, que tan soberanos favores nos alcanzan de Dios con su intercesión poderosa!

VIII

NOBLES PROPÓSITOS

Era una tarde de Julio, algunas semanas después de los acontecimientos que se acaban de referir, cuando Lucila y Amelia se hallaban en la sala de labor, muy atareadas confeccionando vendajes é hilas para los pobres enfermos del hospital.

El pensamiento de poder ser útiles á los desgraciados de la tierra, de poder contribuir á mitigar sus dolores, de poder prestarles algún servicio; este pensamiento bastaba ya á llenar de inexplicable dulzura el corazón bondadoso de las dos hermanas.

Ni en la víspera de la fiesta en que había de estrenar un vestido precioso había trabajado Amelia con tanto gusto y afán como trabajaba aquella tarde en obsequio de los pobrecitos.

Ya concluían su trabajo, cuando de repente se presenta su padre con aire triste y sombrío, y llevando en la mano un telegrama que acababa de recibir.

—¿No sabéis lo que hay? les dijo. Vuestra querida amiga Julia ha muerto esta mañana. Su familia nos lo participa. Aquí teneis el parte.

Mudas de dolor y sorpresa se quedaron las dos jóvenes al escuchar tan triste y dolorosa nueva. Era Julia una de sus amigas más queridas, la cual, habiéndose casado hacía poco tiempo, vivía con su esposo en una populosa ciudad.

Nada hay que extrañar que la muerte de su joven amiga hiciera la impresión más viva en sus corazones. Lágrimas abundantes bañaron sus semblantes, y fervientes oraciones se desprendieron de sus labios al pensar en su amiga.

La oración, ese poder misterioso que serena y apacigua las tempestades de la tierra, no menos que las que se levantan dentro del corazón humano, vino también á serenar y calmar la amargura que se había apoderado del corazón de ambas jóvenes.

—¡Pobrecita Julia! exclamó Amelia. Cuando hubo conseguido lo que había ambicionado toda su vida; cuando empezaban á realizarse sus más hermosos ensueños, y se hallaba aún en la flor de su edad, y mirábase rodeada de contentos y caricias, entonces ¡ay! entonces es cuando le sorprende la muerte y tiene que abandonarlo todo.

—¡Ay, hermana mía! repuso Lucila. ¿Y nada dirá este desengaño á nuestro corazón? ¿Ninguna enseñanza deberemos sacar nosotras de todo esto?

—¿No te acuerdas, Lucila, de los proyectos

que acariciaba nuestra pobre Julia, hace algunos años? Con el acento del entusiasmo y del amor satisfecho, nos decía ella, antes de casarse:—«Sus padres y los míos quieren que tan pronto concluya él su carrera nos casemos; él también lo quiere. Yo le digo que no es necesario llevar tanta prisa, aunque no lo deseo menos. Pero ello es cierto; nos casaremos pronto. Sus talentos van á abrirle caminos muy honrosos y lucrativos, y ya se le han hecho proposiciones las más ventajosas. Viviremos en la corte ó en una de las mejores capitales. Seremos dichosos. ¡Oh, queridas amigas mías! exclamaba Julia en un raptó de ternura: sólo deseo que el Señor os conceda tanta suerte y ventura como á mí!»

—Sí, me acuerdo de todos esos rosados ensueños de nuestra amiga; contestó Lucila con melancólica sonrisa.

—Verdad es que pudo verlos casi realizados del todo; pero ¿en qué han parado ellos?

—¿Que se realizaron? dices. No, no lo creas, Amelia. Casóse, sí, con el jóven á quien amaba; mas ¡ay! que yo sé muy bien que ni un día feliz tuvo la pobre Julia desde que se casó. Muy poco tiempo hace que yo la ví, y... créeme, Amelia; no era la misma. Aquella jovial y alegre criatura que á nosotras nos tenía embelesadas, estaba entonces melancólica y sombría; aquella tez de nieve y rosa que besa-

mos nosotras tantas veces, estaba marchita y sin frescura; aquellos ojos tan vivos y parleros en otro tiempo, los contemplé velados por una nube; aquel brío y lozania de todo su cuerpo, que á nosotras nos enorgullecía, y excitaba la envidia de otras compañeras, se había convertido en dejadez y abandono. En una palabra: Julia no parecía ella misma. Ella callaba, y hacía bien: nada me dijo de su situación presente; yo respetaba su silencio; pero hartó se adivinaba, sin quererlo, que los hermosos ensueños que antes la arrullaron, estaban muy lejos de realizarse.

—Y sin embargo, cuantas la conocíamos, yo misma, había dicho muchas veces:—«Julia nació con buena estrella; todo le salió bien.» ¡Pobre Julia! ¿Y es posible que hoy haya muerto? ¿Y no la veremos más? ¡Dios mío! Pues ¿qué es el mundo?

—Un engañador, un lisonjero y fementido, Amelia mía, que no merece nuestro corazón, ni menos nuestros sacrificios; sacrificios que el mundo no conoce, y que no conociéndolos, no los agradece ni los paga. ¡Sólo Tú, Dios mío —exclamó aquí Lucila levantando sus azules ojos al cielo;—sólo Tú, amor mío, pagas aun en este mundo, con dulcísimos consuelos y gustos inefables, los pequeños obsequios que te hacen las almas que te aman!

—¡Y no haberlo conocido más pronto! sus-

piró Amelia. Sin embargo, tengo ya hechos mis propósitos, que espero has de favorecer tú, hermana mía.

—Cuenta conmigo para todo lo bueno, Amelia de mi corazón.

—Sí, lo espero todo de tu ayuda. Por otra parte, espero que nuestro padre no se opondrá á mis deseos.

—¿Y no podría yo saber cuáles son tus proyectos, hermana mía? ¿Acaso quieres también, como yo, retirarte del mundo?

—Sí, quiero retirarme del mundo, pero viviendo al mismo tiempo en él; quiero, sin vivir su vida, vivir en el mundo, para obrar, con la gracia de Dios, la salvación de las almas; deseo aumentar mis conocimientos para poder dedicarme á la enseñanza de la juventud; deseo, con la ayuda del Señor, enderezar los corazones por los caminos de la inocencia, elevar las almas á la esfera sublime y purísima del conocimiento y amor de Dios; suspiro, en una palabra, por dilatar las fronteras del reinado de Cristo, mi Señor y mi Esposo.

—Esto es hermoso, esto es grande, hermana mía, agregó Lucila. Tu actividad, tu carácter, tus talentos, las cualidades de que el Señor te ha dotado, conozco que necesitan este vasto campo para lograr su completo desarrollo. Tú debes santificarte peleando en el mundo esas gloriosas batallas; debes modelar tu corazón,

formando según el de Cristo el corazón de la niñez; debes hacer partícipes de los tesoros de ternura que tu corazón encierra, á otros muchos corazones puros é inocentes que necesitan la limosna del amor, y que por este medio serán elevados al amor purísimo y deleitosísimo de Dios, único que es capaz de satisfacer y dar hartura á nuestros corazones.

—No me humilles demasiado, hermana mía, repuso humildemente Amelia. Yo sólo deseo cumplir en todo la voluntad de Dios. Conozco que el Señor quiere que ande por ese camino. —«Ya vengo», le digo á mi Dios. ¿No debo obrar de esta manera?

—¡Oh! Tú eres la que, sin advertirlo ni quererlo, me humillas, mi querida Amelia, contestó Lucila abrazándola con efusión entrañable. Tus palabras confunden mi debilidad y flaqueza. Cumple, sí, cumple enhorabuena los gloriosos destinos á que el Señor te llama. Mientras que yo, en el silencio y soledad de mi celda de carmelita, elevaré mis humildes oraciones al Señor, no creas que me olvide de aquella hermana mía que sólo se quedó en el mundo para conquistar almas, para atraerlas á Dios, para dibujar en ellas la imagen de Cristo, para vivir la vida de abnegación y sacrificio, tan fecunda siempre en vencimientos y coronas.

—Y yo, Lucila, me complazco ya en con-

templarte con los brazos levantados al cielo, mientras que yo me hallaré peleando en el mundo los combates del Señor; y no menos me complazco en conocer que las victorias que yo consiga serán debidas, no tanto á mis trabajos como á tus fervorosas oraciones.

—Pero no me has nombrado aún por su nombre el Instituto á que tú, Amelia, deseas pertenecer.

—¿Y puedes aún dudarlo, hermana mía?

—¿Acaso quieres entrar en el naciente Instituto llamado con el expresivo nombre de «Compañía de Santa Teresa de Jesús?»

—Sí, hermana mía. No aspiro á otra cosa.

—¡Oh, qué dicha la mía, queridita de mi alma! Deja que te bese mil veces, oh hija de Teresa, como yo deseo serlo también. ¡Hermanas por la sangre y el espíritu! ¡Dios mío, cuán bueno sois!

—¿Cuándo será eso, hermana mía? ¿Tardaremos mucho?

—Acaso no, querida Amelia. Sin embargo, prepara tu alma para la tentación.

IX

LUCHA DE DOS CORAZONES DELICADOS

¡Cuán profundamente feliz y dichosa se sentía ahora Lucila al ver á su hermana asociada por completo á sus elevados gustos y aficiones!

Aunque conservando la graciosa viveza y jovialidad de su carácter, habíase operado en Amelia un notable cambio que nadie podía dejar de ver.

¿Qué extraño si por el fondo de su corazón, agitado por las humanas pasiones, había pasado la voz de Dios, voz terrible, pero llena al mismo tiempo de dulzura, que tornó en apacible calma la temerosa tempestad?

Los gustos de la encantadora joven eran ahora más sencillos, más inocentes, más poéticos.

Es que ahora amaba de veras á Dios; á solo Dios: y este amor, que dilató por maravillosa manera los senos de su corazón, todo lo matizaba á sus ojos de sonrientes y purísimos destellos.

La flor que, blandamente mecida por las brisas de la tarde, envía al cielo la ofrenda de sus virginales aromas;

El pájaro que, regocijado y alegre, sube rápidamente por los aires preludiando melodiosos trinos;

Los transparentes cristales del Ebro, que copian los áureos y purpurinos celajes de una serena mañana del estío;

Los rumores que, semejantes á los ecos de fervorosa plegaria, traen los vientos desde la deliciosa vega;

El pálido y misterioso resplandor de la luna;

El solemne y cautivador centelleo de las estrellas sembradas por la noche en el firmamento:

Todo esto agrada ahora á Amelia, la entretiene, la embelesa, le proporciona sentimientos tan suaves y deliciosos, que se sorprende de no haberlos experimentado hasta entonces.

Todas estas cosas le están hablando ahora de Dios, y á su vista brotan de su corazón mil amorosos suspiros que, sin descansar un momento en la tierra, se levantan á la purísima región de los cielos.

Su corazón, por caminos que preparó el Señor en su misericordia, ha encontrado ya lo único que podía cumplidamente llenarlo, y descansa dulcemente en el amoroso regazo de la Providencia divina.

¡Oh! ¡Y cuán agradecida debo estar al Señor, hermana mía queridísima, por haberme

apartado de las peligrosas sendas del mundo! le decía una tarde á Lucila.

—También debo estarlo yo mucho, contestó ésta, por este beneficio que considero me ha sido concedido también á mí por el Señor, hermana mía, querida siempre de mi corazón, pero ahora más querida que nunca.

—Nunca hasta ahora había sabido yo comprender tus bondades, Lucila mía; y me hubiera separado de tí sin entender hasta qué punto se extiende tu fraternal cariño.

—¿Cómo no, hermana mía? Creen los del mundo que sólo ellos son capaces de sentimientos tiernos. ¿No es verdad que andan muy equivocados?

—Como en todo, Lucila. En el fondo de esos sentimientos suyos, créeme, yo lo he visto, y lo he experimentado bien, y doy por ello gracias al Señor; en el fondo de esos sentimientos, digo, no hay más que egoísmo, puro egoísmo.

—Yo sólo sé decirte, Amelia mía, que amando á Dios tanto como alcance mi corazón, y acaso porque le amo de esa manera, aún me queda sensibilidad y ternura, que nunca se entibia, ni dice basta, para dedicarla al bien de mis hermanos.

—Y yo sé otra cosa además, hermana mía; otra cosa que tu corazón inocente y puro no puede saber; y es que cuando el amor munda

no se ha apoderado del corazón, éste se hace duro, esquivo, inflexible, hasta cruel, para todo cuanto no sea el objeto de su pasión; todo le aburre, le cansa, le fastidia, menos su ídolo, ese ídolo de barro, solitario y exigente que reina en ese mismo corazón. Por mi parte debo decirte que nunca como ahora os he amado tanto á nuestro padre y á tí.

—Comprendo que así debe de ser, repuso Lucila; y si va á decir verdad, te aseguro que eres ahora infinitamente más amable que antes, y hasta creo que te has puesto mucho más hermosa.

—Lo que es hermosa de alma, lo deseo de veras; de cuerpo, no me preocupa tanto, aunque me siento tan buena como nunca lo haya estado. De todos modos, deseo parecerme á tí, hermoso ángel mío.

—¿Te has hecho también zalamera? repuso Lucila riéndose graciosamente. Calla, que muy pronto me harás morir de envidia, si bien te envidio ya no poco.

—¡Envidiarme tú á mí! ¿Quieres burlarte?

—No me burlo, no. Nuestro buen padre, que te ha mimado siempre con exceso, va á darte gusto en todo, y no tardarás en militar en tu amada Compañía de Santa Teresa.

—¿Te parece á tí que el diablo no hará alguna de las tuyas?

—No lo creo. Supondrá nuestro padre que

te has casado, y no se opondrá á tus deseos.

—Y ¿qué harás tú, Lucila?

—Yo me quedaré en el mundo por ahora, esperando á que el Señor disponga aquello que mejor le plazca.

—¿Conque es decir que tú quieres hacer en mi obsequio el sacrificio de lo que más deseas? Imposible; eso no puedo ni debo permitirlo. Grandísimos son mis deseos de pertenecer á la Compañía, pero yo no podría irme contenta dejándote á tí sacrificada por mi causa.

—¿Ahora andas con esos escrúpulos? Déjalo estar, que no lo arreglará de otra manera nuestro padre, y entonces tendrás de obedecer.

—Pero yo le diré á padre que á tí te toca primero el tomar el estado que has escogido; me esforzaré en ser para con él todavía más cariñosa de lo que lo he sido hasta aquí; le persuadiré de que estando en mi compañía no ha de echar en falta tus bondades, y en fin, le haré ver hasta qué punto llega el sacrificio que quiere imponerse tu corazón, pintándole los ardentísimos deseos que hace tiempo tienes de entrar en el Convento de las Carmelitas. Con esto no dudo alcanzar de padre que la blanca y gemidora palomica vaya á esconderse pronto en su nido.

—No, no obremos con precipitación, hermana mía. Razonemos con calma. ¿Quieres

que te diga cuál es la otra consideración que me mueve á hablar de la manera que has oído? Acaso no sea discreto ni justo lo que voy á decirte; pero mira, yo creo que si yo me voy y te quedas tú sola al lado de nuestro padre, crecerán y se harán más poderosos los enemigos de tu alma. Tus mismas buenas cualidades, tu carácter jovial y alegre, tu sensibilidad exquisita, tu corazón abierto y franco, acaso lleguen á ser un grande peligro para tí. Luego después, la saludable herida que recibió tu corazón se irá poco á poco cicatrizando, y el mundo te volverá á parecer por ventura lisonjero. En una palabra, temo por tí, hermana mía, y desearía que fueses tú la que primero se pusiera á cubierto de tantos peligros.

—Sí, es verdad, Lucila; soy muy débil; lo reconozco; no quiero lisonjearme de una virtud y una fortaleza que no tengo. Pero con la ayuda de Dios nada temo. Sé que pueden venirme todavía recias tentaciones; pero sé también que no permitirá el Señor que sea más tentada de lo que pueden soportar mis fuerzas, acompañadas de la gracia de Dios. Y ¿crees tú que logrando yo mis vivos deseos y quedándote tú por mi causa en el mundo, podría estar tranquila mi conciencia? De ningún modo. Ya ves, pues, cómo tus razones, que prueban perfectamente la bondad de tu corazón, no bastan á convencerme de lo que vanamente deseas.

—Ya convencerán á nuestro padre.

—Te equivocas, Lucila. Con mil zalamerías y mimos he de lograr que no se oponga á tus deseos de entrar pronto en las Carmelitas. Pero, ¡ay, Dios mío! ¿Será posible que haya de verme separada de tí?

—¿Ves tú misma cuán grande es tu debilidad? ¡Ya no quieres que vaya allá!

—¡Oh! Eso no. Lo que hay es que mi corazón de hermana, que te ama sin medida, se subleva contra la idea de esa separación. Pero calla, que yo lucharé y saldrá mi voluntad vencedora.

—Desengáñate. Dios quiere que seas tú la primera en salir de casa, como ya estuvo á punto de suceder, por otro motivo no tan santo. Santa Teresa te llama á su Compañía.

—Antes te ha llamado á ti á su convento.

En estos momentos el padre de las dos jóvenes se presentó bajo el dintel de la puerta del cuarto en donde ellas estaban. Sin duda pudo enterarse del asunto de la animada conversación de sus hijas, pues con rostro grave y voz severa exclamó:

—¡Qué convento ni Compañía! Lucila, tu convento está en mi casa; y tu Compañía, Amelia, la hallarás en la mía.

X

LENGUAJE MUNDANO

Declinaba el tibio y melancólico otoño, cediendo el paso al aterido invierno, que se acercaba con su cortejo de escarchas y hielos.

Los días eran cortos; en cambio las noches se hacían interminables.

Cuando hacía buen tiempo, era preciso aprovechar las horas en que el sol más calentaba, para poder salir á paseo.

Días hacía que nuestras jóvenes no habían salido apenas de casa, cuando una tarde, después de comer, fueron invitadas por sus dos primos á dar un paseo por la vecina montaña.

—Vamos, perezosas, dijo Carlos, el mayor de los hermanos; que nadie os ve ni por un ojo de la cara, metidas siempre en esta casa, que no parece sino un convento.

—¿Va de veras? contestó alegremente Lucila. No quieras lisonjearnos demasiado.

—¡Mira cómo le gusta! agregó el joven.

—¡Pero si estamos aquí tan bien! repuso Amelia. Cuando el sol no entra ya en esta habitación, nos subimos al terrado: allí paseamos de una á otra parte, contemplamos la vega, vemos el ferrocarril que pasa, nos embe-

lesamos mirando las fantásticas perspectivas que ofrecen las montañas de enfrente, cuando, veladas á trechos por blancos girones de flotante niebla, son heridas por los rayos del sol, que no parece sino que se complace en alumbrar aquellas graciosas cumbres y siempre verdes laderas, según son bellos los efectos de luz y de sombra que allí produce.

—Dejaos de contemplaciones, añadió Julián, que era el más joven de los hermanos; y pues el día no puede ser hoy más hermoso, seamos agradecidos á Dios que nos lo envía, dando en su obsequio un largo paseo. ¿Lo digo bien así, Amelia?

—¿Por qué no, primo? Si en obsequio de Dios damos el paseo, segura estoy de que nos lo sabrá premiar.

—Pues á ganar un premio, repuso aquél sonriendo y levantándose de su asiento.

—¡A ganarlo! exclamaron las dos hermanas.

Y los cuatro jóvenes, después de atravesar la ciudad, se encaminaron sin más tardanza hacia la parte montañosa que por Oriente domina la población, por donde suelen pasear sus habitantes en el invierno.

El día era hermoso, agradable, casi primaveral.

Parecía que la naturaleza se reanimaba y cobraba nueva vida bajo las codiciadas caricias de un sol vivo y radiante,

Nuestros jóvenes, sintiendo la influencia del buen tiempo, y, sobre todo, teniendo libre el corazón de congojosos cuidados, iban andando por un tortuoso camino que serpea á la orilla de un hondo barranco, muy entretenidos en animada conversación.

—Vamos, no nos lo ocultes, Amelia, decía-le Julián, cuando toda la ciudad lo está diciendo.

—¿Pero qué es lo que dice? vamos á ver, repuso ésta.

—¡Toma! que te vas al Colegio de las Teresianas.

—No se dice así, añadió Carlos. Se llama la Compañía de Santa Teresa.

—Lo mismo da, continuó aquél. Pero, amiguita mía, todo lo necesitas para poder conseguirlo.

—Si es la voluntad de Dios que lo consiga, ya verás, Julián, cómo ceden las voluntades de los hombres.

—¡Hola! ¿Con que ya sabes que tu padre se opone resueltamente á tu determinación? Me alegro que lo sepas.

—¡Y bien! añadió Amelia. ¿Qué quieres decir con ello?

—Que no tememos perderte.

—¡Perderme! Así habla el mundo. Es que no entiende el lenguaje de las cosas que tocan al espíritu, y trastrueca todas las palabras. Yo

te ruego que me dispenses; pero creeme, Julián: podreis vosotros saber muchas cosas; mas andais atrasadillos con respecto de las espirituales.

—Claro está, en no dejaros hacer vuestra santa voluntad, nadie entiende nada y todo anda mal. ¿No es verdad, mi devota prima?

—No, galante primo mío, no. Que se cumpla siempre y en todo la voluntad de Dios, y no la mía, que sólo conformándose con aquélla puede ser santa. Este es mi deseo. Pero lo que hay es que, sin atender á los designios que sobre un alma pueda tener el Señor, el mundo juzga de todo según sus bajas y terrenales miras, y á las almas que tienen el valor y la fuerza, porque Dios se los da, de romper con las servidumbres de ese mismo mundo, y de querer andar por otros caminos, no pisados por el hilo de la gente, á esas almas, Julián, se las considera desposeidas de juicio y como victimas de fatal obcecación.

—Yo me guardaré mucho de decir todo eso. Pero bien comprenderás conmigo que tu padre no puede quedarse solo. Su salud es delicada, y ahora es cuando más necesita de vuestra compañía.

—¡Oh! Demasiado cierto es lo que acabas de decir. Nadie como nosotras está penetrado de esta verdad. Que el Señor conceda á nuestro muy querido padre las bendiciones y gra-

cias temporales y espirituales que diariamente le pedimos. Sabe bien nuestro padre, y no lo ignorais vosotros, Julián, que nunca nuestras devociones han sido parte para desatender en lo más mínimo los cuidados y atenciones que le debemos.

—Respecto de eso, yo sólo te diré que no se cansa de alabaros, y se considera dichoso con tener tales hijas.

—Cumplimos con nuestro deber, Julián, y faltaríamos á nuestro Dios si obrásemos de diferente manera. Pero lo que hay, es que cuando una joven trata de consagrarse á Dios, el mundo, desplegado un celo maravilloso, se afana y esfuerza en hallar especiosas razones y soñados inconvenientes para oponerlos á tan *descabellada* resolución. Entonces se apodera de los corazones una compasión y una ternura sin límites á favor de la pobre joven (así lo dicen ellos) que no teme enterrarse en vida. Entonces se sacan á relucir el desamor á los padres, el abandonar la familia, el que se es demasiado joven, el que se ha de dar lugar al tiempo, y todos los demás pretextos que el mundo inventa para retener en sus peligrosas redes á las almas que el Señor se ha escogido para sí.

—Se conoce que estás abogando por tu causa; la interrumpió Julián haciendo como que reía.

—Y tú ¿por qué causa abogas, amado primo?
¿Por la causa del mundo?

—¡Qué bobilla eres, Amelia, si extrañas aún el lenguaje de tus primos! agregó á esta sazón Lucila. Ellos, y con ellos el mundo, pretenden medir las sublimes cosas de Dios con el rasero de la prudencia humana, anatematizada por Jesucristo. Todo lo que no sea seguir los usos del mundo, ó al menos contemporizar con él, no saben ellos comprenderlo. ¿Cómo han de sufrir con paciencia que una joven, cuando se halla en la flor de su juventud, y Dios la ha dotado de gracias y talentos, cometa el gravísimo crimen de volver las espaldas á ese mismo mundo, que tanto se desvive por envolverla en una nube de lisonjas y halagos? ¿Cómo no ha de sentir el mundo perder lo que tanto para sí, y sólo para sí, apetece y codicia? Deja, mi querida Amelia, que diga lo que quiera el mundo. Hace bien en sentir que se le escape de las manos esa multitud de almas jóvenes, pero ya fuertes y animosas; aunque obran mil veces mejor ellas en no dar oídos á los egoístas clamores de los seguidores del mundo, para atender solamente á los secretos é inefables llamamientos del Corazón amantísimo de Jesús.

—Tienes razón, hermana mía, que es preciso dejarles decir; pero ¿á quién no choca la extraña manera con que discurren, y las

contradicciones en que se les ve incurrir?

—¡Oigan! exclamó Carlos haciendo del chistoso. ¿Con qué discurren tan mal esos bribonazos?

—Muy mal, alegre señorito. Figúrate tú que á una prima tuya, que no hace mucho tiempo trataba de tomar estado casándose, y dejaba por tanto á su familia, y era lo regular que se ausentase muy lejos con su marido, y era ella todavía muy joven, y su padre vivía delicado, figuraos vosotros que nadie le fué á la mano porque tomaba aquella gravísima determinación. Para casarse, no se habló para nada, ni de su inexperiencia, ni de sus pocos años, ni del abandono de su familia, ni de la salud de su padre, ni de señalarle plazos, ni de si aquello era ó no efecto de una ilusión pasajera: de nada de esto se habló entonces. Todos aplaudieron y celebraron el proyectado enlace. Nadie hubo que no aprobase los pensamientos de vuestra prima. Para casarse, ya tenía bastante experiencia; ya tenía la edad; no era inconveniente el dejar la familia y correr la suerte de su prometido, que era militar: el padre ya se pondría bueno: la razón, la prudencia, la oportunidad y conveniencia más grandes, todas las virtudes y todas las gracias acompañaban á la gravísima resolución de vuestra prima. Sólo para consagrarse á Dios se descubren y multiplican los incon-

venientes; sólo cuando trata una persona de tomar estado religioso se declaran todos contra ella.

—Es que para abrazar el estado religioso, repuso Carlos, debe uno pensarlo mucho, y ese estado es un continuado, eterno sacrificio.

—¿Y sólo para abrazar el estado religioso debe uno pensarlo mucho? contestó Amelia. ¿Y para abrazar el estado de matrimonio no hay que pensarlo? ¿Sólo en el estado religioso hay sacrificio? ¿Todo es flores y violas en el otro estado?... Así, así se lo creen muchas, muchísimas pobrecillas; pero la ilusión no tarda muchas veces en desvanecerse, y viene el desengaño á secar muy pronto las frescas flores de aquel soñado jardín.

—¿Y no hay desengaños en el estado religioso? preguntó, no muy alegre, Julián.

—No, respondió Lucila. Donde no hubo engaño no puede haber desengaño. ¡Desengañarse de estar en posesión de la verdad, del amor y de la dicha! Vaya, Julián, que hablas de estas cosas, como el ciego de los colores. Además de esto, antes de abrazar definitivamente el estado religioso, se sabe bien en qué consiste, se conocen las obligaciones, los compromisos, los sacrificios que uno se impone. ¿Pasa esto en el otro estado? A la profesión religiosa preceden uno ó más años

de prueba; y la persona que no quiere pasar adelante, se vuelve otra vez al mundo. Yo creo que el mundo ya no puede exigir mayores garantías para dejar asegurada la libertad de los que abrazan el estado religioso. ¿Sucede otro tanto con los que abrazan el otro estado? ¡Cuántas é irremediables decepciones! ¡Qué tristes desencantos no han de devorar toda la vida muchos corazones que, como inocentes víctimas coronadas de flores, fueron llevadas al sacrificio!—

Pero avanzaba la tarde. Declinaba el sol muy aprisa dejando sin calor la atmósfera.

Nuestros jóvenes, después de descansar en uno de los poyos de piedra de que suelen estar rodeadas las pintorescas casitas que embellecen aquellos campos, se volvieron otra vez á la ciudad, departiendo amigablemente por el camino.

Lucila y Amelia llegaron á su casa, muy lejos de sospechar el cuadro que allí les aguardaba.

XI

EL DIVINO CONSOLADOR

Al entrar en su casa, Lucila y Amelia comprendieron en seguida que allí pasaba algo de extraordinario.

¿Qué es lo que había sucedido en aquella casa que, dos ó tres horas antes, habían nuestras jóvenes dejado llena de paz y tranquilidad?

Que me perdonen mis lectores si se oscurecen por ventura las tintas de mi paleta, y la escena que voy á ofrecer delante de sus ojos no tiene el risueño encanto de esos paisajes bañados por la luz espléndida de un sol puro y radiante.

No tengo yo la culpa de esto, si es que he de dibujar cuadros de la vida real, tan llena siempre de alternativas y contrastes.

Pero acaso no falte tampoco hechizo al paisaje, aunque los objetos aparezcan como envueltos en las ténues gasas que flotan á favor de una luz tibia y casi triste.

Mas dejando á un lado extemporáneas reflexiones, que sólo sirven para mortificar la curiosidad de mis lectores, tengo el disgusto de notificar á éstos que D. José (pues ya recordarán que tal era el nombre del padre de las dos hermanas) acababa de sufrir un violento acceso de la enfermedad que hacía algún tiempo venía padeciendo.

Cuando Lucila y Amelia, al volver de su paseo, entraron en el cuarto de su padre, todavía éste no había recobrado los sentidos, inspirando serios temores á los médicos que le observaban, temores que, sin ellos querer.

lo, no supieron ocultar á las sorprendidas hijas.

—¡Padre mio! ¡padre mio! exclamaron ellas arrojándose sobre su querido enfermo, mientras sus bellos rostros se veían inundados de copiosísimo llanto.

Los parientes que allí habían acudido trataron, aunque en vano, de separar de allí á las sensibles y cariñosas hijas que no apartaban un punto sus ojos del rostro amortecido de su padre.

Al cabo de poco tiempo dió éste señales de querer moverse, entreabrió lánguidamente los ojos, y una frase ininteligible vióse vagar por sus yertos labios.

¿Era que el conocido eco de la voz cariñosa de sus hijas, resonando en las profundidades de su corazón de padre, con mágico poder le despertaba á la vida?

Acaso se debía sólo á la fuerza de su cariño el poder pronunciar silenciosamente algunas palabras, tal vez esta tiernísima frase:— ¡Pobres hijas mías!

Nadie es capaz de sondear los misterios del corazón humano, pero menos aún de comprender los dulces y arcanos misterios de la misericordia de Dios.

Es lo cierto que el enfermo se fué poco á poco despejando, aunque sin perder por eso su gravedad.

Lucila y Amelia, que no cesaban un momento de prodigar á su padre los más tiernos y solícitos cuidados, con los ojos dirigidos al cielo mostraban al Señor su gratitud y recurrían á los tesoros de su divina misericordia.

¡Ah! no se olvidaron, no podían olvidarse ellas de uno de los principales deberes de las hijas verdaderamente cristianas, por más que cierta sensiblería de no buena ley se oponga á ello.

Fué Lucila la que quiso indicar á su padre que era llegado el momento de recibir el Santo Viático.

Sus palabras, inspiradas por la fe más viva y el amor más tierno, no podían menos de ser acogidas perfectamente por el buen enfermo.

Las dos jóvenes dispusieron y aderezaron en seguida la casa para recibir en ella al divino Esposo de sus almas y dulcísimo consolador de los corazones afligidos.

El extremado aseo y pulcritud de la escalera y habitaciones; la especie de altarito que, conteniendo una piadosa imagen de la Virgen de los Dolores, un devotísimo Crucifijo y cirios encendidos, se observaba en la habitación del enfermo; cierta espectación solemne, el grave silencio que se notaban en las personas allí reunidas; todo ello indicaba que dentro de pocos momentos iba á tener lugar en aquella

casa una de las más tiernas y augustas ceremonias de la Religión.

El sonido repetido de la campanilla, que no tardó en anunciarla, vino á estremecer por manera inefable los corazones de las dos hermanas.

Sólo vosotros, lectores queridos, los que os habeis encontrado como yo en iguales circunstancias, podréis de algún modo comprender lo que pasó en el fondo de aquellos corazones jóvenes, donde la fe y el amor habían amontonado tantos tesoros.

La piedad y el cariño, el agradecimiento y la compasión, la alegría y el dolor, la adoración y el desconsuelo, todos estos y otros sentimientos, maravillosamente engarzados, bullían en aquellos corazones, que, purificados de toda escoria, se elevaban fácilmente á más puras y espléndidas regiones.

¡Qué santas y bienhechoras impresiones despertaron en las almas de Lucila y Amelia las palabras misteriosas que, á la cabecera del enfermo, pronunció el ministro del Señor!

Una paz y un consuelo indecibles se apoderaron del corazón de ambas jóvenes al ver comulgar á su querido enfermo.

Todo lo esperaban ellas de aquella soberana visita del Rey de reyes á su humilde habitación.

Desde ese día pareció que D. José experi-

mentase alguna mejoría, disminuyendo la acerbidad de sus dolores.

Era la tarde de uno de esos días tan hermosos para los pobres enfermos, una de esas tardes que parecen inundar de luz y espeperanzas el obscuro seno del desolado hogar de la familia, cuando D. José quiso que Amelia le leyese en algún buen libro.

Cogió la joven un tomo de las obras de Santa Teresa de Jesús, abriéndole en una página del libro que la santa escritora intituló *Exclamaciones*.

¡Dichosos nosotros, lectores queridos, si pudiésemos pintaros ahora el celestial atractivo y la suavísima unción con que de los labios de la fervorosa teresiana se desprendían aquellas mismas palabras que brotaron un día de los purísimos labios de Teresa de Jesús, después de ser caldeadas en la fragua de su corazón de serafín!

«¡Oh deleite mío (leía Amelia), Señor de todo lo criado y Dios mío! ¿Hasta cuándo esperaré ver vuestra presencia? ¿Qué remedio dais á quien tan poco tiene en la tierra, para tener algún descanso fuera de Vos? ¡Oh vida larga! ¡Oh vida penosa! ¡Oh vida que no se vive! ¡Oh qué sola soledad!... ¡Oh muerte, muerte! ¡No sé quién te teme, pues está en tí la vida! ¿Mas quién no te temerá, habiendo gastado parte de ella en no amar á su

Dios?... ¡Oh ánima mía! Deja hacerse la voluntad de tu Dios, eso te conviene: sirve y espera en su misericordia, que remediará tu pena, cuando la penitencia de tus culpas haya ganado algún perdón de ellas: no quieras gozar sin padecer...»

D. José prestaba atento oído á su hija, y, no pocas veces, oyéndola se humedecieron sus ojos.

Alguna vez dirigió éstos á un cuadro de la santa Madre, que sus hijas habían colgado en la habitación, y notó que algo de extraño pasaba en su corazón paternal.

Algunas páginas había ya leído Amelia de tan precioso libro, cuando con voz cariñosa le dijo su padre:

—Basta ya, hija mía; no quiero que te canses tanto.

—¿Pero no sabe V. que encuentro sumo placer en hacerlo? contestó Amelia. ¿No sabe usted, padrecito mío, que es para mí uno de los mayores consuelos leer á V. estás páginas de la Santa de mi corazón?

—Sí, te creo, hija de mi alma. ¡Ah! no merecía yo tener tan excelentes hijas. ¡Gracias, Dios mío!

—Calle V. por Dios, y no quiera avergonzar de esta manera á esta infeliz criatura que tanto le ama.

—También te amo yo, hijita mía, y te amo con exceso. ¡Ah! ¿Y no sabes lo que deseaba

yo decirte? Pues mira, ya que estamos ahora solos, quiero que sepas lo que deseo de tí.

—Hable V., padre mío, que será para mí una dicha el poder complacerle.

—Sí que podrás, dijo dulcemente D. José.

—A ver cómo, agregó con viveza Amelia, que ya deseaba saber cuáles eran los deseos de su padre.

—Pues mira: mis deseos son que se cumplan los tuyos. Deseo que te vayas, tan pronto como puedas, á formar parte de la *Compañía de Santa Teresa de Jesús*. Y no sólo lo deseo, sino que lo quiero.

Asombrada y muda se quedó Amelia al oír estas inverosímiles palabras de su padre. En el humano lenguaje no fué á buscar ella, ni las hubiera encontrado, palabras bastante expresivas para mostrar los sentimientos de su alma. Sólo, eso sí, desprendidas de sus bellos ojos, cayeron y se deslizaron por sus frescas mejillas dos puras y transparentes lágrimas que dieron indefinible encanto á su gracioso rostro. ¿Había nada más que decir?

Sólo después de breve rato D. José preguntó á su silenciosa hija:

—Y bien. ¿Qué dices á esto?

—¡Ah! Que es V. demasiado bueno. Pero yo sólo pienso ahora en su salud, padre mío. Restablézcase V., que lo demás ya se arreglará con el favor de Dios.

—Pero se debe arreglar así.

—¿Y Lucila? preguntó á esta sazón Amelia.

—De Lucila no tengas ningún cuidado. Lo que el Señor tiene sobre ella determinado, eso será.

«¡Madre mía Santa Teresa! pensó aquí Amelia. ¡Y cómo pruebas ser aún ahora abogada de imposibles, como lo fuiste cuando vivias en este mundo!»

XII

UN RAYO DE SOL

Nunca nos parece tan hermosa la vida como después de haber sufrido una larga y penosa enfermedad.

Entonces, como si la naturaleza entera tomase parte en los alegres sentimientos que embargan nuestro corazón, osténtase á nuestros ojos rejuvenecida, hermosa y sonriente, tal como debió de ofrecerse á la asombrada vista de Adán la virginal hermosura de la primera mujer.

El corazón se siente entonces más rico de afectos, más sensible á las pruebas de cariño de los demás, y más dispuesto á su vez para verter en los corazones amigos los raudales de ternura que atesora.

El cielo sonríe á nuestros ojos con destellos más vivos, y los azules horizontes se desplegan á lo lejos en inmensas líneas de oro.

Llevan los aires ondas de tibios y penetrantes perfumes, que mezclados con melodiosos sonidos, acarician el alma con su suavidad y dulzura.

Son más suaves los trinos de las avecillas al revolver con gracioso movimiento entre las frondas del bosque.

Ecoss deleitosos vienen de la ribera del río á arrullar nuestros sentidos, y con íntima delicia entiende el corazón el sentido misterioso de las voces melancólicas que las ondas del mar exhalan al morir en la playa.

Todo cuanto nos rodea parece entonces resucitar con nosotros á una nueva vida, como si la virginidad de nuestros propios sentimientos se reflejase en el velo de purísimo resplandor que nos circunda por todas partes.

Todo esto sentía perfectamente bien, aunque tal vez sin acertar á darse cuenta de ello, nuestro buen anciano D. José, en un hermoso día de invierno, el primero en que salió al campo después de su enfermedad.

É inútil será añadir á nuestros lectores que sus buenas cuanto hermosas hijas se sentían poseídas de un bienestar y una alegría imponderables, al contemplar á su padre del todo restablecido.

— ¡Bendito sea Dios! exclamó Amelia al llegar con su padre y hermana á su casa, volviendo de paseo; pues tan misericordioso se ha mostrado con nosotros, devolviéndole á usted, padre mío, la deseada salud.

— ¡Mil veces bendito sea! contestaron á una don José y Lucila, levantando sus ojos al cielo con expresión de infinita gratitud.

— Pero bien se os alcanza, hijas mías, añadió D. José, que vuestro padre no puede vivir mucho tiempo. Mis días son ya contados. Pero sabed que moriré contento dejándoos á vosotras...

— Calle, calle V. por piedad, le interrumpió Amelia; no quiera V. turbar ahora la alegría de este día tan venturoso.

— Tienes mucha razón, hija mía. Hablemos de cosas más alegres.

— Sí, añadió aquélla. Hablemos de la salud de V., ó de nuestro proyectado viaje á Valencia, ó...

— O si no, de tu próxima entrada en la «Compañía de Santa Teresa,» agregó sonriéndose cariñosamente el bondadoso padre.

— ¡Eso es! ¡Eso es! exclamó Lucila, aplaudiendo con las manos al mismo tiempo la inesperada salida del anciano.

— Pero acaso no será necesario separarme tan pronto de Vdes., añadió Amelia; que, aunque algún tanto sorprendida por las palabras de

su padre, no sabía, sin embargo, ocultar el contento que ellas le proporcionaban.

—¿Por qué no? preguntó D. José. Tengo una carta de la Superiora de ese Instituto en que me notifica haber sido resuelta favorablemente tu admisión á la *Compañía*, añadiéndome que te prepares á entrar de un momento á otro, acompañada de una porción de animosas jóvenes que tiempo hace lo tienen solicitado.

—¿Lo oyes, dichosa criatura? exclamó Lucila abrazando á su hermana con el más tierno cariño. ¿Ves como tus cosas andan todavía mejor de lo que podías imaginarte?

Una sonrisa dulce y tranquila se dibujó, embelleciéndolo sobremanera, en el rostro encantador de la virtuosa Amelia; al modo que un rayo de sol naciente, al resbalar sobre las flores de un jardín, las pinta de vivos colores, y hace que palpiten sobre sus tallos, como si fueran presa de indefinible placer.

—¿Y no dice la Superiora qué día debe ser la entrada? preguntó con avidez la joven.

—No, contestó su padre. No señala el día, pero acaso no pase de mañana.

—¡Gracias, padre mío! El Señor le recompense á V., como yo se lo pido, tal exceso de bondad. A este objeto no cesaré jamás de dirigir á Dios mis pobres oraciones.

—Mucho espero, hija mía, de tus oraciones y buenas obras; pero sabe que, al obrar de

este modo, estoy persuadido de no hacer otra cosa que secundar los amorosos designios de Dios para contigo.

—¿Y no es verdad que también te acordarás de tu hermana del alma? le preguntó Lucila.

—¿Eso te atreves á preguntarme, Lucila mía? ¿Eso me preguntas?... ¡Ah! Te sonríes, y con ello bien claro manifiestas que es de todo punto excusado el responderte. Aunque tú no tengas necesidad de mis oraciones, yo necesito ciertamente acordarme de tí, porque tengo para mí que tu memoria me ha de dar valor y esfuerzo para proseguir en la senda de mi santificación.

—¡Cómo te engañas, hermana mía! exclamó Lucila. No olvides que me quedo en el mundo, en donde el alma necesita mayores auxilios del cielo.

—No vayas á desanimarte, hija mía Lucila, agregó aquí su padre; porque acaso para satisfacer los deseos de tu alma, sólo desea el Señor que alegres y edifiques mis últimos días, y con la fragancia de tus virtudes embalsames, por algunos días más, este corazón mío, que ya se rompe...

--¡Padre mío! ¡Padre mío!... suspiraron al oír semejantes palabras las dos cariñosas hijas, que abrazando al buen anciano y derramando abundantes lágrimas, no pudieron pronunciar una palabra más.

—Perdonadme, hijas mías, si os entristezco demasiado. Conozco bien la viveza de vuestro afecto para conmigo, ni me faltan pruebas de lo dispuestas que estais á sacrificar en mi obsequio vuestros más ardientes deseos y toda vuestra vida. Todo lo sé. Pero esas lágrimas vuestras, que tienen el secreto de hacer correr las mías, vienen, por manera delicada, á revelarme el escondido tesoro de afectos purísimos que, para mi consuelo, Dios ha depositado en vuestro corazón.

D. José, conmovido por esta escena, se retiró á su cuarto.

En el aposento de Lucila no tardaron á sonar las armonías del piano. Después de algunos compases, cuyas inspiradas notas despertaban en el alma sentimientos del más elevado entusiasmo y heroico sacrificio, oyóse á Amelia, que con voz vibrante y sonora cantaba esta letra:

De Teresa el pendón levantemos
 Y animosas sigamos en pos;
 El reinado de Cristo ensanchemos,
 Las batallas librando de Dios.

Es que la virtuosa joven se imaginaba ya militar en la «Compañía de Santa Teresa.» y no hallaba manera mejor de desahogar su gozo que cantar el himno propio de aquel Instituto religioso.

Ni eran menores el agrado y complacencia con que Lucila la acompañaba al piano.

XIII

Á LA MESA DEL CASINO

Dispensen nuestros lectores si desde la apacible morada de D. José y sus dos preciosas hijas, delicioso hogar de una familia cristiana, donde tan á gusto nos hallábamos, les trasladamos, siquiera sea por unos momentos, á uno de esos centros de la moderna sociedad, en donde tanto tiempo pierden miserablemente los hombres del día.

No crean, sin embargo, que el lugar á donde vamos á acompañar á nuestros lectores sea uno de esos sitios de mal gusto en donde se reunen gentes de poco más ó menos. No, de ninguna manera nos perdonaríamos tal desaguisado. Con decirles que el centro á que nos referimos, no es sino un aristocrático casino, quedamos excusados de ulteriores explicaciones.

Es verdad que allí se fuma y se bebe grandemente, que se charla de todo, se lee otro tanto, se disputa no pocas veces, y hasta con calor, de puntos vidriosos; pero, en cambio, los salones están decorados con lujo, las paredes

están ricamente tapizadas, hay mullidos sofás y sillones adamascados, elegantes mesas de mármol y brillantes y numerosas luces, multiplicadas por las lunas de los espejos y dorados artesones.

Pero será posible que nuestros lectores no simpaticen con el casino, á pesar de todo su brillante aparato, y vengan de mala gana, sólo por darnos gusto á nosotros.

Si es así, ¡sea enhorabuena! Quedaos en el hogar de vuestra familia, en ese sagrado rincón bañado por las lágrimas de vuestra madre y favorecido con las miradas de Dios; que, sin moveros de ese sitio, podréis sin ningún inconveniente, seguirnos por unos momentos al susodicho casino, ya que así lo pide el hilo de nuestra relación.

Acerquémonos á una de esas mesas de pulimentado mármol, al rededor de la cual se hallan sentados unos cuantos jóvenes de porte distinguido y empeñados en animada conversación.

A uno de ellos le conocerán nuestros lectores, por poco que le observen; no es otro que Julián, aquel arrogante primo de Lucila y Amelia.

—Pues yo digo que esa será la mayor imprudencia que habrá cometido durante toda su vida; aseguró muy formalmente uno de aquellos jóvenes.

—Una barbaridad sin ejemplo; añadió otro.

—No, eso no, repuso otro; es preciso confesar que no faltan ejemplos semejantes en un todo al de Amelia.

—Pero ¿en dónde se ha visto á chicas como esa caer en tan mala tentación? agregó el que había hablado antes.

—Pues ¿qué queréis que os diga? contestó aquí Julián. Hemos tratado de disuadirla de su obstinado propósito; pero, amigos míos, ha sido todo en vano.

—¡Cá! ¿Sabeis lo que ha sido? interrumpió con aire de satisfacción un joven rubio y alto, mientras chupaba con la boca y oprimía con los dedos su cigarro puro. Pues esa determinación no ha sido sino efecto de un cruel desengaño, que la ha abatido sobremanera.

—¿Quién lo duda? añadió otro. La partida que le jugó Rafael ha exaltado aquella imaginación, ha herido su dignidad, y su corazón inocente, desposeído de las dulces ilusiones del amor, no halla otra solución que ir á sepultarse en un convento. ¡Tan hermosa y adorable!

—Podrá ser todo eso verdad, repuso Julián; pero, chicos, os aseguro que nunca vi á mi prima tan alegre y despejada, tan amable y decidora como al presente. Si vamos á hablarla de sus místicos proyectos, nos desarma y nos hace callar con su gracejo y buen humor. Está más adorable que nunca.

—¿Va de veras? preguntaron algunos con asombro.

—Lo que os digo; respondió Julián.

—No, el mal no está aquí; añadió el joven del cigarro. ¿Sabéis qué ha sido? Que acaso por respetar demasiado el dolor que le proporcionó aquel cruel desengaño, no ha habido hasta ahora un corazón joven y digno de ella que se haya propuesto cicatrizar la profunda herida que la pobre recibiera.

—¿Te parece á tí que no se le habrá ofrecido ningún amable curandero? preguntó, dirigiéndose al anterior, el más festivo de todos ellos.

—Pues yo creo, dicho sea aquí entre nosotros, respondió Julián, que no han faltado quienes trataron de consolarla; pero dió la terca de mi prima en la flor de no querer ser consolada de nadie.

—¿Será posible? dijo con acento melancólico el joven del cigarro.

—Cierto, contestó Julián. Acaso tú mismo conozcas á alguien que tentó inútilmente el vado y...

—¿Lo dices por mí? interrumpió aquí el joven alto y rubio, cuyo rostro estaba ostensiblemente alterado.

—¿Lo ves? Tú mismo te denuncias.

—¿Qué tal? exclamaron en coro todos los jóvenes.

—Señores, exclamó el primo de Amelia,

simulando mucha gravedad; conste, de hoy más, que Ricardo (tal se llamaba el aludido), no ha llevado calabazas, *salvo meliori*.

—¡Je! ¡je! ¡je! ¡je! rieron todos á mandíbulas batientes, celebrando la cómica solemnidad de la protesta de Julián.

—Ya decía yo que Ricardo lamentaba muy seriamente la vocación de Amelia, dijo uno.

—Y que deseaba de todas veras que se curase de la herida, agregó otro.

—Y que eligiese á él para médico, añadió un tercero.

— Pero sois todos unos maliciosos, saltó aquí Julián. Si lo sentía y lo lamentaba, debéis saberlo, no era sino por pura y desinteresada compasión.

Aquí no pudo sufrir más Ricardo, y á punto estuvo de mostrar su enojo á sus divertidos compañeros; pero comprendiendo que, si lo tomaba por lo serio, se aumentarían la chacota y el jolgorio, hubo de contentarse con fingir, lo mejor que pudo, una sonrisa que encubriese la tempestad de su corazón, como suele una guirnalda de rosas tapar la boca de un profundo abismo.

Convencido pudo quedar todo el mundo de que lo que faltó á Amelia no fueron ciertamente pretendientes, sino ganas de admitir á ninguno.

Pero ni siquiera la preciosa joven se acor-

daba ya de las pretensiones de que había sido y era objeto, para con ellas halagar algún resto de vanidad y amor propio, que raras veces suele faltar en el corazón de la mujer.

En el corazón de Amelia, á pesar de que era muy grande, no quedaba ya sitio para todas esas femeniles frivolidades. El amor de Dios y el celo por la salvación de las almas llenaban cumplidamente sus anchurosos senos. Una buena dirección de su espíritu; el ejercicio constante de la meditación solitaria, merced á la cual tan subidos quilates adquieren las almas; la práctica de las virtudes cristianas, principalmente de la abnegación de sí misma: todo esto la elevó á aquella altura de perfección á donde muchas almas no consiguen llegar, aún después de una vida de constantes sacrificios.

De buen grado nos extenderíamos en dibujar con todos sus delicados perfiles, si á tanto alcanzase nuestro pincel, los hermosos y nobilísimos sentimientos del alma de Amelia, á no excusarnos de este trabajo una carta que ella misma escribió en aquellas circunstancias, y la cual, por caso extraño, llegó á nuestras manos.

Dirigiase á una amiga de su edad que habitaba en una población vecina, y le participaba su resolución de esta manera:

«Querida amiga: Hoy sí que voy á comuni-

carte una excelenté noticia. Has de saber que mañana, Dios mediante, voy á ingresar en la *Compañía de Santa Teresa de Jesús*. Mi corazón no ha sabido resistir al deseo de hacer partícipe de mis alegres sentimientos á la cariñosa amiga de mi niñez, en la seguridad de proporcionarle verdadero placer. Posible será que te extrañe algún tanto esta mi determinación, atendido aquel carácter mío tan juguetón y bullicioso, del cual me atrevo á creer que conservarás algunos recuerdos. Pero, amiga mía, cuando Dios quiere alguna cosa, todo lo dispone para su cumplimiento y realización. El Señor se ha dignado hacer desfilar por delante de mis ojos la bajeza y ruindad de este mundo, y puesto caso que mi corazón sufriese al ver deshacerse el castillo de naipes de mis ilusiones, bendigo ahora infinitas veces á la divina Misericordia, porque de aquellas ruinas ha hecho brotar la luz que ha alumbrado las tinieblas de mi alma. Te lo diré, amiga mía, con la franqueza á que me da derecho nuestra antigua amistad. Lo que alrededor de mí veo me parece muy pequeño. Yo me siento más grande que todo eso. Aun tiene mi corazón, por la gracia de Dios, valor y fortaleza bastantes para no pactar con tanta miseria. Por otra parte, siento que á mi alma ha confiado el Señor yo no sé qué alientos para hacer algo á su mayor gloria. ¿Y hemos, amiga mía, de

inutilizar los poderosos recursos que con tanta largueza el Señor nos ha confiado? Quédese para las almas vulgares el cultivo de las flores de un solo día; tengo yo para mí que el Señor nos llama á superiores trabajos. Rosas inmortales y flores que nunca se marchitan reclaman nuestros desvelos y sacrificios, dulces y sabrosos siendo ungidós por el amor. Yo creo que este lenguaje no va á extrañarte, sabiendo que eres deudora á Dios de un corazón bello y un alma elevada. Por mi parte te aseguro que me siento feliz y venturosa como jamás lo haya sido, al ser favorecida de Dios con la preciosa gracia de mi vocación.

»Voy muy pronto á militar, por los intereses de Jesucristo, hoy tan desatendidos en todas partes, bajo la hermosa enseña de Santa Teresa. Quiero poner por cifra de todas mis acciones: *Todo por Jesús*, y de esta suerte hacerme digna de las divinas misericordias. Que no me olvides, amiga mía, en tus oraciones, como nunca te olvida en las pobres tuyas tu cariñosa amiga—AMELIA.»

XIV

LA PEREGRINACIÓN TERESIANA

Mas no parece sino que, al tratar de descubrir los hermosos sentimientos del corazón de Amelia, embebecidos en su belleza, nos hayamos olvidado de su buena y cariñosa hermana Lucila, la cual, si bien es cierto que gusta, como gustaba á la sazón, de vivir olvidada de todos, nosotros, sin embargo, no estamos dispuestos, ni podemos estarlo por ahora, á darle gusto en esta parte.

Hemos, pues, de volver nuestras miradas á esta virtuosa joven, cuyo espíritu interior y recogido tanto contrastaba, ya entonces, con la disipación de nuestra época; y tanto más hemos de volver á ella cuanto fué de suma transcendencia lo que vamos á referir.

No se asombren nuestros lectores si les decimos que Lucila se disponía por aquellos días para hacer un viaje á Castilla.

Pero hablemos claro: el viaje no era así como quiera; se trataba de un acto religioso, de una peregrinación.

Fué aquél el año de las grandes romerías y peregrinaciones. Parecía despertarse aquel espíritu de fe de otros tiempos, que trasladaba

pueblos y provincias enteras á lejanos países.

Fueron memorables las Peregrinaciones españolas que se dirigieron al Vaticano de Roma y á los Santuarios más célebres de España.

Abríase el corazón á las más bellas esperanzas, y se llenaba el alma de consuelo al presenciar ó leer la interesante relación de aquellas imponentes manifestaciones de la fe católica, que consiguieron hacer rugir al infierno.

Eran aquéllas las cruzadas de la oración, revistiendo el carácter de nuestros tiempos; cruzadas que, bendecidas y alentadas por el Vicario de Jesucristo, y presididas por los Obispos, eran compuestas de personas de todas las clases y condiciones, edades y sexos.

El Pilar, Montserrat, Covadonga, Santiago, Begoña, Alba de Tormes y otros cien nombres gloriosos recuerdan las grandiosas explosiones de la piedad española en aquel tiempo.

Toda Europa contempló asombrada la robustez y vitalidad de la fe de los españoles, de que tan brillantes pruebas estaba dando.

Aunque no fué de las más numerosas, llamó sin embargo no poco la atención, por lo piadosa y edificante, y por otras circunstancias especiales, la Peregrinación teresiana, que tuvo por objeto visitar la cuna y el sepulcro de Santa Teresa de Jesús.

Entre los peregrinos de esta romería iba

Lucila. Atravesando Valencia y Castilla la vieron muchos de nuestros lectores, tan modesta y encantadora como siempre.

Sin necesidad de grandes encargimientos, supondrán nuestros lectores la imponderable alegría de que estaba lleno el corazón de Lucila, tratándose de ir á visitar lugares tan santos y memorables, muy en particular para su corazón, apasionado por todo lo de Santa Teresa.

La idea de que muy pronto le sería dado venerar el sepulcro y ver el seráfico Corazón de su santa Madre, la tenían como arrobada ya antes de emprender el viaje.

Satisfechos se hallaban también por su parte D. José y Amelia, viendo á Lucila hacer los preparativos de la Peregrinación, y contentos de poder proporcionar este gusto, acaso el último que se permitiría en el siglo, á quien sacrificaba gustosa todos los suyos, en obsequio de los demás.

El bondadoso padre no pudo, sin embargo, contener una lágrima al despedirse de su hija en el andén de la estación del ferrocarril. Amelia, que hacía mucho tiempo no había llorado sino de alegría, sintió también los ojos humedecidos por las lágrimas.

Sería excesivamente prolijo referir aquí lo que el corazón de la virtuosa joven sintió durante el viaje, en compañía de delicadas pero

animosas jóvenes, que formaban el núcleo de la Peregrinación, y que, estando unidas estrechamente todas ellas por un vehemente y apasionado amor á Santa Teresa de Jesús, se hubiera dicho que no tenían sino un mismo corazón.

Al visitar en Ávila la casa donde la Santa había nacido, y el convento de la Encarnación en donde vistió el hábito de Religiosa; al ver y contemplar estos sitios tan llenos de la memoria de su santa Madre, tan empapados de su celestial aliento, ya le parecía que todo aquello era demasiada felicidad para Lucila, y de buena gana se hubiera quedado allí para siempre.

Pero ¿quién podría decir lo que pasó por el corazón de la piadosa peregrina al llegar á Alba de Tormes? Horas y más horas se la vió postrada junto al verdadero Corazón del Serafín del Carmelo y á los pies de su sepulcro venerando, de suerte que sus amigas hasta dudaron si había negado á sus ojos el sueño, durante los días que permanecieron en aquella población.

—¿Pero podrá saberse qué es lo que haces aquí tanto tiempo? le preguntó cariñosamente una buena amiga.

—¿Pues no sabes, contestó, que tenemos muchas cosas que decirnos, mi querida Madre y yo?

Santas inspiraciones iba á recoger en aquel venturoso sitio, en cambio de los fervientes votos que ella depositaría.

Habló con las santas Religiosas que habitan aquel convento, y al preguntarle á Lucila si quisiera quedarse allí con ellas, sólo supo suspirar.

—¡Qué dicha sería la mía, dijo para sí, si pudiera vivir, como esas vírgenes afortunadas, cabe esa bendita y olorosa celda en donde murió mi querida y santa Madre, y no lejos de su sepulcro y de su corazón!

Aquellas espléndidas y devotísimas funciones que se celebraron en la basílica, durante las cuales los cuatro insignes Obispos que presidieron la Peregrinación, todos ellos notables oradores, dirigieron sucesivamente su autorizada palabra á los peregrinos; aquellas fervorosas é interminables Comuniones, en donde se traslucían la fé más viva y la piedad más ardiente; aquellos cantos entonados con ese entusiasmo que nace del alma por la muchedumbre de los peregrinos; aquellas procesiones, que jamás olvidarán cuantos á ellas asistieron, especialmente la que se organizó en las amenas orillas del Tormes, cuyos limpios raudales parecieron asombrarse al reflejar tan grandioso espectáculo; todo aquello llenó la medida de los deseos y esperanzas acariciados por el alma de Lucila. Las lágrimas que ba-

ñaron muchas veces sus azules y hermosos ojos, venían á delatar lo que pasaba en su corazón.

Al regresar de Alba, quedóse Lucila, juntamente con sus amigas y gran número de peregrinos, en una nobilísima y antigua ciudad, con objeto de visitar los célebres monumentos religiosos que encierra. Pero el lugar en donde más largos ratos pasó la virtuosa jóven, y en donde se sentía como poseída de poderoso y misterioso encanto, del cual apenas si podía desprenderse, fué un convento de Carmelitas Descalzas, fundado y habitado algún tiempo por Santa Teresa.

Aquellas Religiosas, verdaderas hijas de la seráfica Doctora, conocieron muy pronto todo el valor de aquella alma, destinada por Dios para gozar en la tierra de su íntimo é inefable trato.

Por otra parte, Lucila no tardó en descubrir y adivinar en aquellas Religiosas, al lado de los tesoros de santidad, delicadeza y afecto que en otros conventos había descubierto, algo que, sin advertirlo, la atraía y la arrastraba con una violencia, que nunca como entonces había advertido.

Al preguntar Lucila por el número de Religiosas que allí había, fuéle contestado que sólo quedaba una vacante, pero vacante que esperaban se llenaría muy pronto.

—¡Dichosa quien la llene! exclamó Lucila por lo bajo.

—¿Y por qué no puede ser V. la dichosa? repuso sonriendo una joven y discreta Religiosa.

Lucila se quedó pensativa. «¿Por qué no? ¿Por qué no?» se interrogaba ella á sí misma.

Y con la imaginación se dirigía á su casa, lo preguntaba á su padre y á su hermana, se dirigía á aquel convento de Carmelitas donde á la sazón no había ninguna vacante, y después acababa por pensar en sí misma, en su vocación y en los sublimes destinos de su alma.

Las Religiosas, que guardaban también el más profundo silencio, adivinaban que algo grave pasaba en el corazón de la joven. Después de algunos momentos, la joven Religiosa de antes, preguntóle:

—Vamos, ¿qué contesta V.?

En este mismo momento se presentaba en el locutorio el señor Obispo de la diócesis.

Después de los saludos y reverentes atenciones que en tales casos se acostumbran, el Prelado, al dar á besar su anillo á Lucila,

—¡Hola! exclamó. Aquí tenemos una peregrina catalana. Bien, hija mía.

—¿No sabe S. S. I. que casi se queda con nosotras? añadió la Madre Priora.

—¡Si yo pudiera! exclamó Lucila suspirando,

El señor Obispo, lleno de bondad y deferencia, díjole que si aquella era una verdadera y probada vocación, vería aquella resolución con mucho agrado, añadiendo que estaba dispuesto, con este motivo, á dispensarle cualquier favor.

La modesta joven expuso sencillamente los inconvenientes que podrían haber por parte de su padre y de Amelia, su hermana.

De poca monta se estimaron estos inconvenientes, y después de tratar este asunto, se determinó que el señor Obispo telegrafiaría á su padre, suplicándole concediera á Lucila el permiso para entrar en dicho convento, contando también con el beneplácito de la hermana.

Todo aquello era para Lucila un ensueño muy hermoso, pero irrealizable. Por otra parte, le parecía todo tan naturalmente sucedido, y tan ajeno á la premeditación de los hombres, que empezaba ya á creer si allí estaba la mano del Señor.

Entretanto, la virtuosa joven encaminaba todas sus oraciones á rogar al Señor que, entonces como siempre, se cumpliese solamente su divina voluntad.

La contestación de D. José no se hizo esperar. El contenido fué: que tanto él como Amelia, su hija, consideraban todo aquéllo como una cosa providencial, y que por lo tanto, no podían menos de aprobar la resolución de Lu-

cila. Añadía que dentro de algunas semanas pensaba ir á verla.

Los peregrinos catalanes y valencianos, al hallarse á la mañana siguiente en la estación del ferrocarril, preguntaban por Lucila á sus amigas.

—Lucila, contestaron, se queda aquí en el convento de las Carmelitas. Santa Teresa no la deja salir de su país, porque quiere que sea ella el recuerdo viviente de la primera y devotísima Peregrinación teresiana.

XV

PREOCUPACIONES DEL MUNDO

Al regresar los piadosos peregrinos de la romería teresiana á la ciudad en donde se verificaron los sencillos sucesos que venimos narrando, se comentó de mil maneras y en todos los tonos imaginables la repentina y sorprendente entrada de Lucila en el convento de Carmelitas de la ciudad castellana.

—No hay duda, decían unos, todo esto estaba pactado mucho tiempo antes. Lucila se lo tendría todo ya preparado, y fué la Peregrinación un excelente medio para llevar á cabo su proyecto. ¡Si sería callandita la tal monjita! Lo que es á su padre se la ha pegado lo más

bonitamente del mundo. No, lo que es á mí no me engañarían todas esas monjiles gazmoñerías. ¡Caramba con ellas!

—¿Sabéis lo que hay? decían otros más maliciosos todavia. Pues me engaño yo mucho, ó todo esto no ha sido sino una jugarreta de Amelia, que es una muchacha lista si las hay. Lo que es cierto que ésta hace ya algún tiempo que debía haber entrado en un convento ó Compañía ó qué sé yo, y aún anda por esas calles, tan elegante como siempre. A la cuenta, todo eso del monjío va largo y... ¡quién sabe! Acaso podría darnos alguna luz cierto arrogante mozo... En fin, al tiempo.

—Pues, señor, exclamaban otros muy compungidos, ¡qué hijas son esas, y qué padre el suyo! El monjío les ha hecho perder á ellas el corazón, y al bueno de D. José le ha transtornado la cabeza. Cuidado que es necesario carecer de sentimientos filiales para que una joven entre en un convento, sin despedirse siquiera de su padre, como lo ha hecho Lucila. No falta ahora sino que Amelia se encierre también en una celda, y hasta su padre haga la locura de meterse fraile. ¡Si habían de haber nacido en otro siglo!

—¡He aquí los frutos de esas ruidosas manifestaciones que, bajo el nombre de peregrinaciones y romerías, nos aturden los oídos! exclamaban con filosofesca entonación otros

sapientísimos varones. Con esas muchedumbres devotas, con los pintorescos pendones, con las letanías, los cantos, comuniones, sermones y arengas; con todo ese boato exterior se sobrexcitan ciertas organizaciones impresionables, y creen ser sobrenatural impulso de la divina gracia, lo que no pasa de ser natural efecto de causas muy naturales.

Así se expresaban muchas gentes, comentando el sencillo hecho de entrarse Lucila en un convento, con la expresa licencia de su padre.

Sin embargo, para no ser injustos, nos es grato confesar que, aunque pocos, no faltaron quienes aplaudieron el suceso, y hasta hubo algunas almas que envidiaron la dicha de Lucila, y admiraron la providencia de Dios, que con tanta suavidad como fuerza dirige los acontecimientos humanos.

Pero nuestros lectores tienen curiosidad por saber qué es lo que pasaba entretanto en la casa de D. José, en donde ya no brillaba la apacible y angelical figura de la virtuosa Lucila; y no podemos nosotros defraudar tan justos deseos.

Faltaríamos á la verdad si dijéramos que el padre de tan preciosas jóvenes no estaba en manera alguna preocupado de la por entonces inesperada separación de su hija Lucila. Es verdad que hacía tiempo que tenía previsto

semejante separación; pero, al verificarse, no pudo por menos de conmoverse su corazón paternal.

« Mas ella se contempla feliz, pensaba don José, una vez ha conseguido lo que tanto deseaba; pues el Señor le ha abierto las puertas del Claustro cuando menos se lo podía esperar. Por uno y otro debo resignarme y alegrarme, ya que se cumple, por una parte, la voluntad de Dios, y se realizan por otra las aspiraciones de Lucila. »

Pero de cuanto padre é hija pensaban y sentían, podremos enterarnos oyendo la conversación que ellos en su propia casa sostuvieron una mañana con Carlos, Julián y su madre D.^a Francisca, hermana de D. José, los cuales fueron á visitar á aquéllos al saber que Lucila se había quedado de Religiosa en un convento de Castilla.

—Pero vamos, quedarse allá tan lejos, sin despedirse siquiera, quejábbase D.^a Francisca, sin decirnos una sola palabra... No digáis, esto no tiene perdón de Dios.

—Pero, tía, repuso Amelia, ¿cómo podía despedirse para entrar en el convento, cuando ella misma lo ignoraba completamente, y sólo lo sabía Dios, que allá la ha conducido, sin nadie pensarlo ni sospecharlo siquiera?

— Al menos, replicó la tía, bien podía venir aquí á despedirse de todos, y después

volverse. Eso parecía lo más regular, y no darnos esa sorpresa.

—Chica, chica, objetó D. José, eso sería mucho pedir. Calla, que ya iremos nosotros allá á verla, Dios mediante. Porque, es claro, bien querrás acompañarme cuando yo vaya, que será muy pronto. Entonces vamos á dirigirle las quejas.

—Pero si ella se ha consolado obrando de esa manera tan extraña, añadió Carlos, ¿por qué no nos podemos consolar también nosotros? Demás de esto, otro consuelo nos queda, y es que tenemos á Amelia, con la seguridad de que habrá de renunciar por ahora á sus piadosos propósitos.

—Pues no faltaba ahora sino que también Amelia nos dejase como su hermana, añadió doña Francisca.

—Vaya, ¡y qué bien os lo arreglais todo! Eso sí, todo ha de suceder á medida de vuestros deseos, dijo D. José.

—Pues mira, agregó en seguida aquélla, deja que tus hijas lo arreglen á medida del suyo, y por tu vida que vas á quedar lucido.

—No, tía, no, repuso respetuosamente Amelia. Nunca nos hemos querido separar nosotras del parecer de nuestro padre, y téngase usted sabido que su gusto es el nuestro.

—Y es claro, saltó aquí Julián. Tu padre te necesita ahora más que nunca. Conque, pri-

mita mía, ya puedes renunciar á tus místicos ensueños. Por ahora podemos contar contigo.

—Si esa es la voluntad del Señor, contestó la joven, sea enhorabuena.

—No, hija mía, dijo su padre. Todo nos hace creer que no es ésa la voluntad de Dios. Otros son, al parecer, sus adorables designios, á los cuales no trato yo de oponerme.

—¡El Señor nos tenga de su mano! exclamó aquí, santiguándose como escandalizada, doña Francisca. Dios haga que no te arrepientas muy pronto de lo que ahora piensas y haces.

—De otra cosa me arrepiento, contestó el aludido. ¿Y sabes de qué, hermana mía? Pues es de no haber pensado y obrado así, mucho tiempo hace. Pero agradezco infinito á Dios la dicha que me proporciona de poder compensar de algún modo los errores y extravagancias pasados.

—¿Será posible que así pienses? preguntó su hermana.

—Así es, por la gracia de Dios.

Disgustados completamente quedaron doña Francisca y sus hijos de las declaraciones, tan explícitas como bellas, de D. José. De aquí es que se creyeron en el caso de dirigir por otro rumbo la conversación. Mas fueron inútiles los esfuerzos que para ello hicieron. Sólo pa-

labras sueltas y frases incoherentes salían de sus labios, no consiguiendo ocultar con ellas (como sucede muchas veces) los pensamientos que bullían en sus cabezas.

A una situación tan embarazosa é insostenible no tardó en poner término D.^a Francisca, levantándose de su asiento: lo mismo hicieron sus hijos; y todos se despidieron de don José y Amelia, no con la espontaneidad y afecto de otras veces, si bien más ceremoniosamente que nunca.

—¿Ves lo que es el mundo, hija mía? dijo don José á Amelia al quedarse solos.

—Tiempo hace que lo tengo conocido, contestó la joven.

—Pretende ser el confidente y consejero, el árbitro y juez de todo. Y cuidado con que se atreva alguno á no hacer caso de sus fallos soberanos. Para él no rezan las leyes de la condescendencia, del miramiento, de la caridad, de la justicia; ninguna ley reza para él cuando alguna persona tiene el valor de no dejarse imponer por sus vanas preocupaciones.

—Que nos hagamos dignos, padre mío, de las bendiciones de Dios, y ni aún nos acordemos del mundo ni de sus exigencias.

—Sí, hija mía. Y por eso mismo, de la misma manera que no me he opuesto á los designios de Dios respecto de tu hermana, no

quiero tampoco oponerme á la divina voluntad cuando de tí se trata.

—Pero hay todavía tiempo para ello, padre mío. Yo soy joven y puedo esperar. Lo que por espacio de muchos años ha hecho Lucila para con V., me toca hacerlo á mí ahora. Usted necesita de mis cuidados.

—Muy bien, hija mia. Yo aplaudo tus generosos y hermosísimos pensamientos. Pero déjame hacer, en obsequio de mi Dios, este sacrificio. Bastantes habéis hecho vosotras por mí. ¿Sólo vosotras habíais de contraer méritos delante del Señor? Mi sacrificio, por otra parte, no va á ser muy penoso. El Señor, que cuenta compasivo las lágrimas de sus hijos, y que no permite que las tribulaciones sean mayores que las fuerzas para sobrellevarlas, estoy seguro de que será todavía demasiado condescendiente con mi debilidad. Cumplid vosotras, hijas mías, el nobilísimo destino á que el Señor os llama.—

A palabras tan elevadas y tan sublimes sentimientos no pudo resistir el sensible corazón de Amelia. Llorando de enternecimiento y alegría abrazó á su buen padre, que no estaba menos emocionado que su hija.

En estos momentos llamó á D. José una criada, entregándole una carta que, según dijo, hacía poco le habían traído. Abrióla y se enteró en silencio de su contenido. En el

membrete leyó: «Colegio de la Compañía de Santa Teresa de Jesús.»

— Escucha lo que nos dicen, dijo á Amelia. Y leyóle la carta, que decía así:

«Sr. D. José...

Muy señor mío y de mi singular estima en Jesús de Teresa: Pídele á V. mil perdones por no haber correspondido, como yo deseaba y usted merecía, á los buenos deseos de V. y de su excelente hija Amelia. Ya sabe V. que obstáculos imprevistos, que gracias á Dios han desaparecido ya, nos impidieron hacer en el día señalado la admisión de las postulantes á la «Compañía de Santa Teresa de Jesús», entre las cuales se cuenta su hija de V. Tengo el gusto de participarle que hemos resuelto admitirlas esta misma tarde al anochecer. A la vista hablaremos de los demás asuntos. Con esta ocasión se repite de V. affma. y atenta servidora en Jesús de Teresa,

LA SUPERIORA.»

XVI

NIDOS DE AMOR

Las dos cándidas y gemidoras palomas hallaron el delicioso nido por el cual suspiraban hacía tanto tiempo.

Triste y desolado erial era el país que recogía ayer sus lánguidos suspiros.

Hoy es un oasis de fresquísimas y corrientes aguas cruzado, de perpetuo verdor y de fragantes flores entreteji-lo, el venturoso lugar en donde suenan dulcemente los amorosos arrullos de las dos felices y bienhadadas palomas.

¡Ah, si me fuera dado traducir al humano lenguaje los desconocidos placeres, las íntimas y aun no contadas delicias que, por modo extraordinario, embriagaban los tiernos y delicados corazones de las dichosas avecillas!

¿Será posible que sólo los fugitivos y engañadores placeres del mundo, y la mentirosa y soñada felicidad de los amadores del siglo hayan de tener sus historiadores y poetas?

La espléndida hermosura de las almas realmente virtuosas;

Los superiores y dulces encantos de la piedad;

Los inefables hechizos de las almas virginales;

Los vívidos y hermosos fulgores de la caridad;

La sublime grandeza de esa heróica juventud que abandona el mundo para salvar al mundo;

Lo únicamente hermoso, grande y delicado en la tierra, ¿no merece ser cantado y dibu-

jado por vosotros, á quienes Dios otorgó el don de expresar por medio del arte la verdadera belleza?

Entre esa deslumbradora pléyade de almas hermosísimas estoy seguro de que mis lectores verían brillar las que ya conocen, bajo los nombres de Lucila y Amelia.

Eran ya hermanas por la sangre y por las virtudes; y ahora lo son por el espíritu que las informa y sostiene, las amamanta y recrea.

Hijas, verdaderas hijas espirituales son ahora de la seráfica Madre Santa Teresa de Jesús.

Aunque viven muy separadas una de otra, las dos viven una misma vida de amor y sacrificio, y se encuentran, y se reconocen en los sagrados asilos de los Corazones de Jesús y su Teresa.

Pero, para más animarse y edificarse mutuamente, se escriben de vez en cuando cariñosas cartas, en donde sus corazones se abandonan por completo á la plenitud del júbilo espiritual que los inunda.

Contestando á otra de Lucila, Amelia dirigió á su hermana, Religiosa carmelita, la carta que, por buena suerte, puedo comunicar á mis lectores, y que dice así:

«Hermana mía de mi alma: He recibido tu carta, hermosa como todas las tuyas, en cuya

lectura (no me has de reñir si lo digo) he llegado á embebecerme. ¿Creerás que hasta hubiera podido servirme de punto de meditación? Hoy, mejor que no antes, puedo comprender esa felicidad de que tú me hablas, esa felicidad que, gustada, satisface más y más cada día, porque es rica de deleites siempre nuevos. ¡Oh hermana Lucila! Dios ha escuchado al fin mis ardorosos ruegos, y mi Madre Santa Teresa ha extendido sobre mi cabeza los pliegues de su manto. Empiezo á sentir las dulzuras de esa profunda y bienhechora paz del alma, que á la manera de una fuente de tranquilas y sosegadas ondas, siento que se derrama por todo mi ser. Ya estoy en el Colegio de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, por el cual he suspirado tanto tiempo. Ya me hallo en mi centro. Como que este aire hacía falta á mi corazón, y que sin él me hubiera muerto. Tengo para mí que hasta el cuerpo siente tan benéfica influencia. Dicen que me he puesto tan gorda y encarnada. Por donde puedes ver que hasta en eso no me llevas ventaja ninguna. Este orden, este concierto admirable me agrada sobremanera. Nuestras devociones, impregnadas de yo no sé qué delicioso perfume teresiano, me atraen y cautivan con una dulzura irresistible. Llego á pensar que gozo demasiado en todas estas cosas, y que no contraigo ante el Señor el

mérito del sacrificio. Las Hermanas, mis compañeras, no sé yo cuánto se rien de estos temores. ¡Si conocieses á estas hermosas y santas jovencitas! Me imagino hallarme entre ángeles del Señor, y estoy segura de que sólo su roce bastaría para santificarme. La sencillez y suavidad de su trato me enamoran. Su alegría inalterable, dulce y reposada, creo que ya me ha contagiado del todo. Ya yo tenía fama de alegre y loquilla; pero la alegría que ahora siento es mayor y más íntima, aunque no tan ruidosa. Tenemos una hermana Serafina, que con sus virtudes y cualidades justifica su mismo nombre. Hasta es hermosa y rubia como uno de esos serafines que vemos en los cuadros de la Inmaculada. Pero todavía se parece mejor por el alma que por el cuerpo á aquellos espíritus bienaventurados. El amor que tiene á Jesús la lleva fuera de sí. Muchas veces la he visto correr como transtornada, y, exhalando tiernísimos ayes y suspiros, dirigirse inconsolable á la Madre Maestra de novicias.—¿Pero qué tienes, hija mía?, la ha dicho la Madre.—¡Ay! ¡que no se ama á Jesús! ¡El Amor no es amado! suele exclamar con iguales suspiros y lamentos la hermosa niña. Y á la Madre le cuesta no poco el poderla consolar. Te aseguro, Lucila, que es un alma muy candorosa y buena. A mí me causa envidia tanta perfección.

»Poco más tengo por hoy que comunicarte. Yo no deseo otra cosa que vestir el santo hábito, lo cual creo que, Dios mediante, no va á tardar. El otro día ví vestirlo á tres Hermanas. ¡Qué acto fué aquel tan tierno y encantador! Hacía tiempo que de mis ojos no se habían desprendido tan dulces y suavísimas lágrimas como las que derramé entonces. Cuando consiga yo esta gracia, ya te lo participaré. Espero que me contarás, á tu vez, la ceremonia de tu profesión. Sé que nuestro amado padre no faltará á ese acto, por poco que sus achaques se lo permitan. Me ha dicho que tiene grandísimos deseos de ir. — ¡Y aún no te lo había dicho! Todos los días veo á nuestro buen padre, pues se ha venido á vivir cerca de nuestro Colegio. Todas las mañanas viene á oír Misa en nuestra hermosa capilla. Aguarda á que pasemos todas las Postulantes para poderme ver, y después se sienta en su sitio de costumbre. Al pasar, le beso yo la mano y le pregunto por su salud; con lo cual queda él tan satisfecho. Nunca le he visto tan piadoso como ahora. Después de comulgar nosotras, le veo muchas veces acercarse á la sagrada Mesa. Él dice que nuestras funciones le agradan mucho, y que nunca saldría de nuestra capilla. ¡Pobrecito mío! La verdad es que nuestra capilla está muy hermosa y que nuestros ejercicios religiosos son encantado-

res. Mas la causa principal de ese cambio favorable yo creo que no es esa. Yo pienso y digo, aunque tú lo contradigas, que las oraciones continuas y fervorosas de su hija, Religiosa carmelita, son las que atraen sobre el alma de nuestro padre las bendiciones y gracias del cielo. Desde aquí veo la cara que me pones al decirte esto; pero, por más que hagas, eso creo yo. Y otra cosa añadiré, y es: que á esas mismas oraciones me reconozco yo grandemente deudora. Su influjo bienhechor lo siento y lo palpo no pocas veces.

»Nada más, nada más. Hoy es jueves, y he querido aprovecharlo hablando contigo, Lucila mía. ¡A Dios, hermanita de mi alma! Te abraza en los corazones de Jesús y su Teresa,

AMELIA.»

Esta carta muestra mejor que todo lo que yo pudiera decir los sentimientos del corazón de Amelia, al formar en las filas de la naciente y ya gloriosa «Compañía de Santa Teresa de Jesús.»

Lo que en esta carta no cuenta la virtuosa joven son las excelencias de sus virtudes y los subidos quilates de su perfección.

Las Superiores y Hermanas admiraban complacidas el tesoro de gracias y perfecciones que el Señor había largamente depositado en el corazón de Amelia.

Su fervor y recogimiento en la oración, su aplicación y adelantos en el estudio, su habilidad y talento para toda clase de labores, su ingenio y disposición para el dibujo y la música; todo esto no podía por menos de llamar la atención de las Superiores, y servir de edificación y ejemplo á las Hermanas.

Hasta en los ratos de esparcimiento y holgura, en que el corazón parece que se abre confiadamente y se muestra tal cual es en sí á los corazones amigos, Amelia solía derramar, á vueltas del más fino gracejo y buen humor, riquezas de discreción, de piedad y de buen gusto.

Habíase el mundo lamentado con hipócrita y necia compasión de la *desgraciada suerte* de Amelia, como se había lamentado antes de la de Lucila, y eso en el momento mismo en que empezaban á disfrutar ellas las delicias más íntimas y profundas.

Pero, pasadas algunas semanas, el mundo se había olvidado casi por completo de Amelia.

¡Ah! Es que el pensamiento de las almas que abandonan al mundo debe ser harto molesto para los fieles seguidores de ese mismo mundo.

¿Y para qué cargar con ese linaje de molestias, cuando tantas otras, causadas por sus aviesas aficiones, tienen que sufrir á pesar suyo?

¡Tranquilizaos, pues, almas sublimes que aspirais á la verdadera grandeza!

Corazones delicados y virginales que palpitaís al impulso de inefables amores, ¡alegraos!

El desamor y olvido de ese mundo anatematizado por Jesucristo y que vosotros vais á buscar en el fondo de vuestros sagrados asilos, no tardareis en alcanzarlo.

Soberanamente egoísta y amador de sí mismo, no recuerda ni ama el mundo sino aquello que puede dar pábulo á su placer y vanidad.

Cuando algún alma valerosa sabe ponerse fuera de su alcance y escapar á sus redes, el mundo se contenta con echar sobre ella un puñado de ceniza, último homenaje que se tributa á los muertos.

¡Alegraos y regocijaos por ello, almas privilegiadas!

Hay veces, sin embargo, en que el Señor permite que los corazones por Él escogidos sufran un supremo combate por parte del mundo.

Es la explosión postrera del despecho y la desesperación.

Vais á ver un ejemplo.

XVII

HA HECHO USTED TARDE

Era la tarde de un domingo del mes de Octubre. La naturaleza respiraba esa tranquilidad y dulzura propias de la estación, y que tan agradablemente impresionan á los corazones sensibles. Por razones especiales, el de Amelia se sentía inundado de inexplicable satisfacción y de imponderable alegría. ¿Cómo no, si aquella misma mañana habíase verificado en la capilla del Colegio la tan suspirada ceremonia de su vestición? No hay que decir que su padre estuvo presente, y que derramó abundantes y tiernas lágrimas, como las derramaron las personas invitadas al acto. El rostro de Amelia, bañado como de superior claridad, daba bien á entender la profunda fruición de su espíritu. La belleza juvenil de su cuerpo era idealizada por aquel rayo escapado de las profundidades de su alma.

Inesperadamente recibe Amelia aviso de que una visita la está esperando en el recibidor.

—Serán algunas amigas de las que esta mañana han estado en la ceremonia, dijo ella.

—No, contestó la Madre Maestra de novi-

cias que la acompañaba. Es un caballero joven, que tal vez sea primo de V.

—Sí, será fácil que Carlos ó Julián vengan ahora á dirigirme sus acostumbradas quejas.

Después de algunos momentos, Amelia, precedida de la Madre Maestra, entraba en el recibidor.

Un joven de porte distinguido se levantó de su asiento, saludando, con las maneras más finas y obsequiosas palabras, á la Madre y á Amelia.

Esta no pudo ocultar del todo un ligero movimiento de sorpresa y disgusto, que notó bien la Madre, al distinguir al joven que la esperaba. Sin embargo, bastó un momento para serenarse, y dijole con la mayor naturalidad:

—No le creía á V. por estos mundos. ¿Quién había de pensar en V.?

—Pues permítame V. que le diga que yo no la olvidaba. Si otra cosa pudo creer V., ¡cuán lejos está de ser cierto!

—Pues muchas gracias. ¿Y se halla usted bueno?

—Muy bueno, eso sí; aunque disgustado de todo, Amelia.

—¿Sí? ¿Triste se halla V.? ¡Tan alegre que una vive en esta casa!

—¡Oh, sí! Debe ser bello vivir aquí con tan buenas y distinguidas señoras por una tem-

porada, agregó Rafael dirigiéndose galantemente á la Madre, que á su vez se sonrió bondadosamente, agradeciendo la atención.

—¿Por una temporada, ha dicho V.? repuso vivamente la joven. ¡Cuán triste sería eso para mí! No, no, sino por toda la vida.

—¡Perdón, Amelia; mil veces perdón! exclamó aquí con enternecimiento Rafael. Celoso, injustamente celoso de V., escribí aquella carta funesta. Hace tiempo que deploro con todo mi corazón aquel acto. Si es verdad que falté, no lo es menos que mi expiación ha sido terrible. Bien merezco su perdón de V. ¿No es verdad, Amelia, que V. me perdona?

—Por mi parte, repuso la joven, nada tengo que perdonarle á V. A Dios sí que todos debemos pedirle perdón de nuestros pecados. Por lo demás, puedo asegurar á V. que debo estarle y le estoy sumamente agradecida.

¡Agradecida! ¡Solamente agradecida! exclamó tristemente Rafael. ¿Y nuestros proyectos?

—Amigo, ha hecho V. tarde, dijo risueñamente Amelia. Le ha tomado á V. otro la lantera.

La Madre no pudo contener aquí una ligera sonrisa. Pero no así Rafael, cuyo semblante palideció visiblemente.

—¿Y quién es ese otro? preguntó resueltamente el joven.

—¿No lo sabe V. aún? Pues es Dios. A sólo

Dios pertenezco irrevocablemente. ¿No me ve V. ya vestida con la librea de sus esposas?

—Pero esto no puede ser, exclamó apasionadamente Rafael. V. no ha hecho aún los votos. Hay un corazón...

En este momento se interrumpió el joven, al oír el apresurado toque de una campana del interior del Colegio.

Aprovechando esta pausa, Amelia dijo con dignidad:

—Dándole á V. una prueba de franqueza, que V. sabrá agradecer, voy á decirle á V. una sola palabra, ya que atenciones perentorias nos impiden permanecer aquí por más tiempo.

—Diga V., Amelia, contestó el joven.

—Pues ha de saber V. que la felicidad, que no se halla en este mundo sino haciendo la voluntad de Dios, aquí la he encontrado yo, por la divina misericordia. Haga el Señor que estas mis palabras le hagan á V. tanto bien como me lo han hecho las escritas por V., pues de ellas se valió el Señor para desaficionarme de los bienes del mundo, y buscar la felicidad en donde solamente se halla.

Al pronunciar solamente estas palabras, la Madre Maestra y Amelia levantáronse de sus asientos. La joven, saludando cortesmente con una inclinación de cabeza, se salió del recibidor.

Asombrado y sin palabra, Rafael miró tris-

temente cómo se alejaba aquélla á quien acaso en aquellos momentos amaba más que nunca, y que sin embargo desaparecía de sus ojos para no volverla á ver.

Entretanto, Amelia, al pasar por delante de la capilla interior, fuése instintivamente á postrarse á las plantas del Señor, oculto en el Sagrario, prorrumpiendo en estas palabras, que eran espontáneo brote de su corazón: «¡Tuya, tuya para siempre, Dios mío de mi corazón! Porque Tú eres el único Rey y Señor de mi corazón y el único amado y esposo de mi alma.»

La Madre Maestra quedóse en el recibidor unos momentos para despedir al apesadumbrado joven, el cual, rompiendo su profundo silencio, dirigió á la Madre estas palabras:

—¿Ninguna esperanza me queda, señora mía?

—¡Oh, sí! contestó bondadosamente la Madre. V. es muy joven, y la juventud es rica de esperanzas. Son muchos los caminos que conducen á Dios. ¡Este Señor es tan misericordioso! ¿Por qué no ha de serlo con V.? No olvide V. aquellas palabras de la Hermana Amelia: «La felicidad no se halla en este mundo, sino haciendo la voluntad de Dios.»

Después de estas palabras y tras el despido de costumbre, Rafael abandonó el Colegio de la «Compañía de Santa Teresa.»

XVIII

EPÍLOGO

.....

.....

Algunos años hace que pasaron los sencillos sucesos que acabamos de contar.

Como podría ser que nuestros lectores hubiesen hallado algún interés en ellos, y hasta no sería extraño que se hubiesen aficionado á las personas con quienes han trabado conocimiento, vamos á comunicarles las últimas noticias que hemos podido recoger relativas á aquellas personas.

Tenemos el disgusto de decirles que D. José murió hace algún tiempo en los brazos de su hija Amelia, la cual no se apartó un momento de la cabecera del enfermo, durante su breve enfermedad. Su muerte fué edificante y preciosa á los ojos del Señor.

Escasas son las noticias que tenemos de Rafael, desde que de España salió para América á defender la madre patria. Créese, con algún fundamento, que defendiendo á ésta, sucumbió gloriosamente en el campo del honor.

De Lucila, de la santa y dulcísima Lucila,

podemos asegurar que hizo su profesión religiosa en el convento de Religiosas Carmelitas de la ciudad castellana, en donde sigue muy buena y siendo la edificación, el encanto y la gloria de aquel Claustro fundado por Santa Teresa. Según noticias recientes, por más que su humildad lo resista, no tardará en tener que aceptar el cargo de Priora de la Comunidad.

Amelia, finalmente, hace tiempo que se halla al frente de un Colegio que la «Compañía de Santa Teresa» estableció en una población muy importante. Como quiera que en ella haya dejado sentir el protestantismo su maligna influencia, y cuente allí con bastantes sectarios, ha tenido Amelia que sostener luchas terribles contra el infierno, al cual ha arrebatado no pocas almas, reportando los más señalados triunfos. Todos cuantos la conocen dicen que Amelia es una verdadera copia de Santa Teresa de Jesús.





EL MOLDE DE SANTA TERESA DE JESÚS

I



DESDE la altura de los cielos tendió el Señor una mirada á la tierra, y vió que la iniquidad iba extendiendo su imperio entre los hombres.

La compasión se apoderó entonces del Corazón de Dios, y no tardó el amor en estremecerle por deliciosa manera.

De pronto hubo de cruzar su mente divina un placentero pensamiento, pues entreabriéronse sus labios con la más inefable de sus sonrisas.

Los espíritus angélicos que rodeaban al

Eterno, mirándose en su rostro como en un espejo limpísimo, se llenaron de placer y de asombro al ver reflejada en la faz de Dios, aquella expresión de infinita bondad.

— Venid (dijo el Señor á aquellos soberanos espíritus) y hagamos una obra maravillosa.

Y Arcángeles, Serafines y Querubines, reverentes y sumisos como siempre á las órdenes del Altísimo, se fueron acercando, al compás de sus armoniosas alas de oro.

— Quiero hacer (continuó el Señor) una criatura la más bella y encantadora, una criatura que, con sus hechizos y gracias inexplicables, posea el secreto de conquistarme almas sin número.

— ¡Señor! (dijo uno de los espíritus más encumbrados). ¿No bastó un *fiat* de vuestros labios para que luego brotase la luz?

— Sí, (dijo el Señor). Mas para formar esta criatura excepcional, quiero labrar antes un molde primoroso. Ayudadme vosotros á fabricarle.

Y Arcángeles, Serafines y Querubines se apresuraron á ejecutar las órdenes de Dios, trayendo al divino Artífice los materiales para labrar el molde primoroso.

Y el Señor lo iba modelando con sus divinos dedos, á medida que los alados espíritus le traían una materia desconocida de los hombres, pero que pudiérase comparar al oro, por

su resplandor y hermosura, y al más fino cristal, por su limpidez y transparencia.

Al traerle al Señor los misteriosos materiales, Arcángel había que se paraba extasiado ante la gracia peregrina del molde que se fabricaba, diciendo para sí:

— «No hay que dudarlo. La criatura que el Señor va á formar, deberá pertenecer á una jerarquía más elevada que la mía.

Hubo Serafín que á vista del primoroso molde suspiró, no de envidia, como se acostumbra en la tierra, sino de amor, al adivinar que muy pronto un nuevo ser, más encendido que él en sagrado fuego, proclamaría la gloria del Señor.

Y entre los Querubines no faltó quien, entreviendo por el molde las sublimes excelencias de la criatura que de él saldría, anheló el momento de poder contemplar una tan soberana inteligencia.

El molde quedó perfectamente concluido.

Contemplándole detenidamente, el Señor se sonrió de nuevo.

Cesaron de moverse los alados coros, y un solemne y misterioso silencio sucedió al cadencioso rumor de las rozagantes túnicas y alas de oro desplegadas.

Es que el Señor se disponía para vaciar en el molde maravilloso aquella criatura excepcional que había acariciado en su mente divina.

Los Arcángeles, Serafines y Querubines tenían sus radiosas frentes inclinadas hacia el suelo y cubiertas con sus alas.

Tras un momento, sonó un suspiro inefable, tal como no podía ser exhalado sino por el Corazón de Dios.

Y ¡oh sorpresa! una nueva criatura, gentil y encantadora sobre toda ponderación, se ofreció de repente á los atónitos ojos de aquellos espíritus celestiales.

—Decidnos, decidnos, Señor, cómo hemos de llamar á esta criatura,—preguntaban embriagados de placer Arcángeles, Querubines y Serafines.

Y el Señor les contestó sonriendo:

—Llamadla... TERESA DE JESÚS.

Muchos años pasaron desde el día feliz en que el Señor crió á Teresa de Jesús.

Si en el Cielo había esta criatura excitado la admiración de los más encumbrados espíritus, en la tierra no sabiendo ya los hombres qué elogio prodigarla, llamáronla *Robadora de Corazones*.

Reunidas se admiraban en ella todas las excelencias y gracias que en mil y mil criaturas estaban esparcidas.

Los sabios se complacían en afirmar que á Teresa de Jesús debían sus más sublimes concepciones.

Los literatos, en alas de generoso entusias-

mo, rendían á Teresa profundos homenajes de veneración, simpatía y respeto.

Los poetas invocaban el favor de Teresa al recorrer las delicadas cuerdas de su lira.

Los Santos acudían á Teresa en demanda de consejos y documentos de la más alta perfección.

Los caballeros se sentían, por dicha suya, atraídos por el alma nobilísima de Teresa, engastada en un cuerpo no menos gentil y gracioso.

Las damas se tenían por dichosas con poder ofrecer á Dios, por medio de Teresa, ricas preseas y deliciosos perfumes.

Las doncellas no sabían separarse de Teresa de Jesús, si una sola vez habían gustado la dulce miel de sus sabrosísimas palabras.

Las almas buenas se hacían mejores con el trato celestial de Teresa.

Los corazones tibios sentían enardecerse viendo cómo se desbordaban amorosas llamas del Corazón de Teresa.

Los pecadores se corregían y enmendaban, subyugados por la atractiva y alegre santidad de Teresa.

A vista de tan gloriosa y gigante figura, no pudieron los hombres contener su asombro, y exclamaron:

«¡Hé aquí la mujer que todo lo puede!»

Aún así, no faltaron quienes, á impulso del

celo que sentían por la gloria de Dios y salud de las almas, se lamentaron de que sólo hubiera una Teresa de Jesús.

Y desearon que el Señor formara otra Teresa, conforme en un todo á la que existía.

Los deseos y las súplicas de esas almas fueron tan fervorosos, que subieron al cielo, como se elevan sobre el altar, las vaporosas nubes de incienso y mirra.

Los Arcángeles, Querubines y Serafines que ayudaron al Señor á formar el molde de Teresa, recogieron en cálices de oro los deseos y súplicas de las almas que en el mundo suspiraban por otra Teresa de Jesús.

Y acariciando la idea de esta nueva creación, los espíritus celestes presentaron al Señor los deseos y las súplicas de aquellas almas.

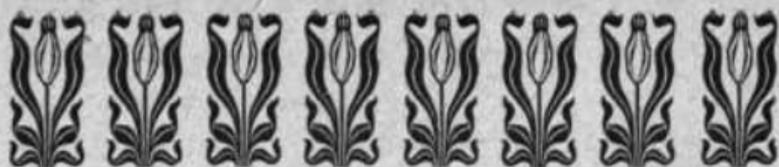
— ¿Queréis que forme otra Teresa de Jesús? (les dijo el Señor). No sabéis lo que pedís.

— Pero, Señor, (añadió un alto Serafín). El primoroso molde que nosotros os ayudamos á labrar, debe de existir todavía. ¡Señor! ¡Que haya otra Santa Teresa de Jesús!

— Imposible, (contestó el Señor). No se puede formar otra Teresa de Jesús.

— Pues, ¿y el molde? — repuso el Serafín.

— ¿El molde? (dijo el Señor). Después de formar á Teresa de Jesús, para que no pudiese haber otra Teresa, yo mismo lo rompí.



CON LA MIEL Ó CON EL FUEGO



ESTÁBAMOS ya á los postres. Siguiendo el ejemplo de los demás invitados, quise hacer los honores á un rico panal de miel que, en medio de la mesa, se ofrecia tentador á la vista de todos.

Una discreta y excelente señora, dirigiéndose entonces á mí, hubo de decirme:

—¿Conque también es usted goloso, como lo era Santa Teresa de Jesús?

—¿Golosa Santa Teresa? — contesté sorprendido. — ¿Ya sabe usted lo que acabá de decir?

— Sí, señor. Golosa y laminera, lo vuelvo á repetir, fué Santa Teresa de Jesús. ¡Vaya si lo fué!

— Las pruebas, las pruebas, señora mía! — le repliqué, mientras yo empezaba á saborear un pedacito del delicado y rubio panal.

— ¿Las pruebas? ¿Y aun no sabe usted (¡parece imposible!), lo que sucedió á la Santa cuando, teniendo en la mano y llevando á la boca el sabroso manjar que ahora usted paladea, se hallaba la muy golosa en compañía de San Juan de la Cruz?

— Ninguna noticia tengo de todo esto, créalo usted. Si usted fuera tan amable...

— Sí, sí, con mucho gusto se lo referiré á usted; pero á condición de que...

— ¿De qué? ¿De que yo no llame también á usted golosa y laminera? Porque veo que también usted saborea con delicia la miel.

— ¡Pero si es tan rica y sabrosa! — dijo escusándose la señora. — Ya puede usted motejarme de todo eso; lo que no quiero es que usted vaya después á sacarme á la vergüenza en algún papel impreso. Eso sí que no.

— Nada tema usted. Diga, diga usted lo que sucedió á la Santa; mientras yo tomo otro pedacito del delicioso panal, en obsequio de Santa Teresa de Jesús. ¿Qué le sucedió á la Santa?

— Pues que iba gustando la miel, y al mismo tiempo iba contemplando...

— ¡Ah, ya! Contemplaría sin duda las celdillas estas que se ven en el panal, ¿las ve

tusted? y que las abejitas fueron llenando de la miel que ellas suelen fabricar con el jugo de varias y escogidas flores, ¿verdad? De la misma manera que sus Hijas las Carmelitas, muy cerraditas en sus celdas, fabrican en silencio la miel riquísima de la santidad, con la variedad de sus buenas obras y olorosas virtudes. ¿No es verdad que es esto lo que contemplaría la bendita Santa teniendo el panal en las manos?

— No señor, y usted perdone. Lo que sucedió es, que mientras la Santa comía la miel, su pensamiento y su afecto volaron á las dulzuras del Cielo, y olvidando las del rico panal que tenía en la mano, se quedó suspensa, embebecida en los gustos celestiales; extasiada, en una palabra, hasta que hubo de tirarla de la capa una de sus hijas, que estaba á su lado, no sin decirla al mismo tiempo: «Ande usted, Madre, y despierte, que se le cae el panal de la mano, por irse detrás de más altas golosinas.»

— ¿Y qué le contestó la Santa entonces? ¿Lo sabe también usted? — preguntéle á mi vez á la señora.

— Sí señor, que lo sé. «Dios te perdene, Hija, (le contestó), por haberme... tirado de la capa.» Lo otro es lo que sentía la laminera Santa.

— ¿Pero, qué hacía el bendito San Juan de la Cruz en aquel entonces? ¿También iba pa-

ladeando su trozo de panal, como su Madre?

—¿Qué había de paladear el pobrecito? Absorto en alta contemplación meditaba...

—Por supuesto, los ricos panales del paraíso. Otro goloso ¿verdad?

—No señor, no señor; sino que meditaba el mortificado P. Juan los tormentos infinitos del infierno. Y para mejor meditarlos, ¿sabe usted lo que hacía? Pues arrimaba su mano cuanto podía á un hornillo de fuego que tenía cerca. Y... ¡figúrese usted!

—Lo que me figuro es que los preludios que para la meditación practicaba el bendito San Juan, si es verdad que resultaban arduos de veras, no eran ni de mucho tan dulces como los de Santa Teresa. ¿No le parece á usted?

—Así lo parece, pero...

—Sí, comprendo lo que usted piensa. Aunque por distintos caminos, se dirigían los dos al mismo punto, y encontraban efectivamente á Dios. La una, desplegando sus áureas alas de Serafín, se dirigía veloz como rápida saeta al dulcísimo corazón de su amado Esposo Jesús; y el otro, abrevándose en olas de amargura sin nombre, no queriendo sino ser despreciado, sacrificado, anonadado como gusano vil por su crucificado Jesús, obtenía el mismo premio de su Madre. ¿Es esto, señora, lo que pensaba usted?

— Sí señor: la una con la miel, el otro con el fuego.

— De suerte que este cuento podría titularse: «Con la miel, ó con el fuego.»

— Está muy bien. Pero, se lo repito, cuidado con sacarme usted á la vergüenza.

— No tenga usted ningún cuidado. Ni siquiera me permitiré decir que es usted una señora doña Francisca, devotísima de la Santa, y madre de una excelente teresiana; ni... en fin, nada absolutamente. Eso sí que no.





BEATRIZ

(A las piadosas Teresianas)

MUCHO, muchísimo tiempo hace que deseaba yo escribir... cualquier cosa, cuyo título fuera nada menos que el primer nombre que acabo de trazar en letras gruesas al frente de este papel, y que vosotras, afortunadas jóvenes, acabais de leer, si no me equívoco, con cierta curiosidad.

He notado muchas veces que ese nombre parecía querer desprenderse de la punta de mi pluma, y yo no sé por qué motivo no he sabido hasta ahora escribir una tras otra las letras que forman este melodioso nombre;—
Beatriz.

Y ahora, sin que tampoco sepa yo por qué, se me ha venido también á la mismísima punta de la pluma; y con la primera gota de tinta que he cogido, procurando hacer la más bonita letra que se yo sé hacer, he escrito, no sin cierta detenida complacencia: *Beatriz*.

Pues ya no vuelvo atrás. De Beatriz quiero hablaros en estas páginas, ya que Dios así lo quiere, contándoos bajo la inspiración de este nombre, no algún imaginado cuento, ni siquiera alguna leyenda peregrina, aunque encerrada en los límites de lo verosímil, sino toda una historia real y verdadera, pero, eso sí, teresiana por sus cuatro costados; historia que, por lo bella, graciosa, fresca, pura y espiritual, bien merece ser contada y oída en una tarde del estío, al umbral de una casita blanca sombreada por pomposa parra, ó bien á orillas de la mar en calma, ó si no, viajando en el ferrocarril por las tierras de Castilla.

Y la dedico especialmente á vosotras, hijas mimadas de la gran Teresa, porque... ¿sabeis por qué? . . porque acaso os haga no poco bien el recuerdo de un alma encantadora, y no os sea desagradable, antes por demás entretenida y deliciosa, la compañía de la discreta, gentil y alegre Beatriz.

I

¿No sabéis quién era Beatriz?

Era la niña más graciosa, más linda, más decidora y alegre que os podáis imaginar.

Yo pecaría de prolijo si os contase por menudo todas y cada una de las gracias con que el Señor quiso adornar á esta deliciosa criatura.

Tez de nieve y rosa, ojos habladores, frente despejada, boca hecha expresamente para sonreír, fina y abundante cabellera, airoso continente, imaginación traviesa, corazón hartamente sensible...

Héos aquí las principales líneas de su fisonomía. ¿No es verdad que ya vais simpatizando con Beatriz?

Pero callad. Olvidábaseme su gracia principal.

¿Sabéis vosotras cuál era el mejor hechizo de esta niña encantadora? ¿No lo adivináis?

Pues mirad, os lo diré yo: su gracia principal consistía en ser sobrinita de Santa Teresa de Jesús.

Pero, ¡qué sobrinita, válgame Dios!

Como la amaba su santa Tía más aún que á las niñas de sus ojos, quería verla siempre consigo, y hasta en sus viajes se la llevaba en su compañía,

¡Ay qué gusto (¿no es verdad, teresianas?) viajar en compañía de Teresa, la gloriosa Tía de Beatriz!

Y si no, escuchad.

Iba un día Santa Teresa desde Ávila á Salamanca en compañía de su hermana D.^a Juana de Ahumada, madre de la niña Beatriz, que también iba con ellas.

Como buenas y cariñosas hijas que eran, Teresa y Juana dialogaban por el camino, tratando de las virtudes y prendas naturales de su difunta madre. Teresa, la amada de nuestro corazón, decía discretamente:

—Fué nuestra madre muy hermosa y la quisieron mucho en Ávila.

—Cierto que era así, contestó Juana.

—He oído decir, agregó Teresa, que se hicieron muchas fiestas cuando casó.

—Harto lo merecía ella, repuso Juana cariñosamente.

Y luego, posando la casta luz de sus claros ojos en el rostro encantador de su queridita Beatriz, la Santa hubo de añadir:

—Esta se le parece mucho á su abuela.

Oyendo D.^a Juana celebrarse de esta suerte la gracia y hermosura de su hija, así como la de su madre y la suya propia, se sonrió plácidamente, por única respuesta.

¿Qué corazón habrá que no perdone esta sonrisa á la madre de Beatriz?

Pero Teresa, que, al mirar á Beatriz, ha sondeado con su mirada los senos de su corazón, en donde pueden brotar sentimientos de vanidad, dícele á la niña con una gracia inimitable:

—¿Oís? No penséis por eso que sois hermosa; que negros hay que se parecen á los blancos.

¡Palabras discretísimas! ¡Donosa observación, que sólo se le ocurre á Teresa!

Por una parte dedica una delicada flor á la memoria de su buena madre, y por otra le dice: *¡Tate, niña!* á Beatriz.

Mas no puede menos de confesarse que la gracia y el encanto anidábanse en el cuerpo y en el espíritu de esta preciosa niña.

Su inocente jovialidad y sus chistosas ocurrencias arrancaban, no pocas veces, sonrisas de placer y de ternura á los labios de su santa Tía.

Era aún Beatriz niña de pecho cuando su hermanito Gonzalo, que á la sazón almorzaba, se entretenía poniéndole pasas en la boca, con las cuales casi se hubiera ahogado si su madre no se las hubiese sacado al advertir el peligro.

Acordándose después de este caso, y queriendo manifestar su decidida afición á estas y otras golosinas, solía decir la salerosa niña:

—Como desde tan niña me mataban las pasas, ahora me muero por ellas,

Pero si por las pasas y dulces se desvivía, no tenían para ella menos sabor y dulzura la música y los cantares.

¡Con qué amable gracia la hubiérais visto empuñar á las veces el arpa melodiosa! ¡Con cuánto hechizo hubiérais observado cómo sus ágiles y sonrosados dedos arrancaban de las cuerdas las más suaves y deliciosas cadencias!

Pero cuando los trinos de su voz fresca y virginal venían á confundirse en el espacio con los armónicos sonidos del arpa, ¡oh! entonces vuestros corazones se hubieran sentido inundados de placer, y vuestras almas hubiéranse elevado á regiones etéreas, en alas de aquellas celestiales armonías.

Su madre, viéndola, en cierta ocasión, rodeada de arpa, vihuela y otros instrumentos músicos, díjola sonriendo, con mucha verdad:

—Parece, Beatriz, que habéis recogido los despojos de la guerra de Portugal.—

Así se deslizaban los primeros años de Beatriz, semejantes á las transparentes ondas de arroyo bullidor que pasa exhalando regalado murmurio por entre orillas esmaltadas de olorosas flores, y es acariciado con música de pájaros y lisonjeado por ligeras mariposas de cambiantes de oro.

Mas Teresa de Jesús, que no perdía de vista á su sobrinita, mecida por las perfumadas auras de tan regalada vida; Teresa de Jesús ha

creído que llegó el momento oportuno de pronunciar una palabra, palabra que levante un eco perdurable en los senos del corazón de la niña.

De regreso de Salamanca, entra la Santa á visitar á la condesa de Monterey, que á la sazón estaba enferma, la abraza con entrañable afecto, y le devuelve la salud con este abrazo.

Al volver la Santa al coche y al ir á sentarse junto á Beatriz, dícele á ésta, con el más cariñoso mimo:

—Ponte, hija, al otro lado, que he tomado las manos de la enferma, y no quiero se te pegue el mal, *que es menester que vivas y seas monja.*

II

Pero todavía no os he dicho, amables lectoras mías, que la niña interesante y bella con quien vosotras vais intimando, era hija de Alba de Tormes.

¡Alba de Tormes! ¡Hermosa palabra!

¡Cuántas veces, oh hijas de Teresa, la habréis pronunciado entre sueños!

¿Y habéis visto alguna vez á Alba de Tormes?

Pero yo no quiero, no debo describíros la en estos momentos. Se me antoja que vais á verla muy pronto.

¿Qué más? Vuestra imaginación os la está ya pintando con los colores más vivos, y es vuestro amor el que presta animación y vida al cuadro, bañado con las celestes claridades con que sabe idealizarlo vuestra esperanza.

Cuando os halléis en Alba paseando por la orilla del Tormes, donde está edificada la población, tended vuestras miradas por la izquierda mano, fijándolas en la orilla opuesta, y veréis cómo, ceñido de menuda hierba, corre un sendero protegido por una hilera de preciosos álamos.

Pues por allí andaba Beatriz con su madre, una hermosa tarde de verano, llevando las dos una conversación tan íntima como sabrosa y entretenida.

Amaba D.^a Juana entrañablemente á Beatriz, y su amor de madre complacíase en border con flores y perlas el porvenir de su hija.

¡Qué suavemente sonaban á los oídos de Beatriz el blando murmullo de las ondas del río y los suspiros de las juguetonas brisas de la tarde!

Pero más dulces y regaladas todavía eran para su corazón amoroso las palabras de la madre.

Casi sin advertirlo llegaron al puente de piedra que hay á la entrada de la población, y estaba anocheciendo cuando penetraron en su casa.

Allí hacía rato que les estaba esperando Teresa de Jesús, la tía de Beatriz.

Allí estaba Teresa, que conociendo cuán sútiles y blandas eran las redes que iban prendiendo el corazón de su sobrina, quería poco á poco, pero por una manera suave y delicada, libertarla de aquella dulce y amada esclavitud.

Era el amor á sus padres el que impedía á Beatriz abrazar la Religión, y pensó Teresa que podría acompañarse de su sobrina al ir á la fundación de Burgos, separándola así de su familia.

—Ea, le dijo, vén, hija, conmigo, y serás primero fundadora de Descalzas que Descalza.

—Pero, Tía, le contestó Beatriz; ¿ahora he de dejar por tanto tiempo á mis padres?

—Déjate de melindres, repuso Teresa. Bien puedes venir, que de aquí á un año ya estarás de vuelta en Alba.

—¿Y con qué traje estaré yo de aquí á un año?—replicó temerosa Beatriz, que aún no había olvidado aquella palabra tremenda que oyera de labios de su Tía.

—Con el traje que ahora tienes,—respondió Teresa tranquilizando á la niña.—

Conclada quedó Beatriz con estas palabras de su santa Tía. Pero todavía excogitó pretextos para no dejar á Alba, diciendo:

—Bueno, iré; pero juzgarán que fui á Burgos á tomar el hábito, y que mudé de dictá-

men, ó me arrepentí de ser monja, y me volví de seglar á mi casa!—

Pero Santa Teresa, que sabía bien como debía contestarse á estos últimos recursos de un corazón débil que resiste á la virtud, respondió con alguna severidad:

—Anda, que eres bachillera.

III

En Ávila, celebrada ciudad de los apuestos y gentiles caballeros, y asiento de la más distinguida nobleza, es conocida Beatriz por una de las más discretas y hermosas doncellas que alegran aquella aristocrática sociedad.

Allí la ha hecho venir su santa Tía, para que sea instruida y educada cual conviene á su clase, y, sobre todo, para separarla del excesivo mimo de sus padres.

Mas no creáis que, viviendo en Ávila, trate Beatriz de abandonar el camino que, sembrado de flores, se ofrece á sus plantas, tentador como nunca.

Todo al contrario. En lo que primero pensó, al decirle su Tía que convenia fuese á Ávila, fué en las galas que allí había de traer, y de que, según ella, carecía.

—Calla, hija, díjole Teresa, que muy lindas galas tienes, y de terciopelo; y yo enviaré algo de Burgos.—

Vestidos, músicas, bailes, reuniones, paseos, placeres... hé aquí lo que absorbe toda la atención de la gentil doncella, lisonjeada por todo cuanto de más seductor puede halagar el corazón de una jóven.

Los jóvenes celebran sus encantos, las doncellas envidian en silencio sus fáciles triunfos, sus parientes no cesan de halagar sus inclinaciones, y todo el mundo parece se ha conjurado en perderla, proclamando las buenas partes y excelentes habilidades que adornan su cuerpo y su espíritu.

En los salones donde se reúne la juventud más noble y distinguida de la ciudad, Beatriz es la que brilla siempre por su talento. Ella es la que dispone siempre de palabras más graciosas y de frases más felices; la que tiene siempre á mano réplicas las más agudas y chistes más delicados, y la que, finalmente, se halla dotada de más sabrosa conversación.

Si sus dedos recorren las cuerdas del arpa, hace estremecer de placer y encanto los corazones, y cuando canta, todos los ojos se humedecen con lágrimas deliciosas.

¿Quién no conoce en Ávila á la encantadora Beatriz de Ahumada?

Su santa Tía quería sustraerla al excesivo amor que le profesaban sus padres; mas ¡ay! que otros vanos amores han venido por ventura á ocupar el corazón de la niña.

Verdad es que muchas veces, al retirarse á su casa, hallándose en el silencio de su aposento, cuando váse en sus oídos apagando el eco halagador de aquellas palabras que lisonjearon tanto su vanidad; entonces, digo, sin ella quererlo, vienen á su memoria aquellas palabras de su santa Tía: *Es menester que vivas y seas monja.*

Pero esta voz interior le mortifica, y procura ahogarla con el ruido de las vanidades y placeres á que se abandona con el aturdimiento de pintada mariposa que pasa sin descansar de una á otra liviana flor, sin advertir que luego yacerá convertida en polvo tan liviana beldad y efímera hermosura.

Galas, más galas pide á su Tía desde Ávila la divertida doncella, á quien la Santa quiso dar esta severa y merecida respuesta:

—Bien se ve cuán diferentes son los cuidados de vuesa merced de los que yo tengo, y el no haber enviado nada, sepa que no he podido.

IV

Santa Teresa de Jesús había muerto en Alba... ¿qué digo yo?... había empezado á vivir en los eternos tabernáculos.

Su cuerpo incorrupto, y exhalando suavísima fragancia, yacía en el hermoso sepulcro

que vosotras, afortunadas teresianas, me imagino que vais á visitar.

Como vosotras quiso también visitarlo y verlo de cerca, autorizada con un Breve del Papa, la señora duquesa D.^a María de Toledo, á quien acompañaba Beatriz.

Las Religiosas se esmeraron en obsequiar y atender cuanto pudieron á ésta, por ser sobrina de la Santa. Pero andaba ella con mucho cuidado de no intimar demasiado con las Religiosas, temiendo ser vencida por ellas.

Mas esta victoria no estaba reservada á las Religiosas.

Sucedió que estando Beatriz en el convento, tuvo dos noches un mismo sueño.

Sonaba que se hallaba cerca del sepulcro de su santa Tía, y que ella, estando de pié en el mismo sepulcro, la alentaba y persuadía con eficaces razones á ser monja.

—Pero, Tía mía, le contestaba Beatriz en su ensueño, ¿cómo he de ser yo monja, pues estaré siempre muy triste?

—Yo te aseguro que estarás alegre, contestóle la Santa.

Y después de decirle estas palabras, volviósse á echar en el sepulcro.

Estas palabras de su santa Tía no cesaban de sonar continuamente á los oídos de Beatriz, y era en vano que tratase de no oirlas.

Presas de interiores y encontrados sentimien-

tos, su corazón experimentaba extraño desasosiego que le impedía descansar.

Su agitación era tan extremada, que su vida, más que otra cosa, le parecía una muerte continuada.

Asomándose en cierta ocasión á una ventana, desde donde veían que llevaban á ahorcar á un facineroso, exclamó: «Dichoso tú que mueres de una vez, y no yo, que he de morir mientras viviere.»

Es que luchaba con su santa Tía, y la lucha era desigual. La más débil debía sucumbir.

Sucumbió Beatriz, pero sucumbió consiguiendo la victoria más insigne y gloriosa contra los numerosos y prepotentes enemigos de su alma.

Preguntad, jóvenes teresianas, preguntad á las Religiosas de Alba quién era Beatriz de Jesús, que así se llamó en el Claustro.

Y ellas, con aquella suavidad y discreción del todo suyas, os dirán que sor Beatriz de Jesús fué una Religiosa sumamente espiritual y perfecta, como escribe el obispo D. Juan de Palafox; que encontró en aquel mismo convento un río inagotable de purísimas delicias que inundó los senos de su corazón; que allí supo hallar la profunda paz del alma, la inflexible alegría y contentamiento del espíritu, y finalmente, la plenitud de todos los bienes en la posesión del amor de Jesús.

Cuenta su historiador que, así que la Madre Beatriz de Jesús hubo espirado, aparecióse su alma, ceñida de vivo resplandor de gloria, á su íntima amiga María de Jesús, á quien dirigió estas palabras: *¡Oh feliz penitencia! ¡Oh dichosa Descalcez, que tanta gloria acarreas!*

Estas últimas palabras deberían ser la más preciosa y elocuente conclusión de esta sencilla historieta, si no me ocurriese haceros, por vía de despido, una advertencia, sobre todo á vosotras, jóvenes teresianas, cuando vayais á visitar el corazón y cuerpo de la santa y gloriosa Tía de Beatriz, y también Madre vuestra.

Mirad; cuando estéis cerca del Corazón ó del cuerpo de la Santa, entrando dentro de vosotras mismas, no dejéis de escuchar, allá en lo más adentro de vuestro corazón, las palabras que os dirá vuestra Madre. Yo estoy seguro de que os dirá algo que hace tiempo os tiene guardado para ese día, aunque os lo dirá con una voz del todo interior y secretísima que nadie oirá sino vuestra alma. No temáis oirla, como temía Beatriz, y sobre todo practicad lo que vuestra Madre os diga; y no lo dudéis, seréis felices y venturosas como lo fué Beatriz.



LAS LLAVES



I

No hace mucho tiempo, mis queridos lectores, que una mañanita, al salir de la hermosa iglesia parroquial de T... topé de manos á boca con una buena anciana, la cual, con aquella santa franqueza que nadie sabe rehusar á las viejecitas, se llegó á mí, y con aire misterioso y muy quedo, dijo que quería hacerme una grave consulta.

—Vamos, diga V., buena abuelita, que aquí me tiene ya dispuesto á satisfacer sus deseos —le respondí, imaginando qué sé yo los asuntos que podrían traer á aquella anciana.

—Pues, mire V., añadió: quería yo preguntarle, porque una no lo sabe, si hay algún mal en decir lo que yo digo cuando pierdo alguna cosa.

—Vamos á ver, ¿y qué es lo que dice V.?— le pregunté.

—Yo no sé si V. se reirá, señor, pero se lo quiero decir: tan pronto como he perdido alguna cosa, digo en seguida: «Válgame Santa Teresa de Jesús, que encontró las llaves que Jesús había perdido;» luego rezo á la Santa un *Padrenuestro*, y concluido, me pongo á buscar el objeto que perdí. ¿Qué le parece á V.? ¿Hay algún mal en hacer eso?

—No creo que obre V. mal haciendo eso, antes al contrario, todo eso me parece muy bueno. Pero dígame V.: ¿y encuentra así V. lo que busca?

—¡Vaya si lo encuentro! sí, señor. Ayer mismo, para no ir más lejos, á la hora en que tocaban al santo Rosario de la tarde, y mientras me disponía para ir á la iglesia, eché de menos los benditos rosarios, que yo estimo en mucho por ser recuerdo de mi madre, que en paz descansa. Pues ¿creerá V. que tan pronto como hube rezado aquéllo y me puse á buscarlos, los encontré?

—¿Va de veras? ¿En seguida los encontró usted?

—¿Pues no había de encontrarlos? Esa

bendita Santa créame V., vale lo que pesa, y para eso de encontrar lo perdido, le digo á V. que se pinta sola.

—Pues ¿cómo será eso? Otras cosas me tenía yo sabidas de Santa Teresa de Jesús, pero le aseguro á V. que ignoraba hasta hoy lo que V. acaba de contarme. ¿Y sabe V. de dónde le viene esa gracia á Santa Teresa?

—Le diré á V.: como la bendita Santa se encontró las llaves que Cristo había perdido...

—¡Llaves que Cristo había perdido! repetí yo asombrado. ¿Y cuánto fué esto? No sabía yo que ese percance le hubiese pasado á Su Divina Majestad.

—¿No? ¿Y no han encontrado Vds. eso en los libros?

—Si los libros dicen muy poca cosa... V. será hoy mi libro, buena anciana; vamos, es preciso que me lo cuente V.

—Pues voy á obedecerle en seguida, que no me gusta, ni tampoco está bien, hacernos de rogar. —Pues, señor, era un día, á la puesta del sol, cuando iba su Divina Majestad cabizbajo y mohino, caminando por una estrecha senda, campo adelante y parándose á cada momento, como aquel que anda buscando alguna cosa. Rato hacía que andaba de aquí para allá y siempre de mal humor, cuando héte aquí que, de buenas á primeras, topó con Santa Teresa, que acertaba á venir por el mis-

mo camino. — ¡Hola! ¡Teresa mía!, díjole el Señor, después de contestar á su cariñoso saludo. Te digo que á mejor punto no podías venirme, porque estoy metido en un atolladero, de donde si tú no me sacas, yo creo que nadie me puede sacar.

— Hable su Divina Majestad, que otra cosa no aguardo para ir aunque sea al otro cabo del mundo, si así lo quiere — contestó rendidamente la Santa.

— Ya lo sé, Teresa mía, ya lo sé; y porque lo sé, quiero contarte cómo hace poco tenía en mis manos unas llaves, que eran lo más precioso que has visto, tanto, que en verdad te digo que excedían en valor á cuantas preciosidades vieron los siglos, pues con ellas, y sólo con ellas, me era dado abrir riquezas y tesoros, en cuya comparación son estiércol vil los tesoros y riquezas de los reyes. Mas, ¡ay Teresa! No extrañes si me ves tan triste y pesaroso, porque has de saber, que esas llaves tan preciosas como queridas las he perdido! Andolas buscando hace rato por estos campos, pero me fatigo inutilmente, pues las llaves no parecen, crece mi desconsuelo, y no sé á quién puedo recurrir si no es á tí en tan apurado trance.

— ¿A mí, Señor? ¿Elegirme á mí, la más ruin y pecadora mujercilla? — repuso la humilde Teresa de Jesús.

— A tí, sí; á tí, que en lo de ser lista y bu-

llidora pocas ó ninguna te ganan, y en lo de sagaz y discreta, creo que superas á todas; á tí te confío tan árduo negocio, que es de suma importancia para mis intereses, que son tuyos también.

— ¡Gracias, oh Señor mío, gracias infinitas por la grandeza de vuestras bondades! — exclamó Teresa.

— A ver, pues, si me encuentras pronto las llaves perdidas. Mira que en ese hallazgo está empeñada mi honra, esa honra que, como ya te dije, es tuya también, y debes celar aún mejor que si fuera tuya propia.

Aún no había su Divina Majestad acabado de pronunciar estas últimas palabras, y tan pronto como le echó su santa bendición, que le pidió la Santa postrada á sus piés, cuando hubiera V. visto á Santa Teresa de Jesús (decía la buena anciana) andar tan ligera por aquellos campos, que se perdía de vista. Tan pronto la hubiera V. visto asomarse por los altos de la montaña, como deslizarse allá abajo en lo hondo del valle. ¡Cá! el viento no anda tan ligero como andaba ella. De aquí es que en un santiamén nada le quedó por registrar, y no hubo piedra, mata ni romero que ella no examinase, para ver si ocultaban las llaves perdidas.

— Y dígame V., buena abuelita (la interrumpí yo), ¿encontró finalmente las llaves?

—Pues eso es lo que yo iba á decir, contestó ella: sí, señor, las encontró, y cuando aún no hacía un cuarto de hora. Pero ¡qué fuera de sí por la alegría tornaba Santa Teresa con las preciosas llaves colgando del brazo y llamando á voces á su Divina Majestad! Si corriendo iba cuando las buscaba, ahora no corría, sino que volaba, volaba deseosa de topar pronto con su Divina Majestad. Como no podía éste hallarse muy lejos, no tardó en hallarle; y entónces fueron las alegrías, las palabras amorosas, los dulces regalos que le hizo á Santa Teresa su Divina Majestad.

¿Y no sabe V., buena anciana (agregé yo entonces), qué es lo que hicieron de las encontradas llaves?

Nada más dice el cuento, que yo ya sé de chiquita (contestó); pero demasiado entiendo que entonces ya podría su Divina Majestad abrir aquellos tesoros y riquezas que le dijo á la Santa, y que la honra de Dios, que era también suya, estaba ya salvada.

Después de eso, dí las gracias á mi sencilla y piadosa narradora, no sin pedirle mil perdones por mi molestia y extremada curiosidad.

Sin embargo de todo esto, yo no quedé del todo satisfecho. Yo deseaba saber toda la verdad oculta en el fondo de esta tradición; quería descubrir la semilla germinal atesorada en el

recóndito seno de la leyenda, á través de esas ligeras y graciosas formas, que son como las frescas y odorantes hojas de una flor delicadísima.

Por desgracia, la buena y piadosa anciana no supo decirme nada más. ¿Qué hacer? Mohino y cabizbajo anduve unos días pensando en cuál podría ser la significación de este cuento. Pero, no señor, la clave que me abriese el sentido misterioso de aquellas *llaves*, no parecía. En vano se lo pregunté á varios amigos, porque después de su respuesta me quedaba casi tan en ayunas como antes de haberlo preguntado. Por fin, me acordé... ¡y no haberlo pensado antes!... me acordé de un amigo mío que, según creo, sueña todas las noches con Santa Teresa de Jesús, y se sabe al dedillo todas las cosas que le pasaron á la bendita Santa. Puse en seguida mano á la pluma y le endilgué estas líneas:

«Querido mío: por Dios y todos los Santos te pido que me saques de apuros, que, créeme, son muy grandes. Tú, que tan al cabo de la calle estás de lo que sucedió á Santa Teresa de Jesús cuando andaba por esos mundos de Dios, dime si tienes algunas noticias, que si las tendrás, de unas llaves que Su Divina Majestad hubo de perder, no sé por dónde, y que las encontró Santa Teresa. Esas llaves te digo que las llevo metidas en el cerebro y me tienen fuera de mí hace días. Dime qué llaves eran

esas; ó si no, cuál es el sentido de esas llaves que tal han parado mi cabeza. Contéstame lo más pronto posible, porque no sosegaré ni descansaré hasta salir de mi ignorancia.

«Queda aguardando con impaciencia la tuya tu afectísimo amigo en Jesús de Teresa, etc.»

II

Como no podía menos de suceder, mi amigo—¡cuánto le quiero! mi amigo ha sido tan bueno que me ha enviado una cartita, hermosa como todas las tuyas, en cuya lectura mi corazón ha encontrado la paz, la satisfacción, el consuelo que le comenzaban á faltar á causa de las dichosas llaves.

«Tu carta (me dice mi amigo en la suya) me ha causado viva y agradable sorpresa, y quiero decirte que su contenido me ha hecho no poca gracia. ¡También á tí hacerte salir de tus casillas la gran *Bullidora!*... Conque vayamos á cuentas. Me dices que la significación ó el sentido de las llaves de tu cuento (*es de la abuelita, no mio*) por poco no echa á perder tu sentido. ¡Por Dios! que la cosa no es para tanto. Ni quiero que me des cinco céntimos por el hallazgo, si te digo que la significación de aquellas llaves que Cristo Jesús perdió, y halló Santa Teresa, vinome á las mientes tan pronto como leí la tuya. Dime si no; ¿qué

pudo por aquel entonces perder Nuestro Señor Jesucristo? Aún es más: ¿qué es lo que perdió? Bien sabes tú que los luteranos causaban horroroso estrago é iban en crecimiento en Francia, como dice la misma Teresa. Entonces era cuando, á vista de los males que hacía aquella desventurada secta, hubo la Santa de exclamar de lo más íntimo de su corazón: — «Estase ardiendo el mundo: quieren tornar á sentenciar á Cristo, como dicen, pues le levantan mil testimonios: quieren poner su Iglesia por el suelo...» Y eran, por desgracia, tan verdaderos estos males, que muchos templos del Señor y conventos de Religiosas fueron destruidos por las manos de aquellos infelices sectarios. Pero pásmate, amigo mío: el mismo día en que las casas consagradas al Señor empezaron á caer al suelo, convertidas en ruinas por la furia de los calvinistas en Francia, el mismo día en que los turcos ganaron á Chipre, derribando la única iglesia con su convento, que quedaba de la primitiva fundación de San Alberto ese mismo día Santa Teresa terminaba en España la primera fundación de sus conventos, á la que siguieron otras y otras, hasta el número de treinta y dos. De modo y manera que podemos decir con toda verdad, que si el Señor perdió allá, como quien dice, las llaves de sus casas de Religiosas y templos, pues para Él quedaban cerrados y aun peor

que cerrados; Santa Teresa de Jesús hallaba aquí manera de abrir y fundar nuevos y numerosos templos del Señor y conventos de Religiosas, y aun de Religiosos; y por consiguiente, las llaves que Jesús allá perdía, aquí las encontraba su Teresa. Ahora bien: ¿Te satisface esta interpretación? ¿Quedas tranquilo? ¿No te parece que puede ser ésta la moraleja de tu cuento? Pues apúntala, y *laus Deo*. Otras muchas cosas se pudieran decir por ventura de las llaves esas; pero creo que ésta que yo te indico es una interpretación por demás natural y sencilla. Huélgome no poco de que andes espigando en los floridos campos de la tradición y la leyenda en obsequio de Santa Teresa. Con su nombre y el de su Jesús en los labios, se repite tuyo afectísimo amigo, etc.»

Peró no ha sido solo ésta, mis queridos lectores, la carta que de las llaves ha venido posteriormente á darme ámplias noticias, que yo tanto anhelaba. Otras cartitas han llegado para recreación y consuelo de mi alma, cartitas que he leído yo á solas muchas veces. Si no temiera cansaros... si no temiera que me dijérais: «¡Váyase noramala, y déjese V. de cuentos!...» sí, en una palabra, no os fuese enojosa la lectura de esas cartas... ¿Me decís que no? Pues, escuchad... Pero será mejor que vosotros mismos os la leáis. A continuación

os hago poner en letras de molde, porque la mía es mala, ésta, que por la suavidad y blancura del papel, por la elegancia de rasgo en las letras, y mil pequeños y deliciosos detalles, que noto, pero no sé explicar, enseguida comprendí que sería de alguna distinguida joven teresiana. Ahí la tenéis.

«V. sabrá disimular mi atrevimiento (me dice) si á instancias de mis hermanitas me he resuelto finalmente á escribirle á V. acerca de aquellas llaves de que nos habló la *Revista Teresiana*, (1). Creo que V. se hubiera reído mucho si nos hubiese oído disputar acerca de dichas llaves. ¿Qué será? ¿Qué nó será? Mi hermanita más pequeña decía: «Callad, callad, que ya lo he adivinado yo. — A ver, dámoslo pues (le replicamos).» Y ella haciendo pucheritos y bajando la voz, decía con gran misterio: — «Pues mira, son las llaves del sagrario. ¡Yo lo he adivinado! ¡Yo lo he adivinado! — ¡Sí! ¡para tí será! (le contestaba la otra, que es más grandecita). Pues has de saber que no son las llaves del sagrario, sino las del cielo. — Calla (replicaba la otra) que esas ya las tiene bien cogidas de las manos, para que no se le caigan, el abuelito San Pedro, y yo aún no se las he visto caer. — Pero ¿á dónde vais con las llaves

(1) Se publicó este cuento por primera vez en la *Revista Santa Teresa de Jesús*.

del sagrario ni del cielo? ¿Cuándo ha perdido esas Su Divina Majestad? (les dije yo). ¿No sería mejor decir, que Jesús perdió las llaves de los corazones de los hombres, y que el Señor estaba triste, porque casi todos estaban como cerrados para Él, hasta que Santa Teresa encontró en los caminos de la gracia las llaves que los abriesen? ¿No sería mejor decir que Santa Teresa halló aquellas preciosas llaves, pues no hay corazón, por cerrado que esté á la virtud, que ella no lo abra con el delicioso atractivo de su alma, con el hechizo de su palabra, con el dulce y querido contagio de su amor?» Yo no me acuerdo qué es lo que les dije más en este sentido. Disimule V. que yo me atreva á comunicarlo á V. Yo no sé si á V. le agrada esta interpretación. Por de pronto le digo que á mis hermanitas no les agradó, y erre que erre, se quedaron la una con las llaves del sagrario y la otra con las del cielo. Como ellas no conocen otras más preciosas... En fin, otras muchas más cosas dijeron sobre las tales llaves, pero basta y aún sobra lo que va escrito, para mortificar á V., aunque creo que me lo perdonará de muy buena gana por ser todo relativo á Santa Teresa de Jesús, en los cuales es de V. afectísima S. S., etc., etc.»

Pero todavía me falta comunicaros una carta que, entre otras, he recibido referente al

mismo asunto, y que, por la belleza de estilo y calor en los sentimientos que expresa, ciertamente no merece el último lugar. Es de un buen amigo mío, que conociendo de día en día más á Santa Teresa de Jesús, la hace conocer, y con gran éxito, de muchas almas. Me podréis decir que en su interpretación de las llaves se comete un anacronismo, pues, según dice él, es en nuestros tiempos cuando se han perdido y se han hallado aquellas llaves, que, según reza el cuento de la viejecita, ya se encontraron cuando Santa Teresa andaba por esos mundos. Pero, así y todo, no quiero privaros de su agradable lectura.

«Mi atribulado amigo (me dice). Condolido de tu angustiada situación por el hallazgo de las llaves de que te habló la viejecita de tu cuento voy á decirte lo que he podido indagar sobre la verdad del caso, salvo error de pluma y suma. Maravíllame por extremo que en tu proverbial agudeza y sutileza de imaginación, no hayas atinado que las llaves en mal hora perdidas, lo fueron las del corazón de la España católica, cerrado hacía tiempo á la fe y al amor de Jesucristo, y de nuevo abiertas á esperanzas de salud y grandeza, gracias á las maravillosas trazas que Teresa se está dando en buscar las llaves que han de mostrar los ricos senos de la misericordia y compasión de su Esposo amado. Esas llaves las ha de encon-

trar en los preciados veneros de su celestial doctrina y heroicas virtudes, que explotadas con vivos afanes por pechos generosos y almas animosas, han de ser fecunda y sana levadura que devuelva salud y vida á nuestra nación enferma por inanición de luz y calor. Perdiéronse esas llaves, por altos juicios de Dios, allá en los un día famosos campos de la hidalguía castellana, en la reñida lid que libró la España de la fe con la España de la civilización moderna; y han de ser halladas por la graciosa Teresa, síntesis de toda gracia y hermosura... Luz y pan, pide la sociedad en sus desfallecimientos, y es necesario darle luz, mucha luz; pero luz fecunda, luz vivífica, si es que no ha de perecer por inanición de luz y de calor. ¡Ay dulce amigo! Cuando abra Teresa de Jesús, con las llaves de Jesús de Teresa, el corazón de España, has de ver maravillas y grandezas no vistas ni oídas... Basta, amigo, basta... Dolíame ver á tu corazón apenado por la pérdida y hallazgo de las llaves de la viejecita, y como siempre te quise bien, y fui por extremo amigo de economizarte quebraderos de cabeza, te endilgué estos renglones. Siempre tuyo, etc., etc.»

Nada me falta ya sino dar gracias á mis buenos amigos y á esas no menos buenas y piadosas teresianas que, en alas de su caridad han volado á consolar un corazón intranquilo y apenado.



EL BOLSÓN DE DINERO

I



UES han de saber ustedes que una vez sucedió que el Señor quiso probar hasta que punto llegaba la virtud del silencio de su amada Teresa.

Era en aquellos tiempos que la Santa iba por esos mundos de Dios á fundar conventos, cuando en un despoblado y en medio del camino, se le apareció su Divina Majestad, y le dijo:

—¿A dónde se va por estos caminos, Teresa mía?

—Bien sabes, Esposo mío (le contestó), que

sólo el celo de tu honra divina me ha hecho andariega, revoltosa y bullidora.

—Pues mira: hoy me agradaría contemplarte quieta, sosegada y silenciosa. Sal, sal del camino (añadió el Señor), y ponte á la sombra de ese árbol cercano, desde donde veas bien á cuantos pasen por el camino, pero sin que me despliegues esos labios tuyos, graciosa mía.

—Voy á hacerlo como deseas, querido Esposo mío. Voy á sentarme debajo de aquel árbol, y allí me quedaré sin hablar una sola palabra hasta cuando Tú quieras.

Dichas estas palabras, el Señor desapareció de la vista de Teresa, dejando en los aires algo como un rastro luminoso que se iba desvaneciendo poco á poco.

Fuése luego la Santa al lugar que le había indicado el Señor: se sentó á la sombra, y púsose á pensar, en lo que podría venir á parar tan extraña aparición.

Poco rato hacía que estaba allí, cuando comenzaron á pasar por el camino unos arrieros con sus mulos cargados, echando aquéllos por sus bocas tal abundancia de sapos y culebras, que hacía temblar las carnes.

Ni hasta el venerando nombre de Dios respetaban aquellas bocas blasfemas, haciendo estremecer de horror y de pena el corazón de Teresa, la cual todo lo estaba viendo y oyendo

desde el lugar en donde se hallaba sentada.

A impulsos de su celo por la gloria de Dios ultrajada, la Santa hubiera querido levantar la voz, y aún estuvo á punto de hacerlo, pero se cosió los labios, y se calló como una muerta, al pensar en la orden que le había dado su Divina Majestad.

« No hay remedio (se dijo á sí misma); por más que me sea muy penoso el callarme, callaré, ya que el Señor me ha encargado tan absoluto silencio. »

Esto estaba diciendo la Santa, cuando observa que, corriendo á todo escape, viene por el camino un arrogante y brioso caballo montado por un bizarro y gentil caballero, cuya apostura y riqueza es imposible que no llamen la atención de todos. Al llegar muy cerca del sitio en donde se hallaba Teresa, hé aquí que al caballero le cae al suelo una maleta que llevaba, produciendo como un ruido metálico al dar en tierra. Con la prisa que llevaba, y el ruido que hacía el caballo, nada notó el que lo montaba, y continuó su camino; tan apuesto y bizarro como antes.

La maleta quedó en medio del camino, á disposición del primer tunante que acertase á pasar.

Acaso en aquella maleta se halla toda la riqueza de una honrada familia, que se vería precisada á mendigar, perdido su tesoro,

Todo esto y más aún pensó Teresa en un momento, y en alas de su caridad abrió ya su boca para gritar: « ¡caballero! ¡caballero! »: pero la voz se le secó en los labios al pensar en el encargo que le había hecho su Divina Majestad. « ¡Dios mío! ¡Dios mío! (pensaba la Santa). Con una sola palabra que yo hubiera pronunciado, el dueño de la maleta la hubiera recogido del suelo: y hubiera yo evitado sin duda las lágrimas, los sufrimientos y acaso pecados que semejante pérdida va á causar. Caro, muy caro va á costar mi silencio á aquel buen señor. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Y por qué prueba tan penosa me hacéis pasar! »

Cinco minutos no habrían pasado aún, cuando Teresa observa que, cubierto de polvo y de sudor, viene corriendo por el mismo camino un labrador desarrapado y de mala catadura, que mirando aquí y allá, observándolo todo como aquel que llevara malas intenciones, tropieza finalmente con la maleta, y sin vacilar un momento se la carga en los hombros, dando á entender con su alegre y regocijada cara, que ni poco ni mucho le duelen las costillas, y que lleva de mil amores la pesada carga.

Conque, figúrense ustedes ahora cómo se quedaría el corazón de Teresa al ver aquel tan patente y manifiesto robo, que se verificaba delante de sus mismos ojos, que ella podía tan

facilmente impedir, y, sin embargo, no impedía. «¡Váyase al cuerno el silencio! (hubiera dicho otra que no fuera Teresa). Rompamos el silencio, por más que se nos haya mandado, cuando tales consecuencias de él se originan.»

Pero Teresa, que sentía tanto y mejor que nadie los males, y, sobre todo, los pecados que miraba cometer; aunque sentía que su corazón por recio y varonil que fuese (que lo era mucho), se deshacía y quebrantaba de pena; sin embargo, no dijo «esta boca es mía», y el silencio más profundo reinó á su alrededor.

Pero seguid, seguid, amiguitos de mi alma, escuchando el cuento de *El Bolsón de dinero*, que, con una gracia incomparable, me contó á mí una candorosa niña, y que yo, más alegre que unas Pascuas, archivé en mi memoria, para poder saborear el placer de contároslo á vosotros, lectores queridos.

Pues, como íbamos diciendo, Teresa, la jovial y alegrísima Teresa, estaba casi triste, pensando en todo cuanto había visto con sus propios ojos, cuando (¡gracias sean dadas al Señor!) observó que por la verde montaña de enfrente, tranquilo, descuidado y feliz, bajaba un lindo y gracioso pastorcillo, que, guardando un hato de blancas ovejuelas, iba cantando á media voz una canción pastoril.

Si entonces yo le hubiera visto, no sé si se

hubiera escapado sin que le dirigiese aquellos versos:

¿Quieres decirme, zagal garrido,
Si en este valle, naciendo el sol,
Viste á la hermosa *Teresa* mía,
Que fatigado buscando voy?

Pero, como yo no tuve la fortuna de estar allí, nada pude preguntarle, como tampoco le preguntó cosa alguna Santa Teresa, aunque se hallaba cerca del pastorcillo y contemplaba con embeleso el espectáculo de tanta sencillez é inocencia.

El espíritu de la Santa parecía reposar mirando al gracioso pastorcillo, en cuyo rostro se reflejaban una paz inalterable y una piedad tierna y profunda. Suave consuelo se iba deslizándose en el corazón de Teresa, imaginando que se acabaron ya las duras pruebas á que el Señor quería sujetarla, para cerciorarse de su amor al silencio, cuando he aquí que de repente oye el galopar de un caballo. Vuelve la cabeza, y con grande sorpresa mira que viene, á todo correr, el susodicho caballero con el mismísimo caballo de antes. Acércase á donde estaba el pastorcillo tarareando una canción, y le pregunta si ha encontrado una maleta llena de dinero. El pastorcillo le contesta con sosiego y dulzura, que ni la ha encontrado, ni la necesita para ser feliz. Se enfurece el caba-

llero al escuchar tal negativa, saca un agudo puñal y lo clava en el corazón del gracioso pastorcillo. ¡Ay! ¡Mil veces hay! El pastorcillo muere, muere cayendo al suelo, bañado en su propia sangre. Huye el caballero, digo mal, huye el asesino, quedándose Teresa sola, sola con su crudo dolor y amarguísima pena, pero callando, ¡callando siempre!

¡Pobre Teresa! Blasfemias, un robo, una muerte sangrienta.... todo esto acaba de ver, todo esto podía evitar, ¡y no lo ha evitado!... «¡Señor! ¡Señor! (exclamó.) Que sea yo quien sufra y padezca; que muera, si así os place, pues muero porque no muero; pero dignaos, Señor, apartar de mis ojos los sufrimientos y dolores de mis hermanos, si no los puedo remediar: no permitais que presencie semejantes pecados y crímenes, que serán parte para infernar á tantas almas; pues bien sabeis, Esposo mío, que para impedir que se condene una sola, quisiera convertirme en tizón que tapase la boca de los abismos. Venid, venid en mi ayuda, oh Señor mío, porque si no, desfallece mi alma de angustia y de dolor.»

II

No tardó el Señor en acudir al llamamiento de su amada Teresa. Radiante el divino rostro de inexplicable bondad y dulzura, le dijo.

—¿Qué es lo que te pasa, querida mía, que tan triste y acongojada te veo?

—¿Y aún preguntas lo que me pasa, Amado mío? La vista de los crímenes que se acababan de perpetrar, y que con una sola palabra yo hubiera podido haber evitado, ¿no es motivo bastante para que mi corazón esté destrozado de dolor?

—¡Cuán grande es la cortedad de vuestra vista! (dijole el Señor). Hay muchos de los que os parecen males, que no lo son en realidad: Y, por el contrario, hay bienes, y grandes bienes, que vosotros no distinguís. Por otra parte, tu silencio, Teresa mía, no ha causado ningún mal.

—Pero, ¿y tantas blasfemias? ¿y el robo? ¿y el asesinato?—exclamó sentidamente la Santa.

—Escucha, amada mía, lo que voy á decir para tranquilizarte. En primer lugar, tú obraste como debías, obedeciéndome á Mi antes que á los impulsos de tu corazón, lleno por otra parte de caridad y de celo. Además de eso, aunque hubieras roto el silencio reprendiendo á los arrieros sus blasfemias, es lo regular que ningún bien hubieras reportado, antes, de ordinario, no hubieras conseguido otra cosa que exasperar más y más á los blasfemos, dándoles ocasión para multiplicar sus pecados.—Aquél que tú te figurabas ser un

rico y honrado caballero, has de saber que no era sino un famoso ladrón, que acababa de robar la maleta, dentro de la cual había un bolsón de dinero, que tú viste como le cayó al suelo. — Aquel labrador sucio y desarrapado que recogió la maleta del medio del camino, era un rico propietario y dueño de la maleta, que volvió á recobrar.

— Pero ¿y el inocente y gracioso pastorcillo?

— ¡Ay Teresa mía! Su alma era tan hermosa y tan pura, que únicamente suspiraba por el Cielo. Yo escuché sus gemidos, abriéndole en su juventud las puertas del paraíso. Acaso con los años se hubiera corrompido su corazón. En estos momentos ha recibido ya su gloriosa herencia, que jamás le será defraudada. El infame asesino ha sido el instrumento, sin dejar de ser por eso menos culpable, de los designios de mi misericordia.

— Pero ¿y qué será de este miserable?

— Este contribuirá también á mi gloria, haciendo que resplandezca temerosamente el atributo de mi justicia sobre las cabezas rebeldes de los pecadores obstinados.

Y sonriendo amorosamente á su Teresa, el Señor desapareció de la vista de su amada Esposa, dejando en los aires una como luminosa estela, que se fué poco á poco desvaneciendo.

Así acaba el cuento de *El Bolsón de dinero*.

Si á vosotros os agrada, lectores queridos, dad las gracias á la candorosa niña que me lo contó.

Aquí vendría bien sacar la moraleja del cuento. Pero no habrá un solo lector ó lectora que no se la saque á las mil maravillas. Yo sólo me permitiré añadir lo que decía un abuelo mío, muy ducho en moralejas: *Por callar, nunca me vino mal alguno; pero por haber hablado muchas veces.*





ELISA

I



ORRÍA el año de gracia de 1873.

Era una deliciosa tarde de Septiembre, una de esas tardes apacibles, tibias y frescas que tanto contrastan con las ardorosas y pesadas del transcurrido Agosto.

Como acababa de llover, los árboles de la campiña, y las vides pomposas y exuberantes que bordan las laderas, y los maizales y verduras de las huertas, aparecían como rejuvenecidos, sonrientes, dijérase que recientemente pintados de verde esmeralda, á la complacida vista de los vecinos del pueblo de V..., que es el lugar á donde harán el favor de acompa-

ñarme mis queridos lectores, si desean enterarse de los sucesos que me propongo referir.

El mar, que está á muy poco trecho de la población, ofrecíase también tranquilo y sereno, reflejando las luces un poco desmayadas que el cielo le enviaba, y dejando apenas murmurar á las azules y sosegadas olas la misteriosa frase que ellas repiten al besar, obedientes, la linde de arena de la playa.

Algunas personas púdientes del pueblo andaban paseando, con aire de señorío, por la orilla del mar, mientras los labradores seguían atareados en sus faenas, y algunos grupos de muchachas y no pocos chiquillos corrían, como bandadas de alegres mariposas, ora á lo largo de los senderos que cruzan en todas direcciones los tablares de hortaliza, ora bajo de los pomposos emparrados que sombrean y poetizan á la vez las casitas de los labradores.

Sentémonos, si os place, lectores míos, junto al umbral y bajo el frondoso emparrado de una de esas casitas, ya que su amable dueña —como si lo estuviese viendo— nos está ofreciendo, para sentarnos, algunas sillas, que ella acababa de limpiar mejor con la punta de su delantal.

Y pues tan amables han sido con nosotros, no interrumpamos la conversación que la dueña sostiene con una vecina suya.

II

—¿Va de veras que no es cierto lo que dicen de tu sobrina? preguntaba la vecina. ¿Es cierto que no corresponde á tu hijo Daniel?

—¿Cómo quieres que te lo diga, canario? respondió la dueña. Te digo y te repito que todo eso no es sino purísima habladuría, y no hay en ello pizca de verdad. ¿Lo quieres más claro?

—Pues parece imposible que así se hable en el pueblo. Como tanto lo aseguraban, y como, por otra parte, ni tu hijo ni tu sobrina son partidos tan desproporcionados, ¿qué quieres que te diga? me lo creí como cosa hecha.

—Pues se engañan y te han engañado de medio á medio. Ni mi hijo ha pensado, si no me equivoco, en todo eso; ni Elisa, mi sobrina, creo yo que ha soñado, por ahora se entiende, en acomodarse.

—Cierto que es muy jóven, tan jóven como guapa, esa es la verdad, pero...

—Calle, calle V., ¡demonstre!... ¿La ve usted venir por aquella senda, en compañía de dos amigas?

—Tiene V. razón. ¡Y qué cara tan hermosa tiene la picarilla! ¡Y qué aseo y qué garbo en

el vestir! Su sonrisa sobre todo — mire, mire V. cómo se rie — es capaz de enloquecer á los mozos. Le digo á V. que sobrina como la de V. no se encuentra...

— Pero ¿quiere V. callar? ¿No advierte usted que ella la puede oír?

Efectivamente. Tres jóvenes, todas ellas graciosas y bien vestidas, acababan de llegar.

La dueña las recibió con mucha amabilidad y agasajo, mostrando, en especial á una de ellas, que debía de ser su sobrina, el más cariñoso afecto y buena voluntad.

III

Ahora, claro esta, quisiérais vosotros que yo os hiciese un retrato á la pluma de Elisa. Pero, á parte de que yo no entiendo de pintura, dispensad, queridos lectores, si os digo que vuestros deseos no tienen razón de ser.

¿Y aún me preguntais por qué? Porque... miradle: ahí, en frente de vosotros, teneis el original.

Como la modestia tiende ahora un velo sobre sus azules y transparentes ojos, y hasta creo que colorea sus ovaladas mejillas con yo no sé qué tintas de rosa mezcladas con las de la azucena, fácil cosa os será contemplarla en estos momentos, sin que sea preciso que yo os diga una sola palabra.

¿Habeis acabado ya?...

Pues atended: ni esos ojos suyos que, á pesar de todos sus velos, nō han podido ocultar, antes han descubierto mejor sus secretos encantos; ni su involuntaria sonrisa que, dilatando sus frescos labios, viene á revelar, sin quererlo, sus interiores alegrías; ni su serena frente; ni sus mejillas tan graciosamente contorneadas; ni su sedoso cabello, trenzado con el más sencillo, pero hechizador aliño; ni su airoso continente; ni sus suaves movimientos, que respiran distinción y señorío: nada de todo eso que á vosotros, mis queridos lectores, os ha sorprendido y deleitado tanto, puede ni remotamente compararse con la belleza y gracias que avaloran el alma y el corazón de Elisa.

Y después de haberla contemplado vosotros detenidamente, tal vez no os desagrade oirla hablar, como, de seguro, no desagrada á su tía, la cual, si yo no me engaño, la obliga á hacerlo de esta manera:

IV

—¡Gracias á Dios, queridita mía, que puedo verte! ¡Tantos días sin salir por acá! ¡Cómo se conoce que tú no me quieres tanto como yo te quiero á tí!

—¡Jesús! ¡Y qué cosas dice V., tía! Cual-

quiera diría que hace meses que no la he visitado. Y sólo hace tres días y nada más que no la he visto á V.

—Pues hija, á mí me parece que hace un año. Y tus padres y hermanas ¿cómo están?

—Buenos. ¿Y todos Vds.?

—Muy bien, por ahora, gracias á Dios. Sólo una espina me queda, ¡y clavada en el corazón, Elisa mia! ¿Qué debe ser de mi hijo Daniel? Hace días, muchos días, que no me ha escrito. ¡Malhaya la guerra, que nos roba á los hijos del alma!

—No se apesadumbre V., tia. ¡Quién sabe si muy pronto le va V. á ver!

—¿Sabes tú alguna cosa? Díme, díme, por Dios, todo cuanto sepas, hija mia.

Entonces Elisa, volviéndose á una de sus amigas, le dijo:

—Cuéntale, Carmen, cuéntale á mi tia lo que te ha escrito tu hermano, que es camarada de Daniel.

—Pues se lo voy á decir, contestó la interpelada. Ayer recibimos carta de mi hermano, el cual nos dice, entre otras cosas, que de un día á otro vendrá con toda su fuerza á V...

—¿Y nada dice de Daniel? preguntó la pobre madre.

—Nada dice en particular, contestó Carmen. Aunque, eso sí, añade que todos sus amigos no tienen novedad.

—Dios lo quiera, y quiera también que vengan pronto.

—Creo que no van á tardar. ¡Qué hermosos *sagrados Corazones* les tenemos preparados! ¿Verdad, Elisa, que el que hemos bordado para Daniel es el más hermoso de todos? La verdad es que lo merece.

—Gracias, hijas mías. Que el sagrado Corazón de Jesús me guarde al hijo de mi alma, y guarde también á todos los demás, que no dudan en exponer sus vidas para defender todo lo bueno.

—Yo no lo sé, dijo aquí Elisa; pero el corazón me dice que no van á tardar.

—Tambien á mí, añadió Cármen. Y además de eso (continuó, bajando la voz), además de eso, esta mañana he observado en el pueblo cierto desusado movimiento entre los *peseteros*. Todo era ir y volver, reunirse y disputar entre sí, moviéndose y charlando más que todos, por supuesto, aquel vanidosote y calavera á quien no en balde le han apodado *Fachenda* los mozos del pueblo.

—¿Todo eso has visto? agregó la tia de Elisa. Pues marchaos, hijas mías; volveos al pueblo, no sea caso que... En fin, no conviene que os esteis más tiempo aquí, porque se hace tarde. Id y coged, si quereis, algunas flores.

—Sí, tiene V. razón, tia; dijo Elisa leván-

tándose. Vamos á coger flores y nos marchamos en seguida.

Efectivamente. Despues de despedirse de la dueña de la huerta, y no sin tejer antes en el jardin un pequeño ramo de flores cada una, las tres muchachas se dirigieron paseando á la población.

V

Mientras la tia de Elisa se quedó rezando el santo Rosario bajo el dintel de su puerta, y distribuyendo sus pensamientos y afectos entre la santísima Virgen de los Dolores y el hijo de su alma, Elisa y sus amigas se acercaban á la población, departiendo confiada y amigablemente por el camino.

— ¡Qué hermoso es tu ramo! exclamó Cármen dirigiéndose á Elisa; creo que habria muchos que se lo disputarian.

Pues mejor es el tuyo, Cármen, y más digno de ser disputado, contestó Elisa.

— ¡Más digno! ¡Más digno! Así lo dices tú; pero pregúntalo eso á Daniel, á D. Pepito, á Juan, á *Fachenda* y á tantos otros, y verás lo que te contestan.

— Pues ¿quieres que te hable francamente? Me importa muy poco la opinión que de mi ramo puedan tener todos esos jóvenes, algunos de ellos, por otra parte, muy buenos, y, más que todos, creo que mi primo Daniel.

— ¡Ah! vamos. La opinión de Daniel acerca de tu ramo ya debe parecerte otra cosa. ¿Verdad, amiguita mía?

— Andas muy equivocada, Cármen.

— Pues hay muchos que se equivocan, Elisa. Según se me ha dicho, aquel infatuado de *Fachenda* está desatinado. Hasta ha jurado vengarse, y pronto, de Daniel, porque supone que tu primo es el rival afortunado.

Aún no acabó Cármen de pronunciar estas palabras, cuando, corriendo á todo escape, vieron salir de las últimas casas de la población á un grueso pelotón de hombres armados. Cármen distinguió entre ellos á *Fachenda*, que agitando un largo sable desenvainado, parecía gritar á los suyos, aunque procurando inútilmente pasar delante de todos ellos.

Al ver esto, las muchachas apresuraron el paso, y tras breves momentos entraron en la población, cuyo movimiento, alegría y algazara anunciaban algun fausto acontecimiento.

VI

Los huestes tradicionalistas acababan de entrar, en número respetable y sin ninguna resistencia, en la importante población de V...

Hijos de la misma eran muchos individuos de aquella fuerza, por cuyo motivo no podía ser más grande la alegría que experimentaban

innumerables familias que, después de mucho tiempo, se veían inesperadamente visitadas por los hijos, padres y hermanos.

Además, y ya se deja comprender, la inmensa mayoría de la población simpatizaba con la hermosa bandera que defendían aquellos heroicos voluntarios, como con harta claridad lo manifestaban la bulliciosa algazara y público regocijo, las músicas y los cantares que resonaban por calles y plazas.

Grupos de alegres y regocijadas muchachas habían acudido presurosas á la plaza, á dar la bienvenida á los que, más que nunca interesantes y bellos, se ofrecían á sus complacidas miradas.

El glorioso polvo de recientes combates, que antes honraba que manchaba el gracioso uniforme de los voluntarios; el sudor que corría por sus rostros tostados por el sol; el aire marcial y guerrero que habían adquirido en el campo del honor; todo esto, en vez de perjudicar á su juvenil gallardía, le añadía nuevos atractivos, si hemos de creer á las muchachas de la población, que deben ser voto en la materia.

Paréceme que mis lectores buscan, entre los grupos de muchachas que andan por la plaza, á su conocida Elisa; por lo cual me apresuro á participarles que, si de veras la quieren ver, la encontrarán en su propia casa, á donde ha

acudido, hace poco, su primo Daniel, excelente y bravo muchacho que pertenece á las victoriosas fuerzas recién llegadas.

Los padres de la joven, no menos que ésta, han obsequiado y agasajado con ternura casi paternal á su querido sobrino, el cual se muestra por su parte muy contento y satisfecho de tantas y tan delicadas pruebas de afecto. Sus ojos, sin embargo, se dirigen casi siempre á su prima Elisa, cuyo rostro bañado de alegría y cuyo corazón abierto confiadamente á dulces y nobles efectos, deleitan por todo extremo á Daniel.

Entre tanto han acudido á la casa muchos parientes y amigos; algunas amigas de Elisa, sin faltar Carmen; y más apresurada que nadie, sudorosa, palpitante, ha venido corriendo de la huerta la buena y amorosa madre del valiente voluntario, á quien ella abraza y besa derramando abundantes lágrimas.

Todos le dirigen preguntas á Daniel acerca de los combates que acababan de reñir en Cataluña con el enemigo, y á todos contesta el intrépido soldado con una discreción, un aplomo y una exactitud de pormenores tan grandes, que su auditorio queda pendiente de sus labios sin cansarse de oírle.

—Cuéntenos ahora, Daniel, le dijo su tío, cuéntenos vuestra entrada en Igualada.

Y el soldado tradicionalista empezó de esta manera.

VII

—Después de la toma y acción de San Quirse, en donde los que acababan de robar y profanar el templo de Dios recibieron su merecido castigo; después de conseguir en Alpens la victoria más señalada que se consiguió por nuestras fuerzas en Cataluña, en la cual reñidísima lucha sucumbió Cabrinety, jefe de las fuerzas enemigas; aprovechando nuestro entusiasmo y el pánico del enemigo, el valeroso Príncipe que nos mandaba, quiso entrar en la importante población de Igualada.— Imposible contarles á Vds. lo peligroso de aquella empresa y lo terrible y sangriento de aquella lucha. Nuestros enemigos eran españoles, y lucharon con la bravura y tenacidad propias del soldado español. Solamente los nuestros podían vencerlos. El combate, sostenido dentro de la población, duró por espacio de treinta y seis horas. Multitud de cadáveres llenaban las calles y plazas. El batallón de Zuavos no desmintió el renombre justamente adquirido. Su heroísmo en ese día es digno de una epopeya. ¡No, no lo olvidaré jamás! (exclamó aquí emocionado Daniel). Al ver el intrépido jefe del batallón, el holandés Wils, que los republicanos defendían con gran tenacidad una barricada, mandó, para animar

á los suyos, que se desplecase la bandera del batallón en cuyos pliegues brillaba la imagen del Sagrado Corazón de Jesús. Mas ¡ay! el abanderado es herido mortalmente por una descarga que le hacen los republicanos. Entonces el heróico Wils recoge en sus manos la bandera teñida en sangre, muéstrala á sus soldados, y con heróico valor se dirige al enemigo. Mas ¡ay! que otra bala enemiga atraviesa aquel corazón de héroe. Pero antes de morir, arroja la bandera á la barricada donde estaban los republicanos; los Zuavos, para que aquéllos no la manchen con sus manos, desafían todos los obstáculos y se precipitan como leones á la barricada, la toman y recobran la bandera del Sagrado Corazón. ¡A Él y solo á Él debimos esta insigne y señaladísima victoria!—

VIII

Con vivísimo interés y con creciente entusiasmo escuchaban todos la relación que de recientes combates les hacia el voluntario tradicionalista, cuya voz simpática y gesto expresivo comunicaban admirable colorido á sus sencillas palabras.

Pero el verídico é interesante episodio que les acababa de contar no pudo menos de conmover á todos aquellos corazones, especial-

mente á Elisa y Carmen, que no supieron impedir que algunas tiernas lágrimas se desprendieran de sus ojos.

La amiga de Elisa, sacando un paquetito de su bolsillo y dirigiéndose á Daniel, le dijo, al enjugarse una lágrima, estas palabras:

—Toma, toma para tí este *sagrado Corazon*, que bien merecido lo tienes.

—Lo acepto con muchísimo gusto, dijo el soldado.

Y descubriendo el objeto bendito, lo besó, añadiendo estas palabras:

—¡Precioso regalo! ¿Se podrá saber qué manos han hecho este bordado?

—¿Y qué importa saberlo? ¿No es verdad, Elisa? repuso la joven.

Elisa se sonrió dulcemente por única respuesta.

A duras penas podía la hermosa joven ocultar el torrente de tiernos y cariñosos sentimientos que bullían en el fondo de su pecho y pugnaban por abrirse paso, envueltos ora en la blanda luz de sus bienhechoras miradas, ora en la hechizadora y magnética corriente de sus sonrisas, miradas y sonrisas que, á pesar de la resistencia que les oponía su voluntad, dejaban adivinar algo siquiera de los misteriosos combates que se reñían en los secretos senos de su corazón.

Hermosa y noble era ciertamente la figura

de Daniel, y, sin embargo de ello, nunca había hecho en el corazón de Elisa aquella impresión tan dulce como profunda y avasalladora que se apellida con el tantas veces falsificado y desprestigiado y escarnecido nombre de amor.

¿Es que ese sentimiento empezaba ahora á despertarse entre los misteriosos repliegues del corazón de la joven? Eso sí que no me atreveré yo á asegurarlo á mis lectores, si he de contarles la verdad, y sólo la verdad, como les tengo prometido.

Cierto que las buenas partes y las naturales prendas de su primo aparecían ahora, por maravillosa manera, realzadas ante los ojos de la virtuosa y sensible joven; cierto que la nobleza de sentimientos del intrépido voluntario, el brillo de sus heróicas hazañas, el sacrificio de su vida por una causa tan noble y tan santa, la pureza é integridad de su fe sostenida y vigorizada entre el fragor de los combates; cierto que todo eso, en una palabra, podía ser parte para aficionar una voluntad generosa y para prender un corazón noble y delicado como el de Elisa.

Pero no es menos cierto también que, admirando, comprendiendo, amando todo eso, hasta sintiéndose cautivada por tanta grandeza y elevación, Elisa podía experimentar, allá en el más escondido seno de su alma, deseos

infinitamente más elevados y apenas comprendidos por los hombres de mundo.

Tal vez nos den la clave de ese misterio las palabras concisas pero expresivas que la joven dirigió á su primo, al querer saber éste quién había bordado el *sagrado Corazón*.

— Solamente Dios, dijo Elisa, te podrá pagar, y te pagará, tus presentes trabajos y sacrificios. ¡ Que te lo recuerde siempre ese *sagrado Corazón* que Carmen y yo hemos bordado para tí!

IX

A la mañana siguiente el grueso de la fuerza había salido de la población con dirección á un pueblo inmediato. Daniel se había quedado con su compañía en el mismo punto. El vecindario estaba tranquila y pacíficamente dedicado á sus cotidianas tareas. Los voluntarios, hijos de la población, andaban recorriendo las huertas y visitaban las heredades propias ó de la familia, como si enemigos no tuviesen en toda España.

Tiempo hacía que los padres de Elisa tenían proyectado el ir á visitar un famoso Santuario de la santísima Virgen edificado á algunas horas de la población. Difícilmente podrían encontrar en adelante ocasión más oportuna que aquella para realizar los piadosos deseos de toda la familia, sin exceptuar á Elisa, que

desde muy pequeña no había visto el Santuario.

Daniel fué invitado, como era regular, á acompañarles, y creo que no extrañarán mis lectores si les digo que, previo el permiso de sus jefes, el gallardo primo de Elisa aceptó con grandísimo gusto la invitación.

Hasta me atreveré á añadir que Daniel cifraba en aquel proyectado viaje yo no sé qué soñado mundo de hermosas y sonrientes esperanzas.

¿Quién podrá poner límites á los inmensos horizontes y risueñas perspectivas que en ciertos momentos se desarrollan ante las miradas de un alma joven y entusiasta?

Cuanto á Elisa, preciso es que sepan mis lectores que aquella mañanita pasó más tiempo que de ordinario en la iglesia, dedicada á sus devociones.

Su oración fué más larga y fervorosa que los días anteriores.

¿Acaso la piadosa joven creía ver peligros allí mismo donde Daniel esperaba hallar tanta ventura, y por eso se apercibía al combate templando y fortaleciendo su espíritu en la fragua de la oración?

Ello es que volvió á su casa cuando todo estaba dispuesto y preparado para marchar. De ahí es que Daniel le dirigió sonriendo estas palabras:

—¿Verdad, Elisa, que no has oído tocar á llamada?

—Te aseguro que no, Daniel.

—Claro esta; hablando con Santa Teresa creo que se te pasa el tiempo en un soplo, y no hay voz ni sonido de corneta que te dispierte.

—Es muy buena capitana, Daniel, y es preciso escuchar su voz, la dulcísima voz de mando de Santa Teresa.

—¿También Santa Teresa es capitana? Y tú, por supuesto, deberás militar en su compañía. ¿No es verdad?

—¡Ojalá mereciese la dicha de pertenecer á la Compañía de santa Teresa!

X

Aunque las mañanas empezaban á ser frescas, sin embargo, el sol naciente templaba ya la atmósfera, y los tibios ambientes venían á acariciar los rostros de Daniel, Elisa y los padres de ésta, que subidos en un carro se dirigían, alegres y satisfechos, por espaciosa carretera al famoso Santuario de la Virgen.

Sentado en frente de Elisa estaba el ahora galante soldado, contento de poder contemplar, á su placer y de cerca, á su hermosa prima, de poder hablar detenidamente con ella, y hacerle todos los pequeños pero codiciados

obsequios á que da márgen un viaje algo largo.

—¿Largo? No, de ninguna manera parecía largo aquel viaje á Daniel, el cual, sin que eso sea levantarle ningún falso testimonio, estoy seguro de que hubiera retardado indefinidamente dicho viaje, si hemos de dar crédito á las palabras que dirige á su prima.

—¡Hermoso día es este, Elisa! Parece que Dios nos le haya preparado.

—¿Y quién duda que es así? Lo que importa es que sepamos agradecerse.

—Claro está. Y además, el carro no puede ir mejor. ¿Querrás creer que ni en coche ni en carril iríamos tan bien? Te aseguro que no he hecho un viaje más feliz. ¿Verdad, Elisa?

—No vamos mal, gracias á Dios, contestó la joven.

—¿Estás acaso triste? añadió Daniel.

—¿Triste? ¿De qué?

—Páreceme como si tu sonrisa no fuese tan franca como otras veces, ni tus miradas tan alegres, ni tus palabras tan...

—Lo que parece es que pases revista á tus soldados, según lo minucioso de tus observaciones.

—Pero son acertadas, según creo.

—Creo que no. Estoy contenta, y muy contenta de ir á visitar á la Virgen en tan buena compañía.

—Ya lo creo. ¿Qué mejor compañía que la de tus padres?

—Y la de un soldado tan bravo como tú ¿no vale nada, Daniel?

—Creo que vale muy poco para quien yo quisiera valer mucho.

—¿De veras?... —

Aun no había Elisa acabado de pronunciar su última palabra cuando al llegar á un recodo que hacía la carretera, oyeron á muy corta distancia el disparo de un arma de fuego, viendo al mismo tiempo como de una márgen cercana escaparon corriendo dos hombres.

Elisa lanzó un ¡ay! que llenó de espanto á sus padres y á Daniel.

—¿Qué tienes, hija mía? le dijeron aquéllos.

—No sé... Creo que estoy herida... Siento aquí en el costado un dolorcillo... Algo también como humedad...

—¿Pero qué es esto, hija mía? ¡Si tienes tanta sangre! ¡Si tienes manchado el vestido! ¡Mi hija está herida! ¡Está herida! ¿No lo veis? decía la pobre madre cogiendo en brazos á su hija, que, pálida como la cera, iba desmayándose por momentos.

Es imposible de todo punto contar lo que pasó por el corazón de Daniel en aquellos dolorosos momentos. Su primer impulso fué el de correr en persecución de los infames asesinos, á uno de los cuales había conocido perfectamente.

Pero antes de todo era preciso asistir á Elisa, indudablemente herida, aunque ignoraba cuál fuese su gravedad.

—Esto no será nada, dijo el voluntario, fingiendo más serenidad de la que tenía; no hay que temer; el susto la ha desmayado; ya verán ustedes cómo le pasa pronto.

Y mientras el amante primo corría á buscar un vaso de agua para la pobre joven, los padres de ésta examinaban la herida causada en un muslo por la bala.

Aunque arrojaba mucha sangre, sin embargo, el padre creyó que la herida no ofrecía ningún peligro por entonces.

No lo creía así la madre, que, abrazando entrañablemente á Elisa, se esforzaba, y no podía, en disimular la profunda aflicción de su alma.

Daniel aplicó á los labios de la joven el vaso de agua, con lo cual pareció reanimarse. En seguida empezaron á desandar el camino andado, mientras el animoso joven se dirigía, con toda prisa y á pie, hacia la población, para dar aviso de lo sucedido y preparar todo lo conveniente.

XI

Hubo momentos en que los padres de Elisa creyeron que su hija se les quedaba muerta

por el camino. Pero una vez llegaron á su casa, y fué la herida examinada por los médicos, éstos declararon que el caso no ofrecía por entonces ninguna gravedad, y que el postramiento de la enferma no era debido sino á la pérdida de tanta sangre.

—Dígame V. toda la verdad, preguntaba Daniel con grande inquietud á un inteligente médico: ¿está de cuidado ó no?

—Por ahora no lo está, respondió el interpelado; se lo aseguro á V. Pero también debo asegurarle á V. otra cosa.

—Diga V., se apresuró á añadir Daniel con visible emoción.

—Le aseguro á V. que si de esta herida no muere Elisa, y creo, estoy seguro de que no morirá, ya puede decir con toda verdad que la bala que iba á matarla, que debía sin remedio matarla, fué detenida en mitad de su camino.

—¿Por quién fué detenida?

--¿Por quién? Por Dios, amigo mío.

Y dirigiéndose el médico, no tanto á Daniel como á los padres de Elisa, Carmen y otras personas que entonces se acababan de presentar, añadió:

—Sí, lo vuelvo á repetir. La bala que irremisiblemente iba á dar la muerte á Elisa encontró un obstáculo insuperable.

—¿Qué obstáculo fué ese? preguntaron todos.

— ¿Qué obstáculo? Aquí lo tienen ustedes, dijo el facultativo sacando de su bolsillo un objeto cuidadosamente envuelto en un pañuelo.

— ¡A ver! ¡A ver! exclamaron todos, acercándose al mismo tiempo al médico.

Y éste, descubriendo poco á poco el misterioso é interesante objeto, lo presentó á la vista de todos, diciendo:

— ¡Aquí está! ¿Lo ven ustedes? A este libro debe Elisa la vida.

— ¡Si es su devocionario! ¡Si es el libro en que mi hija leía todos los días! exclamó la madre de la enferma vertiendo lágrimas de alegría.

— ¡Es el libro de Santa Teresa, el devocionario de las Teresianas! dijo Carmen contemplando el libro.

Y efectivamente, queridos lectores. El libro que el médico enseñaba á los circunstantes era un devocionario completa y verdaderamente teresiano. Empastados, formando un grueso volúmen, estaban allí el «Cuarto de hora de oración», obrita esencialmente teresiana; el «Reglamento de la Archicofradía teresiana», y además, «El espíritu de Santa Teresa de Jesús.»

Este era el libro que Elisa no soltaba de las manos, y en cuyas páginas el alma de la joven se nutría y vigorizaba, empapándose en las

lecciones de celestial sabiduría que le daba todos los días su Madre Santa Teresa de Jesús.

Pero aquel libro estaba entonces bañado en sangre, y además terriblemente agujereado por una bala.

—¿Lo ven ustedes? seguía el médico hablando con los circunstantes. La bala perdió aquí gran parte de su fuerza, y no sólo eso, sino que tomando otro sesgo, no hizo otra cosa que hierla superficialmente en la carne, sin lesionar el hueso para nada. Sin el libro ese, de seguro que la herida hubiera sido grave, y la muerte de la joven era inevitable, según mi parecer.

Entonces la madre de Elisa y su amiga Carmen, tomando ésta el libro, se fueron corriendo al aposento donde se hallaba la enferma.

—¡Hija mía! exclamó gozosa la madre: Santa Teresa de Jesús te ha salvado.

—¡Amiguita mía! añadió Carmen: la Santa de nuestro corazón te ha conservado la vida. ¿Ves este librito? ¿Lo ves? Pues mira, ese ha sido tu escudo. Aquí están las «Reglas de la Archicofradía», que, como sabemos bien nosotras, salvan á tantas jóvenes. Aquí está «El cuarto de hora de oración», que, según nos dice Santa Teresa, es el arma poderosa para vencer á toda suerte de enemigos. Aquí, finalmente, tienes el «Espíritu de Santa Teresa»,

que es espíritu de dulzura, de gracia y de fortaleza.

—Sí, amiga mía, contestó la enferma; ¡Santa Teresa de Jesús me ha salvado! ¡Ella me ha salvado, y no de una, sino de muchas maneras!

—¿Qué dices, Elisa? preguntó Cármen.

—Que me ha salvado de muchas maneras. Hasta me atrevo á decir, amiguita mía, que la herida que he recibido me dará la vida. Así lo espero.

XII

Dos meses habian pasado desde el día en que sucedió el triste suceso que acabo de referir á mis lectores, cuando Elisa, completamente restablecida de su enfermedad, se complacía en mostrar su agradecimiento á todos cuantos habian tomado tanto interés por su salud.

—Nunca, le decía á su amiga Cármen, nunca os podré pagar lo que por mí habeis hecho.

—¡Mira quién habla! exclamó la aludida. ¡Como si ella no lo tuviese bien merecido! Aunque, eso sí que lo diré: yo no he visto interés y simpatía como los que tú has despertado en toda la población. No se oían sino estas palabras: «¡Pobrecita Elisa! ¡Pobrecita Elisa!»

— ¡Muchísimas gracias á todos! mi querida Cármen. Yo le pediré á Santa Teresa que lo pague bien á todos, en mi nombre.

— Y ¿me permites, Elisa, que lo diga? Pues mira, no te olvides de Daniel, que bien lo tiene merecido él pobre muchacho. ¡Lo que él sufría cuando tú estabas en cama! ¡Lo que él se ha desvivido y cansado por tu salud! Por poco que él pueda, aunque sea caminar una noche entera, aquí le tienes en seguida, como tantas veces lo ha hecho.

— Ya lo sé, ya lo sé... Santa Teresa, que es mi poderosa madre, lo pagará muy bien á todos, estoy segura de ello, pues ahora no le pido otra cosa. ¡Ah! Otra cosa le pido también á la Santa de mi corazón.

— ¿Se podrá saber qué es lo que le pides ahora?

— ¡Qué le he de pedir! Que acabe su obra, amiga mía; la obra de mi santificación, que ella ha empezado.

— Vamos, no comprendo bien lo que tú dices; pero sé franca con tu amiga: ¿es que quieres ponerte monja?

— Yo le digo á Dios todos los días, y se lo digo mil veces con todo mi corazón:

Vuestra soy, para Vos nací:
¿Qué quereis, Señor, de mí?

Y luego á Santa Teresa le digo también:

¿Qué quereis, Madre, de mí?

¿Te parece, Cármen, si no es éste buen punto de meditación?

— Ya lo creo. Pero ¿y si luego la Santa te llama?

— La seguiré.

— ¿A cualquier parte?

— A donde ella quiera.

— ¡Ay, pobres de nosotras! Estoy segura de que vamos á perderte.

— ¿Tambien tú serás boba? ¿No ves que Santa Teresa me ha señalado por suya, y ese sello no se puede borrar sino con la muerte?

XIII

Nos hallamos en el día 15 de Octubre de 187..., ó sea, en la gloriosa fiesta de Santa Teresa de Jesús.

En el fondo de la capilla interior de un naciente Instituto religioso acaba de celebrarse una solemne é interesante ceremonia religiosa.

A cuatro bellas y piadosas jóvenes se les acaba de investir el hábito religioso propio del naciente Instituto.

Las personas que han acudido á la interesante ceremonia, enternecidas por el acto que acaban de presenciar, exclaman:

— ¡Dichosas y valientes doncellas! El Señor las proteja en su santa empresa.

— Ya lo necesitan — respondió otra persona, — pues son ellas las primeras, las fundadoras, las piedras angulares del nuevo edificio.

— ¡Elisa! ¡Elisa! exclamó una jóven al salir todos de la capilla.

— ¡Hola, Cármen! ¿Tú también por aquí?

— Sí, he venido con tus parientes á ver tu toma de hábito.

— ¿Te ha gustado?

— He llorado mucho, mucho, Elisa de mi alma. Has de saber que te tengo envidia. Pide por mí á Santa Teresa de Jesús.

— Lo haré con mucho gusto. ¿Y mis padres? ¿Estaban muy tristes?

— Todos lloraban, pero creo que de alegría. Hasta á Daniel se le han saltado las lágrimas... Mirale, aquí viene...

En aquel momento se presentó delante de Elisa el bravo jóven á quien ya conocen mis lectores. Al verle Elisa, le dijo sonriendo:

— Señor capitán: me alegro de que V. haya sido testigo de mi jura de bandera. ¿Qué le parece á V. del uniforme que acabo de vestir?

— ¡Ay, Elisa! dijo suspirando su primo. Muy bien me parece; pero ¡qué sorpresa nos has dado!!

— ¿Sorpresa? Pues ya te lo dije en cierta ocasión.

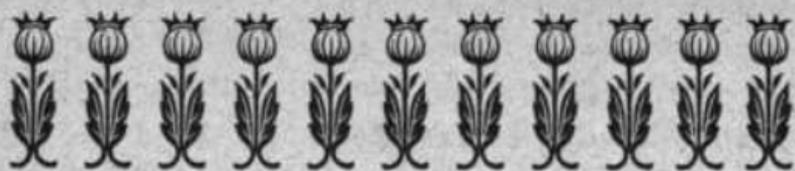
—¿Cómo? ¿Cuándo?

—«¡Ojalá, te dije, pueda pertenecer á la Compañía de Santa Teresa de Jesús!» ¿Lo recuerdas?

—Creo que sí; pero...

—Pues sabe, Daniel, que mis desos acaban, por dicha mía, de cumplirse. Desde hoy pertenezco, aunque sin yo merecerlo, á la «Compañía de Santa Teresa de Jesús.»





LA NOVICIA FERVOROSA



dígame usted: ¿Por qué no nos escribe usted algún nuevo cuento sobre Santa Teresa de Jesús?

—¡Sí! ¡Para cuentos estamos, cuando no nos faltan tantas y tristes historias!

—Pero no siempre nos hemos de romper la cabeza con tales asuntos. Y luego, que también sabe V. encerrar en los cuentos buenas enseñanzas, que por ventura, y burla burlando, se graban mejor en la memoria.

—Casi, casi tienes razón en lo que dices. Pero.... hasta los cuentos se acaban. A no ser que refiera aquello de....

—Sí, sí, ya lo decía yo. Cuente, cuente usted.

— Pero ¡si no es cuento! Ni se encierra en ello ninguna enseñanza. Ni...

— Y bien; todo se lo perdonaremos.

— ¡Pero, si no vale la pena! Figúrate que Santa Teresa de Jesús era ya viejecita; como que esto sucedió poco tiempo antes de morir. En el convento donde á la sazón residía la Santa, había, entre otras, una novicia joven-cita, angelical, muy fervorosa, que era el encanto de la Comunidad, y no sólo de la Comunidad, sino, lo que todavía es mejor, me atrevería á jurar que formaba las delicias del mismo Jesús.

— Mejor que Santa Teresa? Eso sí que no lo creo.

— ¿No lo crees? Pues ya verás lo que sucedió. Un día salían del rezo del coro las Religiosas, consoladas y alegres de haber cantado, como solían, las divinas alabanzas. En el primer tramo de la escalera, abierto en la pared había un pequeño nicho, y dentro de él un hermosísimo Niño Jesús, que no parecía sino que allí aguardaba á las Religiosas cuando salían del coro, para... ¡quién sabe de lo que es capaz un Niño Jesús cuando se trata de almas puras é inocentes!

— Y bien, ¿qué sucedió?

— Pues á eso voy, mujer. Que la fervorosa novicia que iba delante de todas, echó una dulce y amorosa miradita á su Jesús, y su

enamorado Niño le contestó entonces con una dulcísima sonrisa de sus labios de clavel, sonrisa capaz de hacer morir de envidia á los ángeles del cielo.

—¿Y no fué eso una ilusión de la novicia?

—¡Qué había de ser! Como que para dar testimonio de ello, no faltaron allí ángeles envidiosos que todo lo vieron, y..., quieras que no, hubieron de tragárselo todo.

—¿Va de veras?

—¿Qué digo ángeles? Serafín hubo que al notar la picardihuelá del Niño Jesús con la jovencita novicia, no pudo callar y se quejó de veras y... aquello fué sonado.

—¿Un serafín se vengó así?

—Como te lo digo. Santa Teresa de Jesús (pues no era otro el serafín), ella que advirtió la dulce sonrisa de Jesús á la novicia, engolosinada como estaba la Santa con las finezas amorosas y caricias inefables con que solía regalarla su divino Esposo, imaginábase que también en aquellos momentos sería festejada con la sonrisa del Niño que mereció la novicia. Pero ¡cá! la pobrecilla Santa se llevó entonces el chasco más solemne.

—¿No la sonrió siquiera el Niño Jesús, cuando tantas y mejores finezas que esa la hizo?

—El Niño Jesús se quedó serio cuando ella pasaba, ni casi la miró, como si estuviera en-

fadado. «¿Sí? ¿Esas tenemos?» dijo la Santa. Y como no se mordía la lengua, con aquel donaire suyo y gracia embelesadora, á que nadie, ni el mismo Jesús resistía, le dijo la viejecita Santa Teresa.

—¡Señor! Está visto que no se puede ser vieja de ningún modo.

—¿Qué? ¿Te ríes tú, ahora? No me extraño de que te rías, porque si he de decir la verdad, creo yo muy bien que el buen Jesús se reiría de buen grado como tú, al oír á la Santa llamarse vieja.

Y se lo llama algunas veces en sus cartas, contestando á algunas almas buenas que la escribían mostrando encarecidamente vivos deseos de verla.

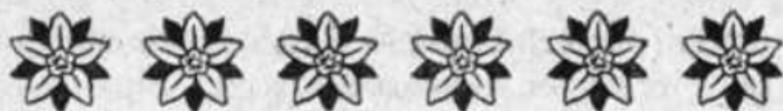
Ella lo decía para retraerlas humildemente de tales deseos; no como un amigo mío, que se está llamando viejo á todas horas, con el objeto, seguramente, de que le digan que no lo es, sino que se conserva muy joven. Cuanto á las mujeres, ni por broma se llaman nunca viejas. ¡Ni tampoco se lo digais!

Ahora, en cuanto á las enseñanzas que se pueden encerrar en el cuento, ya he dicho antes que no había ninguna. A no ser que diga á mis lectores, que si Jesús regaló de tal suerte á la novicia, es porque sus más escogidos favores los reserva el Niño Jesús para las almas más sencillas, puras é inocentes, como era la

novicia. Y que á las almas ya fuertes y robustas en la virtud y perfección, suele también suceder, que el buen Jesús les pone á las veces la cara seria, ni las mira, ó se les esconde del todo, para mejor bien suyo, como sucedió á Santa Teresa de Jesús.

Conque... aplicad el cuento.





EL PARLERO

SE me figura, mis queridos lectores, que vosotros no habreis entrado, ni siquiera una sola vez (porque lo que me sucede á mí es igualito), en el convento de Religiosas de la Encarnación, de Ávila, donde pasó lo que, por vía de cuento, os voy, con vuestro permiso, á referir. Y digo que pasó, porque, bajo su palabra de cristiana, me lo ha asegurado á mí una señora muy venerable, que peina canas por más señas, y que por nada del mundo se atrevería á mentir: que no es mentir el echar ella un puñadito de sal y canela á sus cuentos.

La *Tradicción* (que no es otra la venerable y encanecida señora á que me refiero) ha venido en mi auxilio cuando me desvivía precisa-

mente por echar mano de algún cuentécito, que sirviese cuando ménos para despertar el apetito del alma á mis lectores, y si lo tienen ya, como yo creo, para más engolosinarles con lo picante de esas especias.

Oigan, pues, ustedes lo que esa Señora, que todo lo ha visto con sus propios ojos, y se lo sabe todo á pié juntillas, me contó hace muy pocos días, en la ocasión más oportuna del mundo. Paren ustedes atención al cuento teresiano, que hoy es la misma Tradición la que se sienta entre nosotros para contarlo.

Pues han de saber ustedes, señores míos de mi alma, que en el convento de la Encarnación de Ávila, que es el primero en donde estuvo de religiosa Santa Teresa de Jesús, hay en el coro de la iglesia un altar hermosísimo, que no se cansan de mirarlo las Religiosas que lo habitan.

¿Pero qué tiene de particular el altar aquél?—me dirán ustedes.

Y yo, que si algo deseo, es contar lo que sé, porque de cuentos y relaciones vivo, y á mí acuden cuantos desean saber algo (la Tradición es quien habla), yo os quiero decir, que en el nicho principal del altar, y sobre un riquísimo trono de plata, hay una imágen de la Virgen María, y al lado derecho otra del glorioso Patriarca y Señor San José, ambas de talla.

Nada tiene todo eso de particular, pero sí que lo tiene, y mucho, el que esas imágenes fueron regaladas á Santa Teresa por una encofetada condesa, siendo después traídas al convento por la Santa. Añadid á esto, que cuando fué Teresa de Jesús nombrada Priora de ese convento, fué á los piés de esa imagen de María, haciéndole entrega de las llaves de la Clausura, diciéndola que ella sería, y no otra, la Priora del convento. Después de hacer esto, fué á postrarse á los piés de la imagen de San José, que está al lado, nombrándole asimismo Superior del convento, quedándose ella con el cargo de Vicaria.

Y tanta era la confianza que Santa Teresa había puesto en los nuevos Superiores del convento, que cuando ella se iba á fundar por esas tierras adentro, no se olvidaba de encomendar muy fervorosamente á la Virgen María el cuidado de aquella Casa, como Priora que era de ella, yendo después á postrarse delante de la imagen de San José, á quién le suplicaba que vigilase en gran manera á aquellas monjas, pues era el Superior.

¿Y querrán ustedes creer que el bendito Santo sabía hacer esto á las mil maravillas, y como si en toda su vida no hubiese hecho otra cosa que vigilar monjas?

¡Ya! me dirán ustedes: como que estaba avezado á guardar y vigilar al Niño Jesús!...

Pero no saben ust edeslo mejor del caso: y es que el bendito Señor San José— vamos, nadie de él lo hubiera creído — él mismo, con su mismísima boca, iba en seguidita... ¿y qué es lo que hacía?... se lo contaba todo de be á ba á Santa Teresa, apenas tornaba de sus fundaciones; y les digo á ustedes que dejaba á las monjas que habían faltado, tamañitas, que no había por dónde cogerlas. Pero ¿qué dirían ustedes si yo les contase ahora las cosas tan peregrinas que pasaron entonces? Estoy seguro de que, á no ser yo quien las contase, nadie del mundo las iba á creer.

¿Que las cuente, me decís por lo bajo, vosotros, señores míos de mi alma, y vosotras sobre todo, mis queridas é inocentes curiosillas? Pues escuchad siquiera una, ya que para muestra basta un botón.

Érase que se era, entre otras, una monjita... ¡válgame Dios y qué monjita, señores míos! Diría mejor que era una santa, que tenía enamorada á toda la Comunidad. Joven era aún aquella sierva de Dios, si se atiende á los años; pero muy anciana ya, si se mira á los grandes adelantamientos que había hecho en el camino de la virtud. Pues bien: ni una tan mansa ovejita como ésta pudo librarse de que una vez fuese alcanzada por el florido bastón del celoso Superior del convento, San José.

Fué el caso que en cierta ocasión en que

salían las monjas del coro, donde acababan de hacer la oración, se quedó aún allí aquella buena monjita, siguiendo dulcemente embebecida en las cosas celestiales y olvidada de cuanto á su alrededor pasaba.

El vigilante Superior, que ve esto, — ¡Hola! (dice para sí): ¿esas tenemos? Pues les digo á Vds. que ésta no pasa. Ya lo sabrá quien debe saberlo. ¿Habrás visto dormirse en la oración? ¡Dormilona como ésa!

Otras cosillas parecidas se tenía bien apuntadas en la memoria el bendito Santo, para sacarlas á luz el día de la cuenta.

Esta no se hizo esperar, pues de allí á poco llegó al convento Santa Teresa, muy contenta del buen camino que llevaban sus fundaciones.

Como solía siempre hacerlo, la bendita Santa no tardó en ir al coro, y allí fué la sonada. Comenzó el Señor San José á abrir aquella boca suya, y no hubo falta ni defectillo de las monjas que no desembuchase. De todo se iba enterando Santa Teresa, á medida que se lo iba contando el celoso Superior.

Todo hubiera ido con mucha paz y gracia de Dios, si una monja, lista y despejada si las hay, no hubiese, hacía tiempo, olfateado algo, y aún algos, de las graciosas habilidades del Santo Patriarca. Pero sucedió esto, y la tal monja, que sabía bien donde le apretaba el

zapato, digo, la alpargata, dijo para su toca: «Esta vez no me la pegas, Santo Patriarca; voy á esconderme detrás del retablo del altar del coro tan pronto como vea que asoma tu Teresa de Jesús, y se arma allí un belén... que ¡vaya!»

Como lo dijo, así lo hizo. Estaba una tarde-cita contando San José á su querida Teresa todo cuanto había notado en las monjas. Allí salió lo del sueño de aquella santa y endiosada monjita, y otras varias cosillas salieron, que yo no quiero decir en esta ocasión, porque sería este el cuento de nunca acabar.

A todo esto se callaba como una muerta la monja, que estaba agachada en su escondite. Pero ¿qué es lo que sucede? Ha barruntado que el Santo Patriarca se está despachando acerca de una monja que había cogido en el huerto una manzana, sin su permiso. Ella que oye esto, viéndose aludida, y oyendo que se publica su pecado (pues era ella misma la que tal hizo), sin poderse contener ni encomendarse á Dios ni al diablo, como se dice malamente, —Ande V. Allá, *Parlero!* (dijo, gritando, al bendito San José): ¡mire V. que manera de seguirle á una los pasos y andar después con habladurías! V. perdone, pero lo que es V. un grandísimo... *Parlero.*

Parlero, le dijo la monja, y parlero le han dicho, desde entonces, cuantas monjas han re-

zado en aquel coro hasta la fecha, y parlero creo yo que le llamarán todas en adelante. ¿Y quién no le ha de decir parlero, si de serlo tanto, se quedó y aún está, después de tanto tiempo, con la boca abierta, como lo saben bien las monjas de la Encarnación, que no me dejarán mentir?

Aquí la *Tradición* cierra la boca, y tomo yo la palabra para que el cuentecito tenga su poquito de conclusión, siquiera no tenga pizca de gracia.

Si vosotros, mis queridos lectores, os perdiésteis alguna vez por Avila (en donde yo os afirmo que me perdí), no os olvidéis de pedir noticias del bendito Parlero á la tornera del convento de la Encarnación; y si eso no fuera posible, pedídselas á la misma mandadera, que yo os aseguro se os darán cuantas noticias apetezcáis de aquel bendito Señor.

Y si alguna de vosotras, mis piadosas lectoras, fuese á perderse también por allá — ¡da el mundo tantas vueltas! — y hasta llegase á entrar dentro del dicho convento (que todo podría ser), agradecería yo mucho que le dijese alguna cosita en mi nombre á aquel bondadoso Señor, á quien, porque almas tan buenas se lo dicen, yo no vacilo el llamarle «el Parlero.»



EL PÁJARO DE LA JAULA



UNA hermosa tarde de Marzo era, cuando, dejadas atrás las últimas casas de mi pueblo; y atravesando aquellos campos alfombrados de verdes trigos, que formaban suaves ondas al ser mecidos blandamente por las brisas de la tarde, me dirigía á una vecina colina, graciosamente coronada por la ermita de San José.

Las higueras, llenas de vigorosa savia, habían lanzado ya infinitos brotes, y las yemas dejaban asomar sus puntas á las verdes y delicadas hojitas, que tan anchas y pomposas vendrán á ser muy pronto. Los almendros estaban todos en flor, exhalando riquísima fragancia. Todos aquellos caminos, sembrados,

de trecho en trecho, de capillas y de cruces de hierro con pedestal de piedra labrada, estaban tapizados de finas y olorosas hierbas entretegidias de tréboles y margaritas, notándose aquí y allá, sobre las márgenes, matas de clavellinas amarillas y blancas, que á cántaros riega todos los días el ermitaño de San José.

La campana de la ermita volteaba ya grandemente y sonaba por la primera vez, cuando yo llegaba á la plaza que se extiende delante de la ermita.

Apenas se veia aún ninguna persona por allí, á excepción del ermitaño, otro anciano compañero suyo y una pobre anciana que, puesta la mantilla y sentada en un extremo del poyo de piedra que corre alrededor de la capilla, aguardaba á que se comenzase la Novena, recorriendo las cuentas de su rosario.

Unas muchachas subidas en los morales vecinos, cantaban y charlaban como cotorras mientras cogian hoja, que colocaban en la falda. Aún no había yo saludado á la anciana, cuando una de aquellas muchachas canturreó esta canción:

Dicen que Santa Teresa
 fué de Jesús secretaria;
 guarda, por Dios, Santa mía,
 los secretos de mi alma.

—¿Y qué le parece á V., buena anciana, (di-

jela después de saludarla); qué le parece á V. de lo que canta aquella muchacha?

— ¿Qué me ha de parecer, señor? me contestó. Esas canciones deben cantar, y no las que oyen á más de cuatro desvergonzados.

— Pero ¿y de veras fué Santa Teresa secretaria de Jesús? ¿qué me dice V.?

— Yo no se lo sabré decir á V., aunque muy bien podría ser eso quien, según nos dijo el señor Cura en un sermón, era tan querida de Su Divina Majestad, que hasta esposa suya la hizo. Si V. me preguntase si fué confesora, eso ya sería...

— ¿Qué sería? dígame V.

— Sería muy diferente, vaya. Que la bendita Santa quería serlo, y no se lo concedió Su Divina Majestad.

— ¡Vea V.!.; conque, ¿confesora quería ser? — repuse yo.

— Yo le diré á V.: ella, como era tan buena y era tan estimada de Dios, fué un día á Nuestro Señor, y ¿qué le pide? Nada menos sino que pudiese confesar, y así salvar muchas almas: ¡como se moría por ganarlas para Dios!... Su Divina Majestad la recibió, como solía, con mucho agasajo, y alabó sus buenos deseos, pero diciéndole al mismo tiempo:— «Mira, Teresa mía, está muy bien lo que tú me pides; pero quiero que antes me guardes una cajita muy bonita y preciosa que yo ten-

go. Toma, y ten cuidado con ella.» Y puso en sus manos una cajita tan linda, que no se hartaba Santa Teresa de mirarla. Pero—lo que somos las mujeres—la cajita tenía la llave puesta en su agujero, y el demonio de la curiosidad, sin parar un momento, dale que le darás, forzando á Santa Teresa para que la abriese. Mucho tiempo se resistió á abrirla; pero al fin y al cabo, como era mujer y curiosa como somos todas, que eso no lo podemos negar, poquito á poco y muy despacito comenzó á alzar la tapa de la cajita, y... ¡válgame Dios! de repente salta de la caja, donde estaba encerrado, un pájaro, y echa á volar por los aires, quedando la pobre Santa mirando al cielo y con el corazón lleno de dolor. Entonces, toda llorosa, fuese al Señor y le dijo:—«¡Señor, que el pájaro de la cajita se me ha escapado sin yo quererlo!—¡Hola! contestóle el Señor: ¿con que no me has sabido guardar ese secreto que te había confiado, dejando escapar el pajarillo, y quieres saber guardar el secreto de los penitentes? No, Teresa mía; deja que sólo los hombres puedan ser confesores, y conténtate tú con rogar, como lo haces, por los pobres pecadores.»—Ahora ¿qué le parece á V., señor, de esta historieta que yo aprendí siendo una mala muchacha?

—Que me hace no poca gracia el cuento de V., mi buena anciana,—le dije yo, amigo

siempre de oír esas historias y leyendas, llenas comunmente de un candor y una sencillez que enamoran, y que muchas veces encierran profundo sentido y alta enseñanza; historias y leyendas de que tan rico tesoro guarda nuestro más humilde pueblo.—Pero, yo no sé—agregué á la anciana,—si Santa Teresa estará muy contenta de ese cuento, pues en él hace un papel muy poco airoso, cuando precisamente Santa Teresa era una dama que nunca quedó desairada, y achaques de mujeres nunca los tuvo ella, ántes era su ánimo varonil y de recio temple.

—¿Y tampoco era curiosa como somos nosotras? repuso la anciana.

—Muy al contrario; y aunque le vinieran deseos de saber alguna cosa, sabía vencerse y reprimirse, si no convenía saberla. Y si no, oiga V. un cuento que pica en historia, y que yo voy á contarle á V. en agradecimiento al que V. me ha contado.—Pues, señor, como ya sabrá V., Santa Teresa quiso reformar la Orden del Carmen; pero he aquí que al estar metida en esta grande empresa, le ocurre una grave dificultad, que le impide pasar adelante. Va Santa Teresa, ¿y qué es lo que hace? Aprended, señoras mujeres. Escribe á su confesor el Padre Alvarez, consultándole la dificultad y encargándole pronta respuesta para proseguir lo comenzado. Pero el confesor, que

quería mortificar y probar la virtud de la Santa, le envía la respuesta en carta cerradita, y en el sobrescrito añade estas palabras: «No la abra V. en dos meses.» Y vamos á ver: ¿qué le parece á V. que hizo la Santa, ella que esperaba con candelas la respuesta, para proseguir obra de tanta importancia y que tanta gloria iba á dar á Dios? ¿Le parece á V. que luego fué á abrir la carta como abrió la cajita, según el cuento que V. me ha contado? No, señora, no; dejó cerradita la carta, como si tal cosa, y el demonio de la curiosidad fué vencido por su grande obediencia. Corque, ya lo sabe V., buena anciana: Santa Teresa no hubiera abierto la cajita del pájaro hasta el día del juicio, y el pobre pájaro encerrado se hubiera muerto de hambre. Cuanto á lo de querer ser ella confesora, no creo que le viniese jamás á las mientes semejante pensamiento; y no necesitaba eso para salvar á muchísimas almas. ¿Lo cree V. así?

—Es claro, señor; pero como una lo ha oído contar así... ¡Bendita Santa Teresa de Jesús! Ella nos alcance del Señor la gracia de amarle cada día más.

En esto, el ermitaño comenzó á tocar el último toque para la Novena. Todos los poyos de la plazuela estaban ya llenos de gente que acudía á obsequiar á San José. La capilla estaba también llena hasta no poder más. Yo

pude meterme aún bajo el arco de la puerta y gozar de la sencilla función. ¡Estaba aquello tan risueño y bonito! ¡Un anciano bondadosísimo y un niño el más hermoso, que se miran y se aman! ¿No será ese siempre un cuadro bañado de candor, de suavidad y dulzura? ¿No gustará siempre ese grupo á todos los corazones sanos y tiernos? Además aquellos corazones y piececitos de cera que cuelgan del retablo: aquellos jarros de frêscas clavellinas, de todos colores, que llenan toda el ara del altar; tantas velas encendidas, no puestas en gran orden, por cierto, pues ya le tiembla el pulso al anciano ermitaño y no está para meterse en tales honduras, pero adornadas con papel de color y colocadas en todas partes, pues no ha habido bastantes candeleros; aquellas hostias, blancas como la nieve, que cuelgan de cordeles tirados en todas direcciones, de una á otra pared de la capilla y en la mitad de su altura, y que un soplo de aire colado menea con gusto de los niños, que están ojo avizor á ver si cae alguna; la sencilla piedad y segura confianza con que respondían al sacerdote los devotos del santo Patriarca; y, por último, las alegres y frescas voces de los niños que cantaban los *Gozos* del Santo me hicieron pasar un rato de la más pura satisfacción y más íntima alegría.

Al bajar de la ermita topé con la anciana

del cuento, la cual me dijo con ademán de firme resolución:

—Perdone V., señor, qué lo de la cajita de Santa Teresa ya diré á mis nietecitas que no lo crean.

—¡Pues, ya se vé!—le contesté sonriendo.





DOÑA CATALINA DE SANDOVAL

Como no dudo que mis lectores quieren conocerla, tengan la bondad de trasladarse conmigo al año mil quinientos sesenta y tantos, el año precisamente en que Catalina cumple catorce años, cuando no se puede negar que es hermosa, lista y vivarracha, y, lo que no menos se estima, sus padres son ricos y nobles, por lo cual la lisonjeada niña, que sabe bien todo esto, sabe también erguir con orgullo su alabastrina frente al soplo de altivos pensamientos.

¿Quién es capaz de seguirla cuando, en alas de su imaginación vagabunda, recorre, como pintada mariposa, los deleitosos y fantásticos

vergeles con que le brinda un porvenir matizado con todos los colores del iris?

Siendo querida en exceso por sus padres, solicitada amigablemente, aunque envidiada en silencio, por las doncellas; y admirada con harto embobamiento por los mozos, que se desviven por merecer una sola palabra de sus labios, de clavel y de rosa, según ellos, la pobre niña se deja arrullar por las suaves y peligrosas ondas de la presunción y el orgullo, sin que nadie le vaya á la mano para despertarla de su sueño.

Algunos mozos de la población, creyéndose con condiciones para ello, se han atrevido, aunque tímidamente, á significar á la niña algo de lo que, con honrados propósitos, sienten por ella. Pero si bien han logrado con ello fomentar y adular sus pensamientos de vanidad, no consiguieron interesar poco ni mucho su corazón. Por ventajosos que sean los partidos que se le han ofrecido, todos le han parecido poco menos que despreciables para lo que ella cree que se merece.

Últimamente, su padre don Sancho, que si no tiene formado de su hija el elevado concepto que ella misma se ha formado, poco le falta, lleno de satisfacción por la excelente embajada que trae á la joven, le ha hablado con grandes encarecimientos, de un mozo, cuyas buenas partes no duda un momento

que bastarán á satisfacer las desmedidas aspiraciones de Catalina. ¡Pero cuán engañado está su padre! Con todo su acopio de alabanzas y encarecimientos sólo ha podido arrancar de los purpurinos y desdeñosos labios de la joven, estas palabras:

— ¡Y con qué poco se contenta mi padre!
¡Con que tenga un mayorazgo! ¿Acaso no ha de comenzar mi linaje en mí?

II

Embebecida en tales pensamientos estaba al levantarse una mañana la presuntuosa Catalina, cuando acertó á levantar los ojos, fijándolos en una imagen de Jesucristo crucificado, que había sobre la mesa de su aposento. Púsose á leer el rótulo que suele ponerse y había en el extremo superior de la Cruz, y al pronunciar estas palabras, allí escritas, «Jesús Nazareno, Rey de los Judíos,» experimentó súbitamente la joven una extraña y profunda emoción en su alma. Como si una habitación cerrada y oscura fuese invadida de repente con torrentes de vivísima claridad, al penetrar por las ventanas repentinamente abiertas los rayos del sol del medio día, así le pareció á Catalina que fué iluminado en aquellos momentos el aposento de su alma por una luz maravillosa é indefinible. A favor de esta luz,

vió en la imagen de Jesucristo crucificado, circunstancias que hasta entonces apenas si habían logrado fijar su atención, y que en aquel momento despertaban en su alma un mundo de pensamientos y de afectos.

El rostro cadavérico que la imagen ofrecía, los ojos moribundos, las llagas de los pies y de las manos, la terrible herida del amante costado, por donde salía un río de sangre, y, sobre todo, la divina cabeza coronada de espinas, abriendo tantas fuentes cuantas eran las agudas puntas, eran para su mente nuevos é inagotables temas de profunda meditación, y para su pecho un vivo despertador de los sentimientos más íntimos y delicados.

Los pensamientos de soberbia y de vanidad que hasta entonces se habían enseñoreado de su cabeza, se borraron de ella al considerar á Jesús tan maltratado, injuriado y escarnecido por sus enemigos; y aquella sangre que le cubría el cuerpo por todos lados, fué parte para encender en el corazón de la joven la llama del amor más ardiente y puro al divino Salvador.

A favor de la misma divina luz que llenaba su alma, conoció Catalina las riquezas soberanas que cifradas se hallan en la humildad, y los inefables tesoros escondidos en la cruz de Cristo Jesús. Concibió los más generosos deseos de imitar al Amador divino que va de

lante de todos cargado con el peso de nuestros pecados; y postrándose allí de rodillas, anegados sus ojos en abundoso llanto, prometiéndole al Redentor castidad y pobreza, para mejor imitarle.

III

El hermoso espectáculo que á los ojos de Dios y de sus Angeles ofrecía el alma de Catalina, no podía ser agradable al infierno, que veía cómo se le escapaba tan buena presa, y cómo quedaba vencido y derrotado por tan tierna y delicada doncella.

Harto dió á entender el diablo la ira y despecho de que se sentía poseido en aquellos momentos, pues de repente se dejó sentir por toda la casa un horroroso estruendo acompañado de los más espantables y horrorosos bramidos.

El padre de la joven, que aun no se había levantado de la cama, y se hallaba en un cuarto inmediato al de Catalina, se despertó sobresaltado, y como desatinado, y fuera de sí al oír tal grito y zalagarda, empuñó una espada, y penetrando en el aposento de su hija, preguntóla si sabía de dónde provenía todo aquel ruido. Después de contestarle que ella no sabía nada, ordenóle que fuese á juntarse con su madre, mientras don Sancho iba regis-

trando todos los rincones de la casa, deseoso de dar su merecido á quien de tan extraña manera turbaba su reposo.

Comprendió la joven que el maligno causador de tan extraño suceso, no podía ser otro que el espíritu de desorden, de turbación y ruido, el cual no podía ver con buenos ojos cómo la paz, la luz y la hermosura de la gracia penetraban en el alma de Catalina.

IV

De día en día cobraba Catalina alientos más esforzados para seguir á Jesucristo por el seguro camino de la mortificación, ayudándose de todo género de virtudes. Íbanle sin embargo sus padres á la mano, y no le permitían soltar las riendas á su fervor, como ella hubiera deseado. Discreta y sabia estimadora de la hermosura del alma, holgábase en desestimar y aun disminuir, ya que destruirla no podía; la de su cuerpo, creyendo que podía ser ella parte para impedir ó dificultar la realización de sus santos propósitos.

Como viera Catalina que nada podía conseguir de sus padres respecto á tomar el hábito religioso en algún convento, acudió al Patriarca San José, de quien era muy devota, y le suplicó que la ayudase y favoreciese en sus intentos. Al llegar el hermoso día de la fiesta

del Santo, levantóse de la cama muy temprano, é inspirada sin duda por el castísimo Patriarca, en vez de adornarse, como acostumbraba, con los ricos vestidos que su condición y edad requerían, cubrióse lo más honesta y humildemente que pudo, con un hábito pardo y grosero, y de esta suerte vestida se fué á la iglesia.

Como quiera que el pueblo se fué acostumbrando á verla vestida de este modo, su padre no se opuso á ello, y Catalina pudo con más libertad y holgura consagrarse á una vida de penitencia, de oración y de sacrificio, sirviendo de edificación y buen ejemplo á las doncellas y á toda clase de gentes.

V

Catalina tuvo un hermoso ensueño. Parecióle que andaba por un camino muy difícil y angosto que serpeaba á la orilla de profundos y tenebrosos barrancos, á donde iba á precipitarse, por poco que se descuidase. No tardó, sin embargo, en acercarse á ella un Religioso con hábito de Carmelita descalzo, que le dijo: «Ven conmigo, hermana;» y la llevó á una casa grande, en donde acertó á ver gran número de Religiosas, que llevaban en las manos velas encendidas, cuyos resplandores brillaban en medio de la obscuridad. Preguntó Catalina

á las Religiosas qué religión era la suya. Pero todas callaron. Mas alzando luego los velos de sus rostros, observó Catalina que todas estaban muy alegres y sonriéndose. La Priora se acercó á Catalina, y tomándola de la mano, le dijo: «Hija mía, por aquí te quiero yo.» Y le mostró la Regla y las Constituciones.

Al despertar la joven, lleno el corazón de inexplicable alegría, saboreó una á una todas las circunstancias de su delicioso ensueño, aunque no pudo por entonces descifrarlo ni entenderlo.

VI

Ya los padres de Catalina habían muerto en la paz del Señor.

Su hermana doña María, al ver un día tras otro las grandes virtudes y santos ejemplos de Catalina, se aficionó también á las íntimas delicias de la virtud, y dió de mano á los devaneos, galas y vanidades en que antes había cifrado toda su ventura.

Como quiera que un Padre de la Compañía de Jesús acertase á ir á su pueblo, y confesándose con él, le contase Catalina el ensueño ó visión que había tenido, dijole el Padre que aquellas Religiosas de su ensueño no podían ser otras que las Carmelitas Descalzas, cuyos conventos estaba á la sazón fundando la admirable virgen Teresa de Jesús.

Inexplicable alegría fué la que experimentó Catalina al ver descifrado su ensueño, y desde aquel momento ya no pensó en otra cosa que en ser hija de la insigne Fundadora.

Hallábase la Santa en la ciudad de Salamanca entendiendo en la fundación de un convento, cuando fué sorprendida con una carta de D.^a Catalina de Sandoval, apoyada en la autoridad de personas principales, las cuales le suplicaban con devoción y grandes encarecimientos, que se dignase ir á su pueblo á llevar á cabo una nueva fundación.

Muy complacida quedó la Madre Teresa de Jesús de las buenas disposiciones y excelente espíritu de D.^a Catalina, y de muy buen grado le hubiese dado gusto, á no impedirlo gravísimos inconvenientes que difícilmente por aquel entonces se podían salvar.

Triste, muy triste se puso Catalina al recibir esta respuesta de la Santa Fundadora; en vano acudió al Consejo de Ordenes, como le había dicho hiciese la Madre Teresa, solicitando esta nueva fundación, pues nada pudo conseguir por espacio de cuatro años que duró la demanda.

VII

En este tiempo fué cuando Catalina, ya de suyo delicada, contrajo muchas y graves en-

fermedades. Padecía una fiebre continua y aseguraban los médicos que estaba tísica, aparte de otras dolencias no menos peligrosas.

— Ya puedes desistir de tus propósitos de ser monja — le decían sus deudos, — pues, aunque por un milagro de Dios, te admitieran en algún convento, te volverían á echar fuera, pasados pocos días.

Apenada estaba la pobre joven al considerarse tan lejos de aquello por que tanto suspiraba; pero no desmayó por eso su espíritu, apoyado en la misericordia y poder de Dios.

De ahí es que un día se sintió impelida en la oración á dirigir al Señor estas palabras:

— Señor, ó quitadme estos ardientes deseos del alma, ó haced de manera que se cumplan.

Entonces en el secreto fondo de su alma oyó resonar dulcemente estas palabras:

— Cree y espera, que yo soy el que todo lo puedo.

Difficil sería explicar, y menos comprender, la grandeza del consuelo que le causaron semejantes palabras. Fundándose en ellas, aunque sin revelarlo á nadie, Catalina dijo á sus deudos:

— Está muy bien lo que me aconsejais. Si dentro de un mes recobro la salud, entenderé que es voluntad de Dios que se haga aquí el monasterio, y que yo entre en él; pero si continúo enferma, desistiré, como me aconsejais, de tales propósitos.

—Convenidos, convenidos— exclamaron gozosamente los parientes de la joven, persuadidos de que era cosa poco menos que imposible que Catalina se pusiese buena.

Aún no había pasado un mes cuando Catalina se sintió interiormente acometida de un temblor tan grande, que su hermana D.^a María creyó que iba á espirar dentro de breves momentos. Pero lo que sucedió fué todo lo contrario. Pues, pasado aquel acceso, se quedó de repente completamente buena.

Para que no comprendiesen los demás que esta repentina mejoría era un particular beneficio del Señor, sino que era debida al cambio de otro clima más templado, mostró la joven deseos de mudar de aires, lo cual no permitieron el médico ni sus deudos, persuadidos perfectamente de que aquéllo no podía ser sino obra de Dios.

Todos pudieron ver entonces cuál era la voluntad divina, conforme á la cual no tardó en obrar D.^a Catalina.

VIII

Tres meses pasó D.^a Catalina en la corte, solicitando siempre, y no alcanzando nunca, la licencia para la nueva fundación de Carmelitas Descalzas.

Por fin resolvió dirigir su petición al mismo

rey Don Felipe, el cual así que supo que se trataba de Carmelitas Descalzas, le concedió en seguida el permiso para ello.

¡Con cuánta alegría lo participó D.^a Catalina á la Madre Teresa, y la suplicó con todas las veras de su alma, que, pues ya no había ningún impedimento, no tardase en venir á su pueblo á hacer la fundación!

Conociendo la insigne Fundadora que esta era la voluntad de Dios, salió del convento de San José de Avila, en donde á la sazón se hallaba, pasó por Toledo, de donde se llevó, para acompañarla, á las Madres María de San José é Isabel, y envió á buscar á la Madre Ana de Jesús y otras tres más, con el mismo objeto.

Dirigíase la Madre Teresa, acompañada de sus hijas, á la patria de D.^a Catalina de Sandoval, cuando sucedió lo que tan fácil era que sucediese en aquellos tiempos en que no había ferrocarriles ni apenas carreteras.

Pasando por Sierra Morena, los carreteros se perdieron en la fragosidad de aquellos montes, y no sabían qué camino tomar ni por dónde guiar los carros. Agréguese á esto que el terreno era sumamente accidentado y peligroso, de suerte que apenas podían dar un paso sin ponerse en riesgo de volcar los carros.

Al conocer esto la Madre Teresa, encargó á sus hijas que pidiesen á Dios y al glorioso San José que las guiase en aquel peligroso trance,

pues de tal suerte se habían metido entre riscos, que pasar adelante y hacerse pedazos los carros sería todo uno, y volver atrás era imposible.

Como lo encargara, y lo hiciera al mismo tiempo, la Madre Teresa, todas sus hijas dirigieron sus fervorosas oraciones al Señor, por intercesión del Señor y Padre San José, y estando así ocupadas, oyeron á un hombre, que en la voz parecía anciano, y que desde el fondo de un barranco les gritaba diciendo:

—Teneos, teneos, porque vais perdidos, y vais á despeñaros, si pasais adelante.

Pararon los carreteros al instante, no sin preguntarle á aquel anciano, que por dónde se habían de dirigir para verse libres de aquel peligro.

Respondióles que echasen sin cuidado por cierto punto, para lo cual había tan mal paso, que no fué mayor milagro atravesarlo, que el salir del peligro en que antes estuvieron.

Cuando se vieron libres y salvos de riesgo tan inminente, quisieron ir los carreteros á buscar al anciano que les había avisado, para expresarle su profundo agradecimiento y el de las Religiosas.

Así lo hicieron en efecto. Pero la Madre Teresa dirigiéndose á sus hijas, les dijo:

— No sé para que los dejamos ir. Porque el anciano aquel, no era sino nuestro Padre San José, y no le han de hallar.

Y así fué. Por más que los carreteros se empeñaron en encontrar al anciano, y registraron todos los rincones por las honduras del valle, no hallaron ningún rastro de él.

Desde aquel momento, andaron las caballerías con tanta ligereza y seguridad, que no parecía sino que volaban; y era preciso todo ello, si es que habían de llegar aquel día á la patria de D.^a Catalina.

IX

Con grande alegría y religioso entusiasmo fueron acogidas la Madre Teresa de Jesús y sus Hijas, no sólo por doña Catalina y su hermana doña María, sino también por los católicos vecinos de la villa de Veas.

Salió el Clero de la parroquia á recibirlas con cruz levantada, acompañándolas á casa de doña Catalina, en la cual se había de fundar el nuevo convento de Carmelitas Descalzas.

Al ver la noble y piadosa doncella los rostros de las Religiosas, conoció en seguida que eran los mismos que había visto en el maravilloso ensueño de antaño, como así se lo refirió á las Madres. Acertó á visitar en aquel entonces á la Madre Teresa un fraile lego, carmelita descalzo, llamado Fray Juan de la Miseria, y como le viera doña Catalina, afirmó

que era el mismo que acertara á descubrir en la susodicha visión.

Doña Catalina, que por este tiempo ya había recobrado perfectamente la salud, viendo logrados sus deseos, acariciados por espacio de tantos años, experimentó una de las mayores satisfacciones, sino la mayor, de toda su vida.

Por fin iba á tener la dicha de contarse entre las Hijas de la animosísima é incomparable Fundadora Teresa de Jesús, vistiendo el hábito de las Carmelitas Descalzas.

X

Era el día de la fiesta del Apóstol San Matías, cuando bajo la advocación de San José del Salvador, se fundó el nuevo convento, con gran contento de la población entera.

El vecindario contempló, conmovido y edificado á la vez, el bello espectáculo que ofrecían aquellas dos nobles doncellas, doña Catalina y su hermana doña María, al vestir aquel mismo día el hábito religioso.

En vano la humildísima Catalina trató de ser religiosa lega, con el objeto de llevar una vida más mortificada y penitente; porque de ningún modo se lo permitió la Madre Teresa de Jesús, antes le mandó bajo obediencia, que no fuese sino de coro.

Quien con tales principios entraba en el

convento, no es extraño que hiciera muy pronto los mayores progresos en la virtud y santidad, de modo que el Señor la considerase apta para recibir en breve el eterno galardón debido á sus grandes merecimientos.

XI

Enferma de gravedad se hallaba la entonces priora del convento de Veas, ó sea la Madre Catalina de Jesús, á quien conocen nuestros lectores.

Pocos días hacía que acababa de dejar este destierro por su verdadera y celestial patria, la insigne fundadora Teresa de Jesús, noticia que habían tenido sumo cuidado en que no llegase á conocimiento de su querida enferma las Religiosas de Veas. Conociendo ellas cuán tierno y profundo era el cariño que profesaba á Santa Teresa, temían, con razón, que tan triste nueva podría ser parte para agravar la enfermedad.

Estaba también allí el P. Fray Jerónimo de la Madre de Dios, provincial de Religiosos descalzos, el cual, aunque grandemente apenado por la pérdida que acababa de experimentar la Orden, procuró que nada de ello se descubriese á la enferma.

Un día, sin embargo, dirigiéndose al Padre Provincial y demás personas que le acompa-

ñaban, les dijo la Madre Catalina estas palabras:

—¿Cómo es que están tan tristes? ¿Acaso por la muerte de nuestra querida Madre Teresa de Jesús?

Y como trataran de disimular esta noticia, añadió:

—No, no traten de ocultármelo, porque el mismo día que murió la Madre Teresa, se me apareció momentos después de yo comulgar, y me dijo que iba á gozar de Dios Nuestro Señor, y que no tuviésemos pena por ello, pues que desde el Cielo, mejor que estando en este mundo, favorecería la Orden.

Poco después de decir estas palabras, el alma de la Madre Catalina, llena de méritos y de virtudes, se desprendía gozosamente de la vestidura de su cuerpo, para entrar, como es de creer, en la dichosa patria de los justos, y cantar allí, en compañía de la Madre Teresa de Jesús, las eternas misericordias de su divino Esposo, á quien sea todo honor y toda gloria. Amén.





DAMAS Y GALANES



CUÉNTENOS, cuéntenos usted otro cuentecito sobre Santa Teresa de Jesús.

—¿Otro cuentecito quereis? ¿Y ha de ser sobre Santa Teresa de Jesús precisamente? ¡Yo que ahora quería contaros uno sobre San Juan de la Cruz!

—Bueno; que sea sobre San Juan de la Cruz, pero á condición de que salga también á relucir en él nuestra querida y graciosa Santa.

—¡Golosina como esa! No habrá otro remedio que daros gusto. Aunque yo no sé si me sería cosa posible hablar de San Juan de la Cruz sin mentar á Santa Teresa, porque no solamente se encontraron y anduvieron juntos el uno y la otra por las encumbradas sendas de la perfección cristiana, sino aun por los

mismos caminos del mundo, y no ciertamente caminos de hierro, sino de carro, y aun de herradura, los más á propósito para perderse y casi casi despeñarse.

—Pues que sea un cuento sobre los dos á la vez, ya que tan amigos y compañeros dice usted que fueron Santa Teresa y San Juan de la Cruz. Pero, por Dios, que no se pierdan ni se despeñen en su cuento de usted.

—Yo os aseguro que no. Como que no fué durante el camino, muy largo y fatigoso por cierto, sino al llegar á una población, cuando sucedió que...

—¿Ya empieza el cuento? ¡Ay qué gusto! Diga usted, diga usted.

—Pues, como iba diciendo, una vez sucedió que Santa Teresa de Jesús se llevó consigo, como solía, á San Juan de la Cruz, para llevar á cabo una de sus muchas fundaciones de conventos.

El viaje había sido largo y penoso sobremanera, como hecho en malos carros, y por caminos más malos todavía. Pero, al fin y al cabo, después de mucho traqueteo y zarandeo, que los dejó molidos y quebrantados, Santa Teresa y San Juan de la Cruz, amén de otros compañeros de viaje, llegaron á las puertas de la población en donde debía verificarse la fundación del convento. Bajaron de los carros los fundadores, y fué de ver la alegría y regocijo

con que el inmenso gentío que había salido á recibirles, acogió y acompañó á Santa Teresa de Jesús y á San Juan de la Cruz, el cual iba al lado de la insigne Fundadora, siendo los dos objeto de las curiosas miradas de la multitud allí agolpada. San Juan de la Cruz, el humildísimo Carmelita Descalzo, no podía menos de llamar la atención de las gentes por su edificante compostura y por su rostro demacrado por los rigores de la penitencia.

Santa Teresa de Jesús, si también edificaba por su angelical modestia y el perfume de santidad que exhalaba, atraía asimismo y cautivaba las miradas y los corazones de la multitud, por su gallardo continente y por la hermosura de su rostro, que no podían encubrir del todo el velo y hábito religiosos. Cuadro precioso, amiguitos míos, digno de las miradas de Dios y de los Angeles. ¿No es verdad?

—Sí; pero... ¿qué más?

—¿Qué más? Que todo el mundo los contemplaba silencioso y asombrado de tanta religiosidad y virtud. Solamente, al pasar cerca de un grupo de alegres mozos, acertó á oirse una frase, no pronunciada de seguro con mala intención, y sí solo por chiste y donaire. «Mira, mira, dijo uno de los mozos, y qué arrogante moza lleva al lado el frailecito Juan de la Cruz.» Al oír esto el insigne Carmelita, no pudo menos de correrse y sonrojarse. ¿Pero

correrse y sonrojarse por aquel chiste Santa Teresa de Jesús? ¡Ca! Yo os aseguro que no.

—¿Pues qué es lo que dijo entonces Santa Teresa?

—¿Qué dijo? Con aquella cara de Pascua florida que Dios le había dado, y con aquella boca que nadaba en preciosísimas gracias, se vuelve entonces hacia el sonrojado Padre Juan y le dice: — «¿Con que la dama no se corre, y se corre el galán?»

—¡Chistosísima Santa! ¡Si no hay otra como ella! ¿Y sabe usted qué le dijo entonces San Juan de la Cruz?

—¿Qué había de decir el pobrecito? Se admiraría una vez más de aquel espíritu grande, real y generoso de la Santa, criado por Dios para las empresas más altas y admirables. Porque, escuchad lo que sucedió aquella tarde con la misma Santa Teresa y el mismísimo San Juan de la Cruz.

—¡Ah! ¿es que el cuento no se ha acabado todavía?

—¡Y qué demonche se ha de acabar, si ahora es cuando viene lo bueno! Porque, tornando á lo que yo decía, habeis de saber que así como Santa Teresa llegó á la casa de la población en donde se hospedó, y después de recibir algunas visitas que la Santa no podía excusar, quedóse platicando con San Juan de la Cruz sobre asuntos de aquella fundación.

Santa era ciertamente aquella plática habida entre almas tan espirituales y santas, y versando sobre un asunto tan santo como lo era aquella fundación religiosa. Mas—¿lo creereis, amiguitos míos? — poco á poco se fueron caldeando y encendiendo aquellos corazones en el amor de Dios, por quien tanto se fatigaban; pero de tal manera, que olvidándose de todo lo terreno, y embebecidos en la dulcedumbre de las cosas celestiales que trataban, no advirtieron que la conversación se había alargado más de lo ordinario. Pero si Santa Teresa y San Juan de la Cruz no sentían, al parecer, los efectos de tan penoso y larguísimo viaje, he de confesar que no sucedía lo mismo con el joven frailecito que les acompañaba, muy despierto al principio, pero luego medio dormido de puro rendido y fatigado. Ya procuraba despertarse, el pobrecito, viéndose sentado muy cerquita de la insigne y venerable Fundadora; pero... no podía, vamos, no podía con el tenacísimo sueño, y, quieras que no, mientras las almas de Santa Teresa y de San Juan volaban libremente por las alturas de los Cielos, el frailecito daba cabezadas á uno y otro lado, sin poderlo remediar. Después, ya no se contentó con dar cabezadas, sino que, vencido por completo del sueño, inclinó su cabeza hacia el lado en donde estaba Santa Teresa y reclinó su frente —¿en dónde direis? —

pues nada menos que sobre los hombros y casi sobre el pecho de la endiosada Santa. Hubo de advertirlo entonces el mortificadísimo Padre Juan de la Cruz, y...

—¿Le despertó?

—Está claro, quiso tocarle suavemente para despertarle y hacerle apartar la cabeza de los hombros de la Santa Madre Teresa. Pero ésta que lo notó, volvió su rostro á San Juan de la Cruz, y sonriendo, como deben de sonreír los Angeles en el Cielo, le dijo:—«Déjele, déjele vuestra reverencia, Padre Juan; porque, bendito sea Dios, ¿en dónde puede un hijo descansar su cabeza mejor que sobre el pecho de su madre?» ¿Qué os parece ahora de la queja de la Santa?

—¡Bendita sea su boca! ¡Que no hay Santa como ella! ¡Que es la más graciosa y chistosa de las Santas! ¡Que, en fin, nadie como ella sabe conquistar para Dios los corazones!

—Y no me negareis tampoco que es una Santa *andariega*, como la llamaban, y *baratona*, como donosamente se llamaba á sí misma, así como también toda una dama; pero andariega y baratona y dama á lo divino, como á lo divino eran los galanes que llevaba consigo.

—¿Galanes, dice usted?

—Sí. No faltaron lenguas (que resultaron más chistosas que murmuradoras), que hubieron de caer en la tentación de decir que Santa

Teresa de Jesús en sus fundaciones llevaba consigo damas y galanes. Y por eso, nada me ha parecido mejor que titular este cuento: *Damas y Galanes*. ¿En dónde, vamos á ver, encontraréis dama tan noble y pulida como Santa Teresa, ni galán tan... perfecto como San Juan de la Cruz?





UN ABRAZO DE SANTA TERESA DE JESÚS

AUNQUE todavía joven, era el señor Lorenzo un castellano viejo, afable, decidor y gracioso, católico rancio, acabado tipo de tierra de Salamanca, con quien me gustaba departir amigablemente.

¿Y cómo no? Alguna vez salía á relucir en nuestra plática el nombre de Santa Teresa de Jesús, de quien el señor Lorenzo era decidido y ferviente devoto.

—Desengañese usted, me decía en cierta ocasión, que Santa más campechana y garbosa y... en fin, más española que Santa Teresa de Jesús, no la encontrará V., por mucho que ronde el mundo.

—Claro está, le contesté sonriendo, que más

española que nuestra insigne Castellana, será cosa difícil encontrarla, siendo ella del riñón de Castilla; convengo en ello. Pero eso de campechana y todo lo que usted dice...

—¿Que no? Sin duda no habrá leído usted su vida, que ella misma escribió, ni sus cartas, ni... Vaya, se conoce que usted no sabe de la misa la media tocante á eso. Si usted fuese á dar un paseito por mi tierra, oiría contar cosas buenas. Allá en Alba de Tormes la guardamos como nuestra más querida y resalada prenda.

—Pues sepa usted, señor Lorenzo, que no uno, sino algunos paseitos he dado por su tierra, y he ido á Alba de Tormes, y allí he visto y palpado, más de lo que se figura usted, las cosas de la Santa.

—Pues entonces tambien le contarían á V. lo que allí, en el mismo Alba, sucedió al fundar Santa Teresa de Jesús el Convento de Carmelitas Descalzas.

—Sí, me contaron, y lo había leído antes, que aquella fundación fué inspirada por Dios á doña Teresa de Layz, la cual cedió su casa para hacer dicho convento, mereciendo recibir muchas y señaladas mercedes de Dios.

—¡Pero, calle usted por Dios, hombre! ¡Si eso es nada! ¡Si yo no me refiero á eso! — contestó burlándoseme el señor Lorenzo.

—¿Con que es nada lo que sucedió con doña Teresa de Layz? ¿Es nada el haber hablado á

los pocos días de nacer, cuando al preguntarle su madre, si era cristiana, dijo claramente:—*¿Sí, soy?* ¿Es nada el aparecérsese San Andrés y consolarla por no tener hijos, inspirándola que hiciese un monasterio, como después lo hizo en la casa que ella compró, y que era la misma, con el mismo pozo y corredor y patio, que vió en una visión que tuvo? ¿Y son nada, diga usted, señor Lorenzo, las demás cosas admirables que sucedieron á doña Teresa de Layz, según lo refiere la verídica Santa en su *Libro de las Fundaciones?*

—Lo que yo le digo —replicó el Señor Lorenzo— es, y V. perdone, que no me refiero á ninguna doña Teresa de Layz, sino á Santa Teresa de Jesús. ¿Lo entiende usted ahora?

—Pero como usted me hablaba de la fundación de aquel convento...

—Sí, señor: en la fundación de aquel convento pasó con Santa Teresa y un notario, lo que sin duda le contaron á usted allá, pero que lo habrá ya olvidado.

—Crea usted que de ningún notario relacionado con Santa Teresa me ha bablado nunca nadie.

—Pues yo se lo contaré á usted, y se desengañará para siempre de lo que yo le decía antes.

—Gracias á Dios. Empiece usted el cuento, señor Lorenzo.

—¿Cuento, dice usted? No me entretengo yo con semejantes tonterías.

—Siendo cosa de Santa Teresa, yo se lo aseguro, estará atenta y agradablemente escuchada. Empiece usted.

—Pues señor — comenzó, después de sonarse el señor Lorenzo — ha de saber usted que Santa Teresa de Jesús se vió en la precisión de comprar una casita, que estaba al lado de aquella que le dieron para hacer el convento, á fin de que el edificio fuera bastante capaz. Se concertó el precio entre la Fundadora y los dueños de la casita, y como á la Santa no le gustaba dejar las cosas en el aire, pues tenía mucha discreción y no menos experiencia de otras muchas fundaciones de conventos, se pasó en seguida á hacer la escritura de venta. Llamaron al notario de la villa de Alba, y, tris, tras, tris, tras, la escritura quedó extendida, firmada y sellada, como era costumbre.

—¿Ya se acabó el cuento, señor Lorenzo? Pues entonces...

—¿Se quiere usted callar? Lo que después sucedió, y no es cuento, fué que Santa Teresa, al recibir de manos del notario el papel de la Escritura muy bien plegadito, le preguntó:— «Y ahora diga su merced lo que he de darle por su trabajo.» El notario contestó con generosidad:—«Con que vuestra reverencia me dé un abrazo, me tengo yo por bien pagado de

todo.» ¿Y qué le parece á usted que hizo la Santa Madre entonces?—me preguntó el señor Lorenzo.—Pues lo hizo y habló como quien era, como la Santa más garbosa y más pulida castellana del mundo. Extendió los brazos, se acercó al notario y le abrazó, diciendo al mismo tiempo estas saludísimas palabras:—«Bendito sea Dios, que ninguna escritura me ha salido tan barata como esta.»

—¡Bien por Santa Teresa! exclamé yo entonces sin poder ocultar el gusto que me había proporcionado la salida chistosísima de la venerable Madre Teresa, que, á la edad de cerca de sesenta años, conservaba su inalterable buen humor y fina cortesanía.

—Calle usted, calle usted—añadió el señor Lorenzo,—que todavía no se ha acabado todo. Porque ha de saber usted que al notario aquel (que si no era todo malo, tenía mucho que corregir), yo no sé lo que le pasó en su alma al recibir el abrazo de la Santa; porque eso solamente Dios lo sabe; pero es lo cierto que, desde aquel momento en adelante, vieron todos en él otro hombre, un hombre cristiano de veras, muy piadoso y atento solamente á la salvación de su alma. ¿Verdad que fué un abrazo como hay pocos?

—Tiene usted razón, señor Lorenzo; el abrazo de un Serafín como Santa Teresa de Jesús, no podía sino encender en amor de Dios el

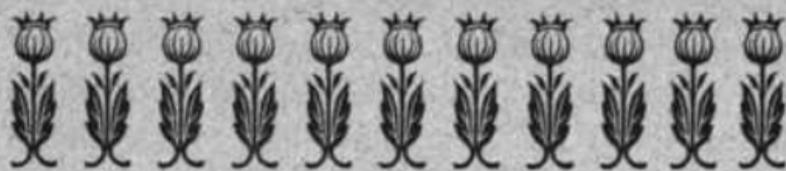
corazón de aquel hombre. ¿Quién lo duda?

—¿Y no tengo también razón al decir, como digo, que no hay otra Santa tan campechana y garbosa como Santa Teresa de Jesús?

—Sí, señor; sí, señor, también lo tiene usted, señor Lorenzo. Me ha convencido usted por completo.

Y convencidos de lo mismo creo que quedarán también mis lectores, después de oír á mi chistoso castellano viejo, de tierra de Salamanca.





LA CRUZ DE CAÑA



BUENAS tardes, tío Gregorio.

—Muy buenas las tenga V., señor D. Juan. ¿Tanto de bueno por mi casa?

—Sí, amigo. Estaba pasando por ahí cerca, y... ¡no faltaba más! vamos á ver el tío Gregorio, me he dicho, a ver si me cuenta algo de bueno que me consuele y haga bien.

—Eso V. es quien me lo hará á mí, Sr. don Juan. Porque uno es ya un pedazo de tierra, y, dígame V., ¿qué puede saber un pobre viejo como yo?

—¡Oh! mucho, precisamente por esto; porque ya es anciano, y ya ha visto V. mucho, y sabe otro tanto, por eso es que yo recurro á

V. Eso sí, quiero que hoy me diga V. algo de Santa Teresa, porque lo necesito, ¿sabe V.? Tengo unos amigos que se desviven por saber cosas de la graciosa Santa, y la verdad es que hoy nada me ocurre para decirles. Mas confío que V. va á sacarme de este apuro.

—Vamos, siempre estará V. de humor, señor D. Juan. ¡Que le saque yo de apuros! ¡Oh! y quiere V. que le cuente cosas de Santa Teresa, nada menos, de quien, aunque muy despabilada, se rió una vez con mucha gracia Su Divina Majestad. ¿De esa grande Santa quiere que le cuente? Vamos, calle V. por Dios.

—¿Su Divina Majestad dice V. que se rió?

—¡Vaya! y que se la pegó muy bonitamente.

—¿Pero á Santa Teresa? ¿Y lo sabe V. bien, tío Gregorio?

—Como tres y dos son cinco. Yo no sé en qué libros leen Vdes. que no han encontrado esto. Pues fue el caso que una vez sucedió que Santa Teresa estaba mirando desde una ventana de su Convento una procesión muy lucida que pasaba al anochecer por la calle. Iban allí muchos sacerdotes con sobrepelliz, cantando yo no sé que cantos, acompañándoles lo mejor y más granado del pueblo. Recuerdo que me decía mi abuelo, que esté en gloria, que los mozos llevaban en la procesión una imagen muy devota del Señor crucificado,

que solamente era sacada una vez al año, y que con sus miradas, yo no sé qué tenía que, vamos, hacía llorar hasta á los más endurecidos pecadores. Ahora, dígame V. lo que había de suceder con Santa Teresa al ver aquellos lastimosos y piadosos ojos de su Jesús crucificado. Llevaban también en una peana, toda de oro, una imagen de la Virgen María, que era lo que había que ver. Otras y otras peanas acompañadas de sus devotos con cirios encendidos en las manos, pasaron por delante de los ojos de Teresa, todo lo cual se lo estaba mirando desde su ventana la Santa, como embebecida y fuera de sí al ver tanta hermosura junta. Esto, como digo, agradaba tanto á Santa Teresa, que el corazón le daba vuelcos de alegría dentro de su pecho. Pero no es eso lo que más le llamó la atención: ¿qué vá á que no lo adivina V., Sr. D. Juan?

— ¿Serían los pendones de color y que flotarían al aire?

— ¡Ca! no, señor.

— ¿Por ventura los niños de coro cantando graciosas letrillas?

— Tampoco.

— Pues no sé. ¿Acaso serían las hachas y faroles que, formando hileras, tan bonitos parecen de noche en las procesiones?

— Menos aún.

— ¡Ah! Ya lo sé. Serían los frailecitos pa-

sando de dos en dos, con sus variados y holgados hábitos, y edificando á todo el mundo con su piedad.

— No, señor; no, señor.

— ¿Pues qué era? diga V. ¿Tal vez el ruido de las campanas echadas al vuelo, cuando todas las gentes se arrodillan en la calle al pasar el Señor y le piden misericordia? Vamos, ¿era eso?

— ¡Qué había de ser, hombre!

— Pues lo que es yo no estoy para romperme más la cabeza; dígamelo V., que ya me doy por vencido.

— ¿Sí? Pues ha de saber V. que lo que más llamó la atención á Santa Teresa asomada á la ventana del Convento, no fue la imagen del Divino Redentor, aunque era muy piadosa; ni fué la de la Virgen María, por más que fuese, como lo era, hermosa como cien soles; ni las de los demás Santos, que eran á cual mejor; ni fueron aquellos hermosos pendones que daba gusto como los azotaba el viento; ni la multitud de luces brillando como estrellas en la oscuridad; ni las muchísimas gentes que desde las ventanas y desde la calle estaban mirando como pasaba la procesión, dando claras señales de su veneración y piedad; ni...

— ¡Canario! acabe V. Pues ¿qué era?

— Yo se lo diré á V. Iba detrás de toda la procesión una monja carmelita que, muy po-

quito á poco, y haciendo grandes esfuerzos, caminaba llevando asida de ambas manos una cruz.

—Sería, es claro, una enorme cruz de madera, ó tal vez de bronce ó de hierro; y está claro, ¿cómo había de poder llevarla la pobrecita?

—Pues no, señor. El caso es que la pobrecita monja, por más que hacía de tripas corazón, no podía con la cruz, y á punto estuvo de dar de bruces en el suelo, muchas veces, que crea V. que daba lastima. Y eso que la cruz era de...

—¿De qué?

—De caña.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!

—¿Se ríe V.? También se rió desde su ventana Santa Teresa, al ver á la pobre Carmelita haciendo esfuerzos desesperados para llevar la cruz de caña. Pero sepa V., y aquí está lo bueno, que en aquel mismo momento se apareció junto á ella Su Divina Majestad, el cual viendo á su Teresa comiéndose á duras penas la risa, no pudo menos de decirle:— «¡Hola, Teresa! ¡estamos muy contentos! ¿podrá saberse de qué te ries tanto?—¿Pues no me he de reir, Señor? Asómese Su Divina Majestad, por esta ventana, y verá lo más divertido del mundo.» Asomóse Su Divina Majestad, y se hechó á reir, diciendo al mismo tiempo;—

«¿Pero no has mirado bien quién es aquella monja?—No le he visto aún la cara, contestó Teresa:—Pues, mírala bien, y conocerás que no es otra que Teresa de Jesús. ¡Teresa de Jesús no pudiendo con una cruz de caña! ¡Ja!... ¡ja!... ¡ja!... Riámonos en hora buena.»

Ante una respuesta tan inesperada, la risa se le secó á Santa Teresa en los labios, so pena de burlarse de ella misma; pero el Señor continuó riendo del papel poco airoso que hacía la Santa en la procesión.

—Conque ¿qué le parece á V., Sr. D. Juan? ¿Se la pegó, ó nó, Su Divina Majestad á Santa Teresa?

—¡Vaya, si se rió de ella, tío Gregorio!

Yo entonces me dí á pensar en lo que podría significar la cruz de caña llevada por las manos de Santa Teresa, que tantas y tan pesadas llevó durante toda su vida, como que ellas eran todo su gozo y alegría, según ella aseguraba; de suerte que no dudaba en afirmar que «las cárceles, los trabajos, las persecuciones, los tormentos, las ignominias y afrentas por su Cristo y su Religión, eran regalos y mercedes para ella.» Acaso quiso el Señor significarle con esto (dado que en la peregrina narración del tío Gregorio queramos buscar alguna enseñanza) que todas las cruces, por pesadas que ellas fuesen, que Él enviaba á su

Teresa, eran ligeras y de poco tomo, ayudándole Su Divina Majestad á llevarlas.

Aunque, si yo he de decir la verdad, lo que á mi parecer resalta más en estas narraciones y cuentos populares, en que un papel tan importante representa Santa Teresa, no es otra cosa que la cariñosa intimidad de amigos y perfecta inteligencia de enamorados que existían entre Jesús y su amadísima Teresa. Como tales, esto es, como amante y amada me los figuro en el cuento del tío Gregorio, donde se ve á Jesús como ganoso de deleitarse y solazarse con una de las almas más puras que han existido. A este fin hace que se ofrezca á los ojos de Teresa un espectáculo por tanta manera gracioso, que llegue á excitar su risa, todo con la intención divinamente maliciosa, de que sus graciosas burlerías vengan á recaer sobre ella misma, de quien no acaba de reirse con donaire el mismo Jesús. Así, divirtiéndose con estas deliciosas jugarretas propias de enamorados, es como la piadosa imaginación de nuestro pueblo nos pinta á Jesús y su Teresa, á través de cuyas imágenes, que no dejan de ser chistosas y originales muchas veces, nadie habrá que no sepa descubrir la íntima y estrecha unión que existía entre el Divino Jesús y el alma inocentísima de Teresa.

Mas dejándome de cavilaciones, que yo no sé si vienen á cuento, pero sí sé que no son

del cuento, me dirigí al tío Gregorio, preguntándole al tiempo de levantarme y coger el sombrero:

— Pero ¿en qué quedamos? ¿me cuenta ó no me cuenta V. algo de Santa Teresa?

— Pero, ¡ si se lo he dicho ya, Sr. D. Juan! ¿No vé V. que uno no sabe en dónde tiene su mano derecha? ¿Pues cómo quiere que le diga este zopenco cosas de Santa Teresa? Aunque eso sí que lo digo: si yo tuviese memoria y me acordase de lo que me contaba mi abuelo, que Dios haya, créame V. que se iba á chupar los dedos de gusto. Porque, vamos, lo que es él, cuando se ponía á contar cosas de Santa Teresa, daba gusto: se podían alquilar sillas para oírle.

— Pues nada; procure V. entretanto recordar para otra tarde alguna de aquellas cosas tan sabrosas; que yo le aseguro, tío Gregorio, que no se hará de esperar; dije al despedirme de mi anciano amigo.

No hay remedio, pensé en seguida. Lo que es hoy voy á decirles á mis buenos amigos, que no cesan de pedirme cuéntos teresianos, que me dispensen por esta vez; si tanto llegasen á apurarme, porque hasta este extremo les podría llevar su afición á las cosas de la Santa, les diría sin andarme con rodeos:— Pues, amiguitos, perdonad. Yo no sé inventar fábulas, ni forjar mentiras, y si algo os cuento,

es preciso que venga un tío Gregorio de carne y huesos que me lo cuente á mí antes, salvo si acierto á dar con alguna abuelita como la de marras, que en un dos por tres me meta en el cuerpo un cuento de los sonados. Cuanto á abuelitas como aquella, no he podido topar con ninguna, ni por un ojo de la cara; y cuanto al tío Gregorio, ya habéis visto que no está hoy para cuentos.

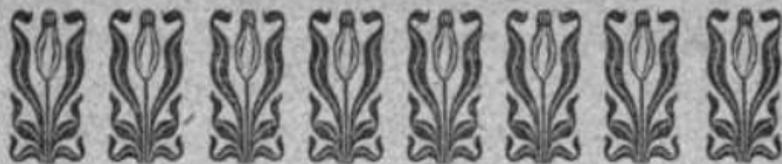
Pero, si así y todo, quisierais un cuento teresiano, ¡qué diantre! casi, casi me vienen tentaciones de deciros, no importa que con ello haya de enojaros: —¿Conque decís que quereis un cuento?... Pues ya lo teneis. Apuntad lo que acaba de contarme el tío Gregorio, añadid lo que yo en voz alta he pensado, poned á esto un título cualquiera, que por eso no hemos de reñir: *La Cruz de caña*, por ejemplo; y cata aquí que teneis un cuento teresiano, flamante, original, que no hay más que pedir.

Mas quiero aprovechar un poco de papel en blanco que me queda, para deciros, mis buenos amigos, que la cruz de caña ¿sabeis vosotros quién la lleva? Pues, si señores, sois vosotros mismos y yo también, por supuesto, quienes llevamos sendas cruces de caña; que no otra cosa pueden llamarse las pequeñas cruces que nos envía Su Divina Majestad. Cruces de caña, y muy de caña, si señor, son esas pequeñas tribulaciones, esas ligeras con-

triedades, esos trabajos, tan grandes si se ha de creer á nosotros, pero de tan poca monta en realidad, y que sin embargo (preciso es confesarlo), dan al traste con todas nuestras fuerzas, merced á nuestra cobardía y nuestra desconfianza en el Señor. Yo, amigos míos, no lo sé; pero témome mucho que de nosotros venga á reirse Su Divina Majestad (y no con tanto gusto como se reía de su Teresa) cuando nos mira tropezando y cayendo — ¡y ojalá no sea del todo caídos! — bajo el liviano peso de una cruz insignificante, ligera, de caña, en fin.

El Señor nos dé fuerzas para llevarla, ya que de caña y todo como ella es, malhaya si podemos, por nosotros mismos, levantarla un sólo palmo del suelo.





EL ESTUDIANTE DE SALAMANCA

Y SANTA TERESA

SEÑOR Lorenzo! ¡señor Lorenzo! —llamé un día á aquel mi amigo de tierra de Salamanca, que andaba muy apri- sa delante de mí, y de quien tal vez se acuerden mis lectores.

—¿Qué quiere V.? Hable V. por Dios, que llevo prisa, me contestó.

—¿Sabe V. lo que quiero? Decirle solamente que el cuento aquél del abrazo de Santa Teresa que V. me contó hace poco, aunque agradó á algunos, á otros les pareció mal, increíble el caso, y en fin, no lo quiera V. saber, señor Lorenzo.

—Pues haga V. el favor de decir á los tales, que no conocen á Santa Teresa de Jesús, ni siquiera por el forro. ¡Válgame Dios y con qué gentes nos las hemos de haber en estos tiempos! Pues, entonces diga V. que á aquellos señores también les parecería mal, increíble y todo lo demás el cuento, digo, lo que sucedió á Santa Teresa con un estudiante de Salamanca.

—¡Quién sabe! Eso según como sea el sucedido. Porque ya se sabe que con estudiantes de Salamanca le pasaron á la Santa algunas cosas, según ella cuenta, y refiere algunas otras su historia.

—Usted perdone, pero cuando se trata del estudiante de Salamanca y Santa Teresa, todo el mundo está al cabo de la calle de lo que pasó, cuando menos en mi tierra. ¿Tampoco sabe V. eso?

—No comprendo á qué caso se refiere usted. A no ser que se refiera á lo que en la noche de las Animas le pasó á la Santa con unos estudiantes que, habiendo tenido que abandonar el destartalado caserón que habitaban por haberlo alquilado la Santa para fundar en él un convento, se enojaron ellos contra las monjas de tal suerte, que la compañera de la Santa (ésta no, por supuesto,) no pudo dormir en toda la noche, pensando si realizarían ó no sus amenazas.

—No, señor, no hablo de esos estudiantes que, pasada la primera impresión, fueron después unos buenos chicos, y más adelante (ya lo sabrá V.) fueron unos respetables Padres Carmelitas. No hablo de esos. Hablo de un estudiante que fué...

—Ya, ya comprendo, señor Lorenzo: V. se referirá sin duda á aquel estudiante tan ligero de cascos, de quien se cuenta que todos los días andaba rondando la iglesia, el torno, y por poco que pudiese, se metía en el locutorio preguntando mañana y tarde por una gentil y hermosa doncella que hacía poco había hecho su entrada en el Claustro. Pero ya sabemos, señor Lorenzo, que de poco le sirvieron al atolondrado muchacho todas sus tretas y recados, misivas y sobornos, porque, amiguito de Dios, un día fué la misma Santa la que, con gravedad de Reformadora, le amenazó con estas palabras: «Basta ya, señor estudiante, de rondar esta casa. Mire vuestra merced que hay un Dios en el cielo, y considere que no falta tampoco un Rey en la tierra.» Nada más fué necesario para auyentar á mosca tan importuna.

—Todo lo que usted quiera, señor mío; pero no es ese tampoco mi caso, —añadió el señor Lorenzo.—Extraño mucho que V. no sepa nada de mi estudiante, de aquel que un día se presentó...

— ¡Ah! No diga usted nada más, señor Lorenzo. Se presentó en una librería de Salamanca ¿verdad? y preguntando al librero por los libros nuevos que se habían publicado, le sacó aquél los libros escritos por la Santa. «¡Bah! exclamó, ¡libros de monja! No quiero tales libros.» Pero tanto se los encareció el librero, que al fin hubo de tomarlos. Los leyó dicho estudiante, y tal efecto produjo la lectura de los libros de la Santa en el alma de aquel joven, que se cuenta (y yo lo creo, porque eso mismo ha pasado á muchos), que de vicioso y libertino que era, se hizo un joven piadoso y ejemplar. ¿Es eso, señor Lorenzo?

— ¡Que no señor! ¡Que no señor!—contestó casi enfurruñado el señor Lorenzo. —Todo esto que usted ha contado será verdad y será bueno, confieso que lo es, pero... ¿quiere usted que se lo diga francamente? todo eso no tiene pizca de gracia, ni de sal, ni... en fin, no es ese mi cuento, que ya no se lo quiero contar, porque usted me ha entretenido aquí demasiado.

—Por Dios, señor Lorenzo; voy á callarme. Cuente usted por Dios, y dígame quién era y qué hizo el estudiante de su cuento de usted.

—Pues ha de saber usted que era un muchacho muy listo. ¡Figúrese usted si lo sería cuando habiendo oído decir que había en Salamanca una monja llamada Madre Teresa, que era muy hermosa, y á más de hermosa

muy discreta, y sobre todo, santa, tuvo ganas, muchas ganas de conocer y hablar á persona adornada de tan preciosas cualidades. Pero es el caso que mi estudiante, como forastero que era, no tenía ninguna relación ni trato con personas de la ciudad que pudiesen presentarle ni recomendarle á la Santa. ¿Cómo hacerlo? «¡Qué demonche! se dijo á sí mismo. Yo mismo me presentaré en el torno del convento de monjas carmelitas y preguntaré por la famosa monja.» Pues señor, así como lo pensó, así lo hizo. Una mañana, después de salir de la Universidad, se encaminó al Convento de Carmelitas, se dirigió al torno, y dando en la madera unos golpecitos con la mano, llamó: — ¡*Deo gratias!*

—A Dios sean dadas, contestó una voz suave y sonora.

—Usted perdone, Madre mía, pero desearía hablar con una Madre.

—Dígame vuestra merced cómo se llama esa Madre.

—Se llama Madre Teresa de Jesús.

—¿Madre Teresa de Jesús?

—Sí, la Madre Teresa de Jesús.

—Pues entonces...

—¿Tendría usted la bondad de avisarla?

—No será necesario.

—¿Es que no está aquí? ¡Tantas ganas que tengo de conocerla y hablarla!

—Está usted hablando con ella.

—¡Ah, cuánto me alegro! Porque me han dicho que la Madre Teresa de Jesús es una monja muy hermosa.

—Pues á la vista está.

—¡Diantre! Pero yo no la veo (dijo murmurando por lo bajo el estudiante). Y que además es una monja muy discreta.

—Eso lo dirá la conversación. ¿Y qué más?

—¿Qué más? Que además de hermosa y discreta, es santa.

—Eso lo dirá el tiempo.

Con la sonrisa en la boca se quedó al acabar de pronunciar este diálogo el señor Lorenzo. Y yo no pude contenerme sin exclamar:

—¡Ajajá, señor Lorenzo! ¡Caracoles si fué la Santa discreta con el curioso estudiante! ¿Verdad, señor Lorenzo?

—¡Pues no lo ha de ser! Y ahora diga V. si hay ó no sal y gracia y chiste, y hasta hermosura y santidad, todo lo que usted quiera, en las respuestas de Santa Teresa. Porque, vamos, cosas semejantes, desengáñese usted, no las hallará usted sino en la santa Madre Teresa de Jesús de mi tierra castellana. ¿Lo oye usted?

—¡Eh, señor Lorenzo! Poquito á poco. Diga usted: de nuestra tierra española, porque también nosotros la queremos mucho. Y la prueba está en que sus cuentos de V. nos saben á gloria. ¿Verdad que nos contará V. otros?



UN PINTOR DE BROCHA GORDA

I

IGNORO si vosotros habeis oido hablar alguna vez, amiguitos míos, de un tal Fray Juan de la Miseria. Sí, sí, de la Miseria, no me he equivocado. Ni tenéis que admiraros tanto de un apellido, al parecer, tan bajo y miserable.

¿Que no le conocéis? Paréceme cosa imposible que, al pedirme cuentos teresianos, no os haya presentado aún la figura de este bendito varón, que á mi entender merece ser dibujado, aunque hermano lego, no por un pintor de brocha gorda, como reza el título, sino por un Apeles, un Rafael ó un Murillo.

Aunque, si he de deciros la verdad, el retrato de Fray Juan no necesita de pincel

semejante, porque lo tenemos ya, y hecho de mano maestra y con pincel tan divino, que de una sola pincelada, lo ha hecho inmortal por los siglos de los siglos.

Con deciros que la pintora no fué otra que Santa Teresa de Jesús, aquella celestial y aún no aventajada Escritora que con pluma de oro, ya lo sabeis, no sólo escribe, sino se diría que á un mismo tiempo borda, pinta y esmalta en el papel sus más íntimos pensamientos y afectos; con deciros esto, creo que basta.

Pero no basta lo dicho, amigos míos, para daros á entender, y para que vosotros conozcais, como yo deseo, los motivos y razones que tuvo la Santa para, con su pluma, inmortalizar á Fray Juan de la Misericordia.

Fueron motivos y razones de la más fina gratitud.

Figuraos vosotros que antes de esto, el mismo Fray Juan, que era pintor, dibujó y pintó sobre el lienzo, no diré como lo hiciera un Rafael, ni siquiera Murillo, ya me guardaré yo de ello; pero en fin, el caso es que retrató del mejor modo que supo, y con toda la delicadeza de perfiles de que era capaz su pincel, ó brocha, retrató á...

Por ahora no importa decir á quién. Lo que importa es que conozcais á nuestro héroe, y para ello habeis de saber, que sucedió un día que al verle unos conocidos salir á la calle bien

armado de su paleta, pinceles y demás trebejos de un pintor, amén de un lienzo arrollado debajo del brazo, le preguntaron:—¿A dónde se vá, hermano Juan, con toda esa carga?

—¿A dónde? A donde vosotros quisierais venir, para verlo y husmearlo todo; pero no vendreis, curiosos.

—¡Hola! ¡hola! ¿Conque se trata de algo que vale la pena, eh? Ya le ayudaremos á llevar la carga.

—¡Cabalito! Ahora mismo, enseguidita os voy á invitar; aguardad un poquitillo; pero sentados ¿eh?

—¡Qué! ¿Se trata de algún retablo de altar ó del retrato de alguna dama? Díganos la verdad, hermano Juan.

—¿Acabaremos? Por no haceros sufrir, os lo diría, pero á condición de que no seais machacones. Es un gran secreto. Habeis de saber que, después de haber restaurado en el convento de Carmelitas algunas pinturas, tengo el encargo de hacer el retrato de una dama, cuya encantadora hermosura no pueden contemplar ojos profanos, ni es permitido retratarla más que á un sólo pincel, al dichoso pincel de este pobre Fray Juan de la Miseria.

—¿Cómo? Padre Juan, no de la miseria, sino de la dicha, le llamaremos desde ahora, si es verdad lo que nos cuenta.

—De la dicha; teneis razón. Porque, vamos,

yo nunca creí poder emplear mis pinceles en semejante retrato. Ella, tan humilde, tan modesta y recogida, tan ejemplar religiosa, tan... ¿cómo presumir que consentiría jamás en retratarse?

—¿Conque ¡calle! además de dama, y de hermosa, es también monja la que V., Padre Juan de la ventura, va á retratar en este momento? ¿Y la melindrosa ha consentido al fin?

—Callad y no disparateis, mentecatos; porque si ha consentido en retratarse la Madre Teresa de Jesús, ha sido solamente por obediencia, nada más que por santa obediencia á su prelado.

—¡La Madre Teresa de Jesús! ¡La gran Fundadora! ¡La graciosísima y amabilísima Santa!

—Ella misma. ¿Qué os parece?

—¿Y V. también por obediencia, y sólo por obediencia, la va ahora á retratar, eh?

—Yo la voy á retratar por obediencia, y también con mucho gusto y fina voluntad. ¿Lo cyen ustedes, señores malas lenguas?

—Vengan, vengan esos pinceles, hermano Juan; ya le ayudaremos nosotros á llevarlos; si no, se va á cansar usted demasiado.

Pero Fray Juan de la Miseria, sin contestarles siquiera, prosiguió con mucha prisa su camino, procurando recobrar el tiempo que había perdido platicando con aquellos sus conocidos.

Ello es que estaba Fray Juan tan satisfecho y orgullosote de la obra que se le había confiado; tan llenos estaban su cabeza y su corazón y todo su ser de cosas alegres y de pensamientos y afectos de color de rosa, al pensar que iba á retratar nada menos que á la Madre Teresa de Jesús, que no le era posible, ¿qué le había de ser posible? andar por la calle sin echar á fuera algo siquiera de lo que le hacía sumamente feliz. ¡Si reventaba de alegría!

Al Padre Gracián le hubiera dado entonces uno y mil abrazos por el felicísimo pensamiento que tuvo de obligar, bajo santa y rigurosa obediencia, á retratarse á la Madre Teresa.

¡Muy bien hecho; sí, señor! Si á ella le repugna el retratarse, que se mortifique, y lo lleve con paciencia, y que tome esto como una cruz más, ya que tantas y tan pesadas le ha concedido Su Divina Majestad, y las lleva tan guapamente.

Esto estaba pensando Fray Juan mientras andaba correteando por la calle, hasta que llegó al convento de Madres Carmelitas Descalzas, de Sevilla.

II

— A ver, á ver, Madre Teresa, cómo en poco tiempo la saco aquí en el lienzo, pero de manera que parezca que esté viva — decíale Fray

Juan de la Miseria á la Santa, que sentada en frente de él, contemplaba, sin poder contener la sonrisa, al bendito lego, y aún más bendito pintor, el cual rebotando satisfacción se disponía á comenzar el retrato.

—Eso es, Fray Juan; á ver cómo en poco tiempo me saca y se acaba todo,—contestó la Santa.

Fray Juan, una vez hubo preparado y puesto en el caballete el lienzo, afilado lápices y preparado pinceles y colores, cruzando los brazos, levantó los ojos, y con el solemne y grave ademán de inspirado artista que va á comenzar su obra, se puso á mirar de hito á hito á la Santa.

Esta levantó el velo de su rostro, procurando, aunque en vano, apagar del todo la sonrisa de sus labios.

El fraile pintor, que había hablado muchas veces con la Madre Teresa de Jesús, y observado su elevada y bien proporcionada figura, su gracia y donaire en el hablar y movimientos, no la había visto nunca, sin embargo, con el rostro descubierto, como ahora la contemplaba á su sabor y á buena luz.

—¡Madre de Dios! — exclamó para su sayal el sencillo y asombrado lego. — Nunca hubiera dicho que á su edad fuera tan apuesta y hermosa nuestra Madre. ¡Qué blanco y sonrosado, qué redondo y gracioso es su rostro!—

seguía pensando.—¿Y la espaciosa frente? ¡Válgame Dios! ¿Y esas cejas de gracioso perfil y que tiran á rubio? Apurado me veré con esos ojos suyos tan negros, vivos y graciosos que siempre parecen reírse. En cambio, espero lucirme con esos preciosos lunares que tiene en la cara. Ya los veo; son tres: uno entre la bien perfilada nariz y la boca, que no parece sino un clavel; el otro en la mejilla izquierda, y el otro en la barba, que con ese hoyuelo que tiene al sonreírse, también me costará no poco sacarla bien. En fin, la figura no puede ser más hermosa; sólo falta... En Dios y en mi ánima que no se ha de perder por mi pincel. Vamos á ello.

—Loado sea Dios que ya empieza vuestra merced —murmuró la Madre Teresa.

—Es verdad que... (contestó tímidamente el pintor). Pero ya voy. Ahora sí que va de veras. Lo que conviene es que vuestra reverencia se ladée hácia la derecha... no tanto, no tanto... Así, muy bien. Pero ¡por Dios! ha de levantar vuestra reverencia un poco más la cabeza, un poco más... ¡Si no se le vé el rostro!... Así, así está bien... Aunque no se ha de mover, eso no. ¿Qué se ríe vuestra reverencia?

La Santa, en efecto, á duras penas podía contenerse, y á punto estaba de soltar la risa.

—Vamos, acabemos, así... —prosiguió el pintor. — Pero ahora ¡válgame Dios! se pone

demasiado grave. ¡Jesús, qué seriedad tan grande! No le está bien á vuestra reverencia... de ninguna manera. Un poco de sonrisa...

Al llegar aquí, la Madre Teresa de Jesús, sin poderlo ya remediar, no pudo menos de soltar la risa. Al oírla Fray Juan, un poco si es ó no es malhumorado, aunque procuró disimularlo, dijo:

—Si así vamos, ¡válame Cristo! yo le aseguro á vuestra reverencia que no acabamos ni el día del Juicio por la tarde.

—Perdone vuestra merced, Fray Juan —añadió la Madre,— que una á veces no puede hacer lo que quisiera. Nada de risa ya.

Se puso el bendito Fray Juan á dibujar y pintar con grande ahinco en el lienzo, mirando y remirando al hermoso y venerable original que tenía á la vista. No una, sino muchas y repetidas veces la hizo cambiar de postura y le dirigió mil avisos y advertencias. Ya le decía que se pusiera de este lado, ya del otro; ora le advertía que alzase los ojos, ora que los bajase; ahora que alargase el brazo derecho, ahora el izquierdo; de suerte que el sencillo, y un si es ó no es vulgarote artista, fatigó y mortificó cuanto hay que decir á la insigne Fundadora.

El trabajo duró algunas horas, que fueron de verdadera penitencia para la obedientísima Madre.

A los pocos días, Fray Juan presentó á ésta concluido del todo el retrato, al cual el bueno del pintor había dado los últimos toques, á solas y con estudiosa detención, en la celda de su convento.

—Aquí tiene vuestra reverencia—le dijo rebosando satisfacción y contento,—aquí tiene la verdadera efigie y retrato de la Madre Teresa de Jesús.

—Veamos la obra de vuestra merced,—dijo la Santa tomando el lienzo en las manos.

—¿Lo ve vuestra reverencia?—preguntó el bendito pintor de la Misericordia no apartando los ojos del rostro de la Madre.—Se diría que está viva y hablando en el lienzo.

—«Dios te lo perdone, Fray Juan—contestó sonriendo la Madre Teresa—que me has hecho padecer aquí lo que Dios sabe, y al cabo me has pintado fea y legañosa» (*).

Con las cuales palabras, amiguitos míos, ¿no os parece que dejó bien pagado al pintor Fray Juan de la Misericordia?

¿Y no os parece, asimismo, que si á la Santa no-le faltaba hermosura, como habeis oido asegurarle á Fray Juan, tampoco le faltaba discreción, donaire y donosura para darle la paga merecida?

Porque, creedlo, amiguitos míos; tengo para

(*) Histórico. Palabras textuales.

mí que por ninguna de sus pinturas, ni por ninguno de sus cuadros, sino por las palabras de la Santa se ha hecho célebre, casi inmortal, el hermano lego Fray Juan de la Misericordia.

«Dios te lo pague, Fray Juan,» le dijo la Santa; y Dios se lo ha pagado, haciendo que su nombre tan humilde, aunque sea «de la Misericordia,» vaya enlazado al de la incomparable escritora Santa Teresa de Jesús.

III

Al pié de este cuento quisiera poderos poner, amigos míos, el retrato dibujado por Fray Juan. ¿Cómo hacerlo? El de Fray Juan, en donde aparece la Santa «fea y legañosa,» y que lo conservan, según se dice, las Madres Carmelitas, de Zaragoza; ése no puedo, ni... vamos, ni tampoco quiero ponerlo ante vuestros ojos. ¡Hubiérala retratado mejor! En cambio pondré ante vuestras miradas, el retrato á la pluma que, con admirable y verdadero colorido, dibujó el P. Doctor Francisco de Ribera, que no era ciertamente pintor de brocha gorda. Leed, amigos míos, lo que dice:

«Era de muy buena estatura, y en su mocedad hermosa; y aún después de vieja parecía hartó bien; el cuerpo abultado y muy blanco; el rostro redondo y lleno, de muy buen tamaño y proporción; la color blanca y encar-

nada; y cuando estaba en oración se le encendía y se ponía hermosísima, todo él limpio y apacible; el cabello negro y crespo, y frente ancha, igual y hermosa; las cejas de un color rubio que tiraba algo á negro, grandes y algo gruesas, no muy en arco, sino algo llenas; los ojos negros y redondos, y un poco papujados (que así los llaman), y no sé como mejor declararme: no grandes pero muy bien puestos, vivos y graciosos, que, en riéndose, se reían todos y mostraban alegría, y por otra parte muy graves cuando ella quería mostrar en el rostro gravedad; la nariz pequeña y no muy levantada de enmedio; tenía la punta redonda y un poco inclinada para abajo; las ventanas de ella arqueadas y pequeñas: la boca ni grande ni pequeña; el labio de arriba delgado y derecho; el de abajo grueso y un poco caído, de muy buena gracia y color; los dientes muy buenos; la barba bien hecha; las orejas ni chicas ni grandes; la garganta ancha y no alta, sino ántes metida un poco; las manos pequeñas y muy lindas. En la cara tenía tres lunares pequeños, al lado izquierdo, que la daban mucha gracia: uno más abajo de la mitad de la nariz; otro entre la nariz y la boca, y el tercero debajo de la boca. Toda junta parecía muy bien y de muy buen aire en el andar; y era tan amable y apacible, que á todas las personas que la miraban comunmente aplacía mucho.»

¿Os gusta amigos míos, el retrato hecho por el Padre Ribera? Teniendo éste á la vista, creo que no echareis de menos el del bendito Fray Juan de la Miseria, y la Santa se os representará tan hermosa como ella era, ¡y como ella es ahora, aunque infinitamente más bella, en los esplendores de la Gloria!





FRIENDO UN PAR DE HUEVOS



VERDAD que no habrá almorzado vuestra merced? Aguárdese, pues, un poco, que le sacaré alguna cosilla, — dijo la Fundadora Madre Santa Teresa de Jesús á un arriero que acababa de traerle de lejos unas cartas á su convento de San José, de Avila.

Y el buen hombre, encantado con la amabilidad y dulzura de la Madre Teresa de Jesús, no tuvo otro remedio que aguardar (y lo aguardaba con gusto) el desayuno que le daría la Santa.

Fuése ésta á la cocina, descolgó una sartén, echó en ella aceite, el poco que había en la aceitera, y luego tomando un par de huevos, se puso á freirlos arrimando la sartén á una cocinilla, con tanto garbo y salero, que pare-

cía que en toda su vida no había hecho la venerable Madre otra cosa que freir huevos.

Dos monjas acertaron entonces á pasar por enfrente de la cocina, y al oír el chisporroteo que hacía el aceite hirviendo, no pudieron menos de pararse y volver el rostro hácia dentro.

— ¡Toma! dijo una de ellas en voz baja. ¡Si es nuestra Madre!

— ¡Y es verdad! añadió la compañera. Está friendo alguna cosa. Mira qué cocinera hace tan soberana, como limpia y hacendosa.

— Pero ¡calla! repuso la anterior. ¿No ves cuán hermoso y encendido tiene su rostro?

— Será la llama que saldrá de las brasas.

— ¡Si no hay tal llama en las brasas! ¿Que no lo ves?

— Pues entonces, tienes razón, será que sale la llama de su corazón.

— Y se aumenta, se aumenta... ¡Ay, Dios mío! Mira, hermana, cómo poseída su alma de divina caridad, se traspone y arroba toda ella, que no parece sino un Serafín que despliega sus alas.

Las dos monjas contemplaron, llenas de respeto y admiración, á la endiosada Madre Teresa de Jesús, que en aquellos momentos confirmaba hartó con las obras lo que aseguró con aquellas palabras: «Entre los pucheros anda el Señor.»

— Pero, hermana, — dijo una de las monjas: — Olvidada como está de todo lo del mundo, ¿no ves que va á derramar el aceite de la sartén?

— ¿Y qué importa eso — contestó la compañera — si su alma se llena, hasta rebosar, del óleo de la caridad?

— Es que en casa no tenemos más aceite. No tenemos más, hermana. ¿Vamos á cogerle la sartén?

Y las dos monjas se acercaron á la Madre Teresa. Una de ellas, temblando de sagrado respeto, fué á probar si podía sacarle de la mano el mango de la sartén. Pero ¡imposible! Lo tenía tan fuertemente apretado, que aunque con mucho cuidado lo probó varias veces, no le fué posible arrancárselo.

Mientras la Madre Teresa de Jesús continuaba arrobada y traspuesta con la sartén en la mano, las dos monjas se salieron de la cocina, no atreviéndose á despertar de su divino sueño de amor á su santa Madre. Fuera aguardaban á ver cómo terminaría el suceso.

— A ver, á ver con quien querrá ahora nuestra Madre excusar su arrobamiento, dijo una de ellas.

— Es verdad agregó la compañera. Porque allá en el convento de la Encarnación, un día en que estaba platicando en el locutorio sobre el misterio de la Santísima Trinidad con el

Padre Juan de la Cruz, y le cogió tal arrobamiento, que tuvo que agarrarse bien de los hierros de la reja, entonces le vino bien echar la culpa de todo al fervoroso Padre Juan de la Cruz diciendo: «No se puede hablar de Dios con el Padre Fray Juan, porque luego se traspone, ó hace trasponer.» Pero ahora, no sé á quién echará la culpa, si no es á la sartén.

—A quien la tiene, y no á otro; á su alma de Serafin debe echarla—contestó la compañera. Pero veamos si despertó la Madre.

Entraron las dos monjas en la cocina, y encontraron á la Madre que se disponía á salir, llevando en la mano un plato con los dos ricos huevos que acababa de freir. Con una sonrisa, no celestial, sino divina, les dijo la Madre á sus curiosas hijas:

—¡Jesús, y lo que me cuesta, hijas mías, el freir un par de huevos!

—¿Tal vez tendrá la culpa el poco fuego, Madre?—preguntó con alguna intención una de las monjas.

—El Señor encienda nuestros corazones, hijas mías, en el divino fuego de su amor,—contestó la Madre saliendo apresuradamente.

Y se dirigió al torno. Llamó al buen hombre que le había traído las cartas y le dió el más rico y sabroso almuerzo.

Y digo que fué rico y sabroso, porque, en primer lugar, la vista de aquellos hermosos

huevos estrellados, no podía mentir. Y además de esto, yo sé de buena tinta, amigos míos, que el dichoso arriero al salir de la portería del convento, limpiándose todavía los labios con el dorso de la mano, pronunció estas textuales palabras:

— ¡Voto va qué par de huevos! Mejores y más gustosos no los he comido ni pienso comer en mi vida. ¡Ay, qué divinas manos de cocinera!

He dicho que no podía mentir la vista de aquellos huevos, porque yo mismo los ví.

Los ví, sí señores, aunque... pintados.

Las edificantes Madres Carmelitas Descalzas de San José, de Avila, me enseñaron, un día inolvidable, el lienzo en donde el pincel ha dejado perpetuado tan edificante como chistoso caso.

Y no solamente tuve el gusto de ver ese lienzo, sino otros objetos no menos alegres y divertidos que el cuadro de la santa cocinera.

Figuraos que tuve en mis manos el tambor, pitos y sonajas que tocaron Santa Teresa de Jesús y sus hijas, el día en que se puso por primera vez el Santísimo Sacramento en dicha iglesia. ¡Con qué gusto toqué con ellos!

¿Qué más? Hasta la imagen del niño Jesús, la primera que tuvo la Santa, la que ella besó, adoró y festejó tantísimas veces, esa misma ví yo entonces con íntima satisfacción.

Pues ante la imagen del Niño Jesús, el corazón de la Santa Madre Teresa palpitó muchísimas veces de divino amor, y de tal modo se enardecía en las llamas de este sagrado fuego, que no parecía mujer, sino abrasado Serafín, aún en los momentos en que tenía en la mano la sartén friendo huevos.





SANTA TERESA DE JESÚS

EN LA CASA DE LOS ESTUDIANTES DE SALAMANCA

Si no lo hubiesen por enojo mis lectores (que no lo habrán, siendo, como son, teresianos) holgaríame por extremo de que me acompañasen á Salamanca; pero no á la Salamanca de hoy, sino á la célebre y famosa de antaño, que mereció ser comparada á Atenas, no tanto por la suntuosidad y magnificencia de sus innumerables monumentos arquitectónicos, como por el florecimiento y esplendor de las ciencias y artes, que tanto hubieron de enaltecerla entre las ciudades más ilustres del orbe.

Hallámonos (pues esto es cosa hecha) en la ciudad del Tormes, el día 31 de Octubre de 1570, á las cuatro de la tarde en punto.

Y si aún dudan ustedes de ello, asómense, por vida mía, aquí donde yo me hallo, y verán cómo por las puertas de la Universidad empieza á salir inagotable muchedumbre de estudiantes, que se disuelven paulatinamente en pequeños grupos, y se derraman por calles y plazas dando animación y vida á la población salmantina. Aunque esté ya muy gastada la comparación, aquello no parece sino un inmenso enjambre de abejas, de alas indefectiblemente negras, que, no sin producir sordo y persistente rumor, se rebulle y agita al rededor de la gran colmena, ó sea, la Universidad.

Y si se acercan ustedes un poco más, acertarán por ventura á ver cómo en los frescos y juveniles rostros estudiantiles, que sombrea el ladeado tricornio, píntase con más viveza que de ordinario, la alegría más retozona, alegría que, sin levantar ningún falso testimonio á los estudiantes, juraría yo que no proviene sino de que, los muy golosos, están ya saboreando el exquisito bocado de dos días de vacación que les están bailando por delante.

Hasta me atrevería á jurar que esa alegría hará también más sabroso el zoquete de pan que, solo ó acompañado amigablemente de alguna fruta, van á tomar en las casas donde se hospedan.

Llámame, entre otros, la atención,—y deseo que llame también la de mis lectores,—un

grupo de tres escolares, no poco listos y garbosos al parecer, que hablando se dirigen por una calle retirada y hasta sucia que está entre la parroquia de San Juan de Barbalos y la de Santo Tomé (1).

—Oye, Día Sanchez,—preguntó uno de ellos á otro compañero:—apuntaste ya la lección que esta tarde nos han señalado?

—¡Hola! ¡hola! ¿Conque el aplicado Moriz no la sabe, y quieres que yo...

—¡Aquí puedes ver, vive Dios, lo aplicado que yo soy!—contestó Día Sanchez.—¿Lo sabes tú?—preguntó dirigiéndose al otro compañero, que se llamaba Fernando Pulgar, por si les conviene á ustedes saberlo.

—Creo que sí,—contestó el aludido.—Ya veremos de sacarlo en limpio, cuando lo necesitemos.

—¿Pero á que diablos apurarse tanto?—repuso Día Sanchez.—Tenemos dos días por delante, dos días nuestros, pero nuestros del todo, ¿y pensáis ahora en lecciones?

—Pues no pienses—agregó Moriz,—y ya verás cómo te quedarás á la cuarta pregunta. Yo creo, *salvo meliori*, que, lo que es esta noche, mejor sería hacer la vela de costumbre, y mañana podríamos divertirnos por ahí. ¿Qué te parece á tí, Pulgar, de ese plan?

(1) Hoy demolida.